

Corsarios o reyes

Capítulo 3: Berbería después de Barbarroja y la consolidación del nuevo régimen político, hasta Lepanto

Emilio Sola

Colección: E-Libros – Corsarios o reyes
Fecha de Publicación: 8/05/2012
Número de páginas: 106
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com

Capítulo 3

Berbería después de Barbarroja y la consolidación del nuevo régimen político, hasta Lepanto

3.1.- Dragut, el más agresivo y famoso de los corsarios de la escuela de Barbarroja, consuegro de Hasán Bajá, el hijo de Barbarroja y rey de Argel.

La herencia de Barbarroja quedaba en buenas manos. Dragut, desde la costa tunecina, y los reyes de Argel –el principal de este tiempo fue el propio hijo de Barbarroja, Hasán Bajá– continuaron la construcción de una Berbería conectada con oriente y no con occidente.

Hasta su muerte en el cerco de Malta de 1565, Dragut fue el gran corsario sucesor de Jeredín Barbarroja, la continuación de su modelo. He aquí una evocación del inicio de su carrera por Sandoval:

“Fue Dragut natural de la Notolia (sic, Anatolia), que es en la Asia Menor, de un pequeño lugar llamado Charabalac, frontero de una ciudad de tres mil vecinos llamada Estrancoy, y de parientes villanos, viles, soeces y pobres. Que de niño salió de su tierra navegando por el mar en servicio de un arráez de su tierra y vino a poder de Barbarroja, que se sirvió de él en muy malos y torpes oficios; y cuando ya era hombre le dio una fusta y patente de capitán general para que los corsarios turcos que armasen le obedeciesen como a él.

“Comenzó a correr el mar Adriático, en el cual topó con un proveedor veneciano, llamado Pascalino, que traía unas galeras; y le tomó algunas de ellas con cierto ardid y, con esta presa, fue a los Gelves. Donde, viendo que no las podía sustentar, las deshizo y de la mejor madera y clavazón hizo cuatro galeotas y las armó bien; y con ellas y la fusta que Barbarroja le dio,

y otros seis corsarios que con seis navíos con él se juntaron, que por todos fueron once vasos, salieron a correr la mar. Con los cuales, y su gran sagacidad, se hacía mucho temer por el mucho mal que hacía.

“Y queriendo Andrea Doria remediar estos daños y prender al corsario, mandó a Joanetín Doria, su sobrino, que con diez galeras fuese la vía de Mecina en busca suya” (1).

Capturado a mediados de junio de 1540, fue rescatado por el propio Barbarroja cuatro años después, junto al hijo renegado –o converso, para los cristianos– de Sinán de Esmirna, como ya vimos, en aquel último gran periplo de Barbarroja por el Mediterráneo occidental que le llevara a invernar en Tolón.

“Pues como Dragut se vio libre, alcanzó de Barbarroja, su libertador, que le diese una galeota proveída de artillería y armas y remeros cristianos, y gente de guerra, y una patente en que le hacía general de todos los corsarios moros y turcos que andaban en el agua. Fueron grandes los daños que este enemigo hizo en todas las costas de la cristiandad por su mala inclinación, y en venganza de sus trabajos pasados. Ganó navíos y galeras y corríale el tiempo próspero por el lugar que los capitanes cristianos le daban.

“Con lo que había robado en cuatro años, hizo una armada de catorce navíos bien armados; y, con el nombre que ya tenía, se juntaron con él otros turcos corsarios con sus galeotas y fustas, que por todas fueron hasta veintiséis.

“Ya la soberbia de su buena fortuna le tenía con tan altos pensamientos que no hacía caso de Barbarroja, ni quiso acudir a sus llamamientos, si bien le había hecho juramento. Casó con una hija de un turco de Modón llamado Saraybat, que vivía en los Gelves, y recibió con ella grandísimo dote y una gran casa en que cabían los esclavos de cinco galeras, en la ribera de la mar, doce millas del lugar de Gaudezuil, donde el jeque Zala, señor de los Gelves, tenía su casa. Y desde allí salía con su armada a robar las costas y mares de los cristianos” (2).

Su actividad movilizó a finales de los años cuarenta a los virreyes de Sicilia y de Nápoles. Su pretensión era, a imitación de Barbarroja, “hacerse un señor muy poderoso, que no eran malos pensamientos para quien había nacido tan bajo y sido esclavo y vardage de otro tal” (3). Aquel modelo de corsario acuñado por los Barbarroja y que permitía considerarles como “príncipe nuevo” –el protagonista de hecho del análisis de Maquivaelo en *El Príncipe* (4)–, incluía el control de un territorio; para Dragut el territorio más adecuado para forjarse un “principado” o “señorío”, consolidado el

régimen argelino, no podía ser otro que los dominios de la impopular y decadente monarquía hafsí tunecina, a duras penas mantenida por el apoyo cristiano desde 1535.

Mármol Carvajal sintetiza brevemente la efervescencia de aquellos territorios desde esa misma fecha; a la noticia de la toma de Mahón por Barbaroja,

“muchos lugares del reino de Túnez que se habían entregado a Muley Hascen se tornaron a rebelar, y unos recibieron guarnición de turcos y otros se hicieron señoríos de por sí. En el Cairuán se levantó un alfaquí tenido entre los moros por hombre santo, llamado Sidi Arfa, el cual no solamente se hizo rey y señor de aquella ciudad..., mas pretendiendo serlo de todo Túnez.

Por manera que Muley Hascen siempre tuvo trabajos y guerras y nunca pudo acabar de apaciguar su reino”, a pesar de la ayuda de Andrea Doria (5).

En aquel ambiente de crisis de poder, y a pesar de las treguas que con dificultad se habían acordado entre habsburgos y otomanos, Dragut comenzó a controlar ciudades tunecinas en las que ponía su bandera “colorada y blanca con una media luna azul” (6).

Pero su aventura ya no podía tener sentido si no contaba con el favor y apoyo otomano. La lucha contra Dragut había hecho que los imperiales tomaran la ciudad de Mehedía en 1550, llamada también Africa por los españoles, y esto lo interpretó el sultán como ruptura de las dificultosas treguas de cuatro años antes. Dragut terminó acogándose a la “legalidad” otomana –una vez más, típico uso corsario (7)–, a pesar del enojo de la Puerta contra aquel súbdito demasiado díscolo. Dragut

“entendiendo... la pérdida de Africa..., lo hizo saber al Gran turco y le pidió favor, sirviendo con algunos presentes a los bajaes.

El Turco, aunque enojado de él porque usurpó a Africa, le hizo sanjaco, ofreciéndole su armada para cobrarla o sacarla de poder del emperador.

Alegróse Dragut como debía con la merced y favor de Solimán, el cual salió en principios de abril del año 1551 a correr las costas por ganar algo y a mirar dónde emplearía la flota del Turco...

Porque el Turco, indignado contra el emperador, dio a este corsario el favor que pudo, enviando sus capitanes y armada poderosa contra las costas de Italia sin reparar en las treguas que con el emperador y el rey don Fernando había asentado.

Antes, cargaba la culpa en el emperador y se quejó de él al rey don Fernando pidiendo restituyese a Dragut en la ciudad de Africa o diese por rota la tregua que entre los tres se había hecho.

A lo cual respondió el César que en las treguas hechas entre príncipes no se comprendían corsarios ni ladrones comunes.

Que Dragut no era su vasallo pues él no tenía tierras de consideración en Africa. Irritado el Turco con esta respuesta,

levantò sus banderas contra la cristiandad, si bien no con la fortuna y aumentos que este enemigo pensaba” (8).

La plaza de Mehedia o Africa ocupada por los imperiales fue un fuego de artificio sin futuro: cuatro años después debió ser abandonada por cara y difícil de mantener. La ruptura de las treguas trajo consecuencias inmediatas: un ataque a Malta y, sobre todo, la conquista de Trípoli por los turcos en 1551. La sombra del embajador francés seguía acompañando a estas operaciones. El sucesor de Rincón, Polin, había sido el negociador de la estancia de Barbarroja en el sur de Francia; ahora, D’Aramon obtenía que los caballeros franceses capturados en Trípoli fueran liberados. Todo el Mediterráneo era hostigado por el kapudán pachá Sinán y por Dragut.

Mármol sitúa en estos momentos también el control de Cairuán por los turcos, en una operación de alianzas contra los que por su debilidad tenían que acudir a los refuerzos de los imperiales, muy similar a lo que había hecho Barbarroja. He aquí la síntesis de Mármol: Sidi Mohamed Arfa

“se hizo llamar rey de Caruán; este Mohamete Arfa reinaba cuando el ejército imperial expugnó la ciudad de Africa en el año 1550 y tenía paz con Muley Hascen, rey de Túnez, días había, porque tenía casada una hija con Muley Mahamete, su hijo; y así por esto como por echar a Dragut de aquella fuerte plaza favoreció a los cristianos con algunos bastimentos y gente y aseguró el campo; y no quiso ayudar a Dragut cuando vino a socorrer la ciudad. De cuya causa se airó el turco tanto contra él, que trató con otros alfaquíes y ciudadanos de Caruán cómo echarle de la tierra. Y hecha esta conjuración, entró Dragut de improviso una noche en la ciudad y prendiendo a Mahamete Arfa, lo mató y se apoderó de ella, y ahora la poseen los turcos” (9).

Si en 1551 los turcos habían ocupado, en su ataque a Malta, únicamente la isla de Gozzo y habían hecho prisioneros a sus en torno a cinco mil habitantes, en el verano de 1553 un nuevo ataque a Malta traía consigo la ocupación temporal de toda la isla mayor, de Malta misma. Poco después un nuevo kapudán pachá sustituía a Sinán; era Piali: llevaría a cabo la coordinación de la flota turca con las diversas flotas corsarias; él mismo, con ciento cincuenta galeras, llegó a asolar Menorca en 1558. Cada año la salida en primavera de la flota turca era seguida con ansiedad. Este periodo culmina en 1560 con un nuevo desastre español en Yerba, o los Gelves, en el que miles de españoles –y esta vez sí “hombres de cuento” entre ellos, como diría Carlos V– fueron muertos o hechos prisioneros y llevados a Estambul por Piali a su regreso triunfal. El desastre de Yerba –otra vez los Gelves, donde casi medio siglo atrás muriera el joven heredero de los Alba, origen de las desdichas del gran Pedro Navarro (10)– había tenido su origen en una acción destinada a atacar Trípoli, nuevo centro de operaciones de Dragut.

El enfrentamiento entre hispano-italianos e imperiales y el gran poderío naval turco culminó en 1565 con el asedio de Malta. Piali, Dragut y Hasán Bajá, el hijo de Barbarroja, rey de Argel, confluyeron sobre Malta en aquellas jornadas: ciento cincuenta galeras de combate y muchos navíos pequeños más. Los caballeros de Malta – antes de Rodas y de San Juan de Jerusalén– con Juan de la Valette Parisot al frente, y la flota mandada por García de Toledo consiguieron frenar aquel terrible ataque. Después de combates muy sangrientos –murió el propio Dragut–, los turcos y berberiscos se retiraron. Se dijo que habían muerto en aquel cerco, levantado en octubre, más de treinta mil turcos; pero el poderío naval otomano –como había de suceder después de Lepanto– no pareció disminuir en absoluto. Después de la guerra de las Alpujarras, iniciada en 1568, los turcos, en represalia por la nueva derrota y exilio de los musulmanes granadinos, ocuparon Chipre y la repoblaron con gentes de Anatolia; la pérdida de tierras andaluzas para los musulmanes se compensaba con reparto de tierras chipriotas entre musulmanes. Y en 1571 llegó Lepanto. Allí se forjó la nueva gran figura marinera berberisca, continuadora de Barbarroja, Dragut y el hijo de Barbarroja Hasán Bajá: el renegado calabrés y rey de Argel Euch Ali, nuevo kapuan pachá a raíz de aquella batalla.

Un año antes, a los 55 años, había muerto el hijo de Barbarroja, Hasán Bajá, después de casi un cuarto de siglo de gobierno en Argel; como su padre, moría en Estambul muy rico y honrado. Hasán Bajá fue enterrado al lado de Jeredín, en el mausoleo que era un verdadero santuario para los hombres de la mar. El hijo mayor de Hasán Bajá, Mahamet Bey, “habido de una turca en Constantinopla, aunque otros dicen que era una renegada corsa muy hermosa” (11), nieto mayor de Barbarroja por lo tanto, moría precisamente en 1571; fue despedazado a manos de sus propios galeotes sublevados durante un enfrentamiento en Navarino con el marqués de Santa Cruz. Estaba casado Mahamet Bey con la “hija única y heredera del mismo Dragut” (12). Cervantes, en el *Quijote*, recoge aquel suceso sangriento con tintes espectaculares. Estando Euch Ali en Modón, cerca de Navarino, se fortificó y esperó a que Juan de Austria se retirase.

“En este viaje (de Juan de Austria) se tomó la galera que se llamaba ‘La Presa’, de quien era capitán un hijo de aquel famoso corsario Barbarroja. Tomóla la capitana de Nápoles, llamada ‘La Loba’, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido capitán don Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz. Y no quiero dejar de decir lo que sucedió en ‘La Presa’. Era tan cruel el hijo de Barbarroja y trataba tan mal a sus cautivos, que así como los que venían al remo vieron que la galera ‘Loba’ les iba entrando, y que los alcanzaba, soltaron todos a un tiempo los remos, y asiendo de su capitán, que estaba en el estanterol gritando que bogasen apriesa, y pasándole de banco en banco, de popa a proa, le dieron bocados, que a poco más que pasó del árbol ya había pasado su ánima al infierno: tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba y el odio que ellos le tenían”. (*Quijote*, I, XXXIX)

En Argel vivía otro hijo de Hasán Bajá y su esposa cabil, hija del rey de Cuco, que era “muy niño” aún en 1562, cuando dejara su padre el gobierno de Argel (13). Era nieto, por lo tanto, de Jeredín Barbarroja y de aquel Ben el Cadi tan amigo de Aruch y tan enemigo de Jeredín hasta su muerte. Toda una época parecía desaparecer en aquel inicio de la década de los setenta. Pero el legado de Barbarroja se había consolidado precisamente en Argel.

Y es a esa Berbería central argelina a la que quiero ceñir este libro de maravillas, y en un repaso muy general de la mano de las fuentes españolas, pues ya ese Mediterráneo plenamente cervantino –y de Antonio de Sosa, su gran narrador– ha sido desmenuzado desde múltiples ángulos en El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II, ese libro magistral y que quiere ser totalizador del inolvidable Fernand Braudel. Aunque Josep Fontana, con gran conocimiento y espíritu crítico admirables, diga que es toda su obra una mera justificación del mundo capitalista actual (14). Pero ese es otro género de libro de maravillas.

NOTAS:

- (1).- Sandoval, XXX, XVI, t. III, p. 344.
- (2).- Ib., XVII, t. III, p. 345.
- (3).- Ib., XVIII, t. III, p. 347.
- (4).- Ver Sola, op. cit., pp. 137 ss.
- (5).- Mármol, V, c. LXVIII, fol. 287 vto.
- (6).- Sandoval, XXX, XVIII, t. III, p. 347. Sobre la tregua con el turco, ver Mariño, op. cit., pp. 151-158, con los textos de esas treguas conservados en Simancas y en la Biblioteca Nacional de Madrid.
- (7).- Ver Sola, op. cit., pp. 19 y 40 ss.
- (8).- Sandoval, XXX, XXXIX, t. III, p. 374.
- (9).- Mármol, II, fol. 287.
- (10).- Ver Sola. op. cit., pp. 187 ss.
- (11).- Haedo, I, p. 343.
- (12).- Ibidem.
- (13).- Ib., p. 342.
- (14).- J. Fontana, Historia. Análisis del pasado y proyecto social, Barcelona, 19 , Crítica, pp.

3.2.- Algunas consideraciones sobre la nueva “realeza” berberisca con reflexiones de Jean Bodin que pueden interesar para la mejor comprensión de los textos que van a seguir de Antonio de Sosa sobre los reyes de Argel.

Mientras Ciro Manca, en Il modello di sviluppo económico delle città marittime barbaresche dopo Lepanto, trata de “l’autonomia delle città marittime barbaresche” (14), Ch. A. Julien, un clásico de la historiografía francesa sobre el Magreb, en Histoire de l’Afrique du Nord (Tunisie, Algérie, Maroc) de la conquête arabe à 1830, titula claramente una parte de su libro “La domination turque en Algérie et en Tunisie (1516-1830)”, habla de “l’Etat algérien” y dice que Jeredín “avait donné à l’État des `Algériens`, ainsi qu’on nomma communément les Turcs d’Alger, une organisation à base militaire qui ne subit pas de profonds changements jusqu’à la conquête française” (15). Ciro Manca analiza también “la costituzione coloniale” de aquel “insediamento turco nell’Africa del Nord” y la define, desde el punto de vista jurídico-político, como un “sistema di colonizzazione propio, vale a dire d’una dominazione originata dalla conquista militare e consolidata dall’introduzione d’un apparato di controllo militare e burocratico”, y desde el punto de vista étnico-económico como “un sistema de colonizzazione misto, di popolamento e sfruttamento insieme, realizzato da gruppi musulmani a danno d’altri musulmani”, que remite al “vecchio modello delle colonie iberiche in Italia” (16). Para ambos autores –eligiendo dos síntesis relativamente recientes sobre la cuestión– el montaje político berberisco gira en torno a los militares –“l’Odjaq” de Julien, “l’Ogiac” de Manca, el “hogar”, sería su traducción, nombre dado a la organización de los jenízaros– y a los corsarios –la “taifa” de Manca, elite económica de arraeces y armadores–, y está presidido dicho montaje, régimen o sistema, por el rey de Argel, que dice Sosa, nombrado en Turquía, asistido por un califa y que convoca un consejo o “diwan” en numerosas ocasiones; ese rey es el Bajá (“baxá”) de las fuentes españolas del momento; el beylerbey de Julien, el “pascià” de Manca, “ufficialmente vicerè e luogotenenti generali del Gran Signore” (17).

Al margen de una posible discusión académica sobre cuestiones terminológicas –rey o gobernador nombrado, rey o virrey–, me parece más interesante un acercamiento a la visión que en aquel momento los contemporáneos podían hacerse del “estado” berberisco. Está claro que Sosa habla de reyes de Argel y que en los cronistas españoles la palabra rey salta con facilidad en el texto tanto para Argel como para los jefes cabiles –el rey de Cuco– o para las decadentes dinastías tlemsení o tunecina y hasta para Tenes (18), titulares de jefaturas de territorios con mucha menor fuerza que los argelinos inmediatamente después de Barbarroja. El momento culminante de la obra de teatro cervantina *El gallardo español* es el avance sobre Orán del rey de Cuco, el rey de Argel y el de “Alabez” aliados contra los españoles. Igualmente, Doria y Gonzaga, en los contactos con Barbarroja, no tienen reparos en usar el título de rey; sin duda la concepción del emperador y del sultán otomano como reyes de reyes influyera en ello.

Más interesante sería integrar el caso berberisco en las elaboraciones teóricas del momento, por ejemplo en una de las más notable de la época, la de Jean Bodin sobre los

príncipes tributarios o feudatarios (19), en donde distingue entre príncipes feudatarios, protegidos, vasallos, vasallo simple, vasallo ligio y súbdito natural. Un texto del mismo Bodin es aún más significativo; al tratar de la monarquía señorial –estos reyes serían “señores absolutos de los bienes y las personas” (20)–, alude al caso turco de una manera clásica entre los europeos: “El rey de los turcos es llamado Gran Señor no tanto por la extensión de sus tierras –el rey católico tiene diez veces más– como por ser, en cierto modo, señor de las personas y de los bienes... Por lo que se refiere al resto de Europa y a los reinos de Berbería, no existe, que yo sepa, monarquía señorial” (21). Ni siquiera Bodino –su texto aparece editado en 1576– tiene reparos en hablar de los reinos de Berbería, un cuarto de siglo después de la desaparición de Jeredín Barbarroja. Aunque Bodino afirme que la mejor forma de gobierno es la monarquía, “en especial las monarquías fundadas sobre el derecho hereditario del varón más próximo” (21), deja también claro que “la diferencia de los monarcas no debe establecerse por la forma de acceso al trono, sino por el modo de gobierno” (22) –señorial, real y tiránico–, siendo el real el más perfecto.

“El verdadero atributo de la monarquía real consiste... en que el rey se muestre tan dúctil y flexible ante las leyes naturales como grande es su deseo de que los súbditos le obedezcan... Como resultado, surgirá una amistad recíproca entre el rey y sus obedientes súbditos, y reinará una apacible y dulce armonía entre los súbditos y entre éstos y el rey. Por ello, tal monarquía debe llamarse real y legítima, sea que el rey obtenga el estado por derecho hereditario..., sea que el reino le sea deferido en virtud de la ley..., sea que el rey lo obtenga por elección..., sea que se le confiera por donación..., sea que se le atribuya por testamento..., sea que el rey usurpe el estado por astucia y maña –con tal que reine justamente–..., sea que el reino le sea deferido por suerte..., sea que el príncipe conquiste el reino por la fuerza de las armas –con razón o sin ella, siempre que gobierne con equidad el reino conquistado–..., sea que se elija al rey por su nobleza..., o por su ancianidad..., o por su fuerza..., o por su belleza..., o por su altura..., o por ser un buen bebedor...” (23).

Según la teorización bodiniana, estaría claro que se puede hablar de reyes de Argel; lo mismo que de la teorización de Maquiavelo la figura de Barbarroja sería arquetípica de un “príncipe nuevo” (24), nada extraña para la época sería la figura de Aruch como primer rey de Argel y Jeredín como segundo rey de Argel que dice Sosa. A pesar de que “el príncipe nuevo sin predecesor es como el árbol alto sin raíces”, que dice Bodino (25), como muy bien sabía también Napoleón. Pero eso es otra historia.

Ningún reparo había en la época en tratar de reyes a los bajás de Argel. Y de ahí el gran esfuerzo propagandístico del momento, en los medios hispánicos sobre todo, o hispano-italianos e imperiales, no en los franceses, sus aliados peculiares del XVI, por mostrar a los reyes berberiscos como “tiranos” o “usurpadores” frente a los “reyes

naturales” anteriores, que tenían su reino por herencia, justificación de toda la política agresiva de Carlos V y, luego, de Juan de Austria y Felipe II. Porque ahí también incide la teorización de Bodino, cuando define la “monarquía tiránica” como “aquella en la que el monarca, hollando las leyes naturales, abusa de la libertad de los súbditos libres como si fueran sus esclavos y de los bienes ajenos como de los suyos” (26) y afirma rotundo que “el súbdito jamás está autorizado a atentar contra su príncipe soberano, por perverso y cruel tirano que sea” (27), siendo “absolutamente soberanos” los “verdaderos monarcas de Francia, España, Inglaterra, Escocia, Etiopía, Turquía, Persia o Moscovia, cuyo poder no se discute ni cuya soberanía es compartida con los súbditos” (28), y aclarando al mismo tiempo que “no pretendo que no sea lícito a los otros príncipes perseguir por la fuerza de las armas a los tiranos..., pero esto no atañe al súbdito” (29).

El rey berberisco, para su época, pues, sería visto como no “absolutamente soberano” ya que por voluntad expresa de Barbarroja –como medida preventiva para contrarrestar la agresividad española del segundo decenio del XVI– giraba en la órbita turca, así como no “hereditario” ya que era elegido en Argel o en Estambul, según los casos. El hecho de que sea un hijo de Barbarroja, Hasán Bajá, el rey peculiar de aquel territorio durante casi un cuarto de siglo y en tres periodos consecutivos con intermedios momentos críticos, daba mayor ambigüedad a la no “hereditaria” de aquel título. Y siempre en el marco de aquella extrañeza que a los europeos causaba el mundo político oriental otomano, bien plasmada por Maquiavelo, “primer teórico que utilizó el estado otomano como antítesis de una monarquía europea” (30). Esa diferencia entre los reyes que gobiernan con “barones” (la nobleza hereditaria) o los que gobiernan con “servidores”, definida por Maquiavelo (31), como sería el caso de los otomanos –“Toda la monarquía del Turco está gobernada por un señor: los demás son sus servidores; y dividiendo en provincias su reino, manda a ellas diversos administradores, y los cambia y varía como les parece” (32)–, también la captó Bodino de alguna manera al darse cuenta de la diferencia entre los señores feudales y los timariotes: “Los timariotes en Turquía sólo detentan los feudos, otorgados por sus servicios en la guerra, mientras place al rey de los turcos, y nunca más que por vida” (33). Entre el juicio de Maquiavelo (1513) y el de Bodino, sin embargo, han transcurrido más de cincuenta años, prácticamente todo el reinado de Solimán el Magnífico, y la complejidad del imperio otomano es mucho mayor después de las campañas europeas –el caso de Transilvania y Hungría– y el asentamiento de las “regencias” berberiscas.

Por ello, y comprendiendo que un contemporáneo no tenga reparos en considerar rey al gobernante berberisco, sería de interés clarificar la “relación” existente entre aquellos “reyes” sancionados por el sultán otomano y el sultán otomano mismo, entre lo que luego se llamará la Regencia y el Imperio mismo. Y ahí *Ciro Manca* es rotundo sobre la autonomía berberisca, “un’ autonomia che, dopo Lepanto, s’accentuò a un punto tale da risolversi in sostanziale indipendenza” (34). *Manca* se basa para esa afirmación en un texto de la época, tan valioso como el de Antonio de Sosa, el de G.B. Salvago (35), una relación para el dogo de Venecia de 1626. He aquí el texto de Salvago que cita *Ciro Manca* para justificar su afirmación rotunda; los berberiscos

“riconoscono il Gran Signore per supremo Imperatore Mahomettano, ma internamente sentono d’esser le terre franche dall’imperio ottomano, et intanto si mostrano talhora ubedienti in quanto anno, sotto le fortezze Ottomane, porti in Levanti e libertà di gir francamente alle proprie patrie et al peregrinaggio della Mecca per la via del Cairo.

Nella Barbaria il Gran Signore non muta le militie come nelli altri presidii, et, per esser l’istessi sempre, sono perpetui signori a barchetta, senza dubio di privatione o dismissione; e, rimoti dal centro et in sito discosto, poco temono la Porta in la fiducia massime delle proprie forze che son grandi et atte a far ogni resistenza” (36).

Esa autonomía era admitida también en la corte otomana, según el testimonio de gran seriedad de Salvago, pues refiere que ha escuchado contar “da Tuchi statisti che il Gran Signore ha due ali colle quali vola assai lontano, una è la Barbaria in mare e l’altra il Tartaro in terra” (37). A esta autonomía con respecto a Turquía habría que añadir el control de un amplio territorio desde Argel, prácticamente todo el norte de la actual Argelia, con sus gobiernos regionales y cobro de impuestos, las “mahalas” o el “ir de garrama” o garramar de las fuentes españolas del momento. Pero ya volveremos sobre el asunto de aquel verdadero estado berberisco más adelante.

NOTAS:

(14).- Napoli, 1982; pp. 11 ss.

(15).- 2 vols., París, 1956, 2a. edic., pp. 250 ss; el texto, p. 259.

(16).- Manca, op. cit., p. 13.

(17).- Ib., p. 23.

(18).- Ver Sola, op. cit., pp. 248 ss.

(19).- Los seis libros de la República, libro I, capítulo IX; he manejado la edición de Técnos, Madrid, 1985, preparada por Pedro Bravo Gala. (20).- Ib., libro II, capítulo II, p. 95 de la edic. citada.

(20).- Ibidem.

(21).- Ib., IV, I, p. 169.

(22).- Ib., II, III, p. 98.

(23).- Ib., pp. 97-98.

(24).- Ver Sola, op. cit. c. III “Maquiavelo y Barbarroja”.

(25).- Bodino, IV, I, p. 170.

(26).- Ib., II, IV, p. 99.

(27).- Ib., II, V, p. 106.

- (28).-Ibid., p. 105.
(29).- Ibid., p. 106.
(30).- Perry Anderson, El Estado absolutista, Madrid, 1982, Siglo XXI, 4a. edic., p. 409.
(31).- El Príncipe, IV.
(32).- Ibidem. Ver Sola, op. cit., pp. 138-140.
(33).- Bodin, I, IX, p. 67 de la edic. citada.
(34).- Manca, op. cit., p. 13.
(35).- Africa overo Barbaria, publicada por A. Sacerdoti, Padova, 1937.
(36).- cit. Manca, p. 13.
(37).- Ib., p. 14.

3.3.- Los sucesores de Jeredín Barbarroja en Argel: el eunuco sardo Hasán Aga, el provisionalmente elegido Agi Aga y Hasán Bajá, hijo de Barbarroja, durante su primer reinado.

En otro lugar había intentado razonar cómo Aruch y Jeredín Barbarroja podían haberse adaptado con justeza al modelo trazado por Maquiavelo en El Príncipe, podían ser considerados como “príncipes nuevos” (38); pero creo que, después de Barbarroja, se podría considerar que se adaptan mejor los dirigentes berberiscos a la reflexión maquiavélica de los Discursos sobre la primera década de Tito Livio: “los reinos que dependen de la virtud de uno solo son poco duraderos, porque la virtud acaba cuando acaba su vida y raras veces acaece que se renueve en su sucesor” (39). Para las monarquías dinásticas europeas o para la dinastía osmanlí otomana –que había llegado a fijar el fratricidio como algo necesario para la transmisión pacífica del poder—aquella afirmación de Maquiavelo podía no servir o ser un obstáculo para su afianzamiento. Pero para los corsarios berberiscos era una cuestión de supervivencia.

Desde que Barbarroja dejó el gobierno de Argel para hacerse cargo de la armada turca en 1535, en Berbería se impuso el gobernante más valioso y eficaz. Las biografías de los primeros reyes de Argel son admirables hasta Euch Ali, hasta Lepanto. Si Hasán Bajá cubrió tres periodos de gobierno consecutivos durante más de veinte años fue porque era influyente en los medios políticos de Estambul –hijo de Barbarroja–, y por lo tanto muy respetado, pero sobre todo porque era eficaz en Berbería.

Las evocaciones de estos reyes de Argel que hace Antonio de Sosa –el Sosa puntual observador y recopilador de la memoria de Berbería– son de gran verismo. Todas ellas son del Epítome de los reyes (40), por lo que simplificaremos la cita en su caso.

Hasán Aga, el eunuco sardo, unos dos años más joven que Jeredín Barbarroja según la cronología de Sosa y esclavo suyo desde joven, fue su sucesor en el gobierno argelino desde 1535 hasta su muerte, en septiembre de 1543, a los 56 años:

“El tercero rey o gobernador de Argel fue Asán Aga, del cual antes dijimos que era capón y renegado de nación sardo. Este había el Cheredín o segundo Barbarroja tomado siendo mozo en la isla de Cerdeña, saqueando un casal; y como era de muy buen talle y hermoso, le hizo luego capón –que en turquesco se llama Aga (sic)–, y le crió siempre en su casa como si fuera su propio hijo. El Asán, como era de gentil espíritu, probó tan bien en todas las cosas que su amo le encomendaba que, a la postre, estando Cheredín Barbarroja en Argel en su mayor prosperidad, le hizo su Chaya, esto es, mayordomo de su casa. Y él era el señor de cuanto el Barbarroja tenía. Después le hizo Bilerbey, esto es, capitán general de la guerra.

“En algunas salidas que hizo con las mahalas por el reino,

a coger con mano armada, como es su costumbre, de los alarbes los tributos, se mostró hombre de hecho y animoso, y de muy gentil juicio y gobierno. Por lo cual, cuando Barbarroja en el año 1533 se partió para Túnez, siendo llamado de los moros de aquel reino como dijimos, escogió entre todos al Asán Aga para que quedase en su nombre gobernando a Argel y su reino. Lo cual él hizo con mucha cordura. Y quietó la ciudad –cuando sabida la nueva de la rota de Barbarroja en Túnez y su huida, y cómo se embarcara en Bona en los 14 bajeles y se fuera por esos mares como hombre desesperado–, que estaba toda alterada y la gente para dejarla con temor que el emperador, acabado lo de Túnez, se viniese sobre Argel.

“Cuando, últimamente, año de 1535, Barbarroja se fue para Turquía, le dejó de la misma manera en su lugar y que gobernase todo el reino. Sucedieron entonces las cosas de tal manera que en seis años continuos no tuvo el Asán Aga que hacer más que gobernar a Argel, y sus tierras y vasallos, en toda paz y justicia. Y hoy día dan testimonio muchos que le conocieron que ningún rey de Argel, hasta hoy, fue más recto ni justo”.

Después de una de las expediciones argelinas a Tremecén,

“Asán Aga, tanto que de Tremecén volvió a la ciudad de Argel, luego comenzó a hallarse malo, creciendo cada día más la indisposición, de manera que una fiebre lenta y ética le fue consumiendo poco a poco. Hasta que en el fin del mes de septiembre de aquel mismo año 1543 murió a media noche, con gran pesar y dolor de cuantos lo conocían.

“Era Asán Aga de edad de 56 años, pequeño de cuerpo pero muy bien proporcionado, de lindos ojos y facciones de cara, y muy blanco. Fue amantísimo de justicia y, por esta causa, usó con algunos de muy grandes crueldades. Por lo cual fue de todos muy temido. Era hombre muy liberal y amigo de hacer bien a los pobres. Está enterrado en Argel fuera de la puerta de Babaluete en una cuba grande, o sepultura, que un renegado suyo y mayordomo de su casa le hizo después de muerto”.

Agi Bajá –”hayy”, tratamiento respetuoso de los que han viajado a La Meca– fue elegido provisionalmente por los genizaros, a la muerte de Hasán Bajá, y “reinó” desde septiembre de 1543 hasta mediados del año siguiente:

“Era este Agi en Argel muy acatado y de mucha reputación y ser, principalmente, que también antes, en muchas cosas de paz y guerra, se había muchas veces y por muchos años señalado. Y particularmente fue su prudencia y esfuerzo conocido cuando el emperador Carlos V, de gloriosa memoria, puso cerco sobre Argel;

porque él era entonces Bilerbey –esto es, capitán general de la miliacia— y con su consejo e industria se gobernaron en todo los turcos entonces”.

Tras una expedición militar encabezada por Agi Bajá para someter al jeque de Miliana, sublevado cuando supo la muerte de Hasán Aga,

“llegó de Constantinopla nuevo rey proveído por el Turco. De manera que no duró su gobierno más de hasta ocho meses y medio o poco más. Después de lo cual vivió más el Agi Bajá cuatro años y de unas calenturas murió, siendo de edad de 80 años. Era hombre alto de cuerpo, gordo y muy lleno de carnes y moreno. Tenía por mujer a una morisca del reino de Valencia, de la cual quedó solamente una hija, que fue mujer del alcaide Daut. Está enterrado junto a la sepultura de los reyes, fuera de la puerta de Babalуетe, en una cuba no tan grande como las otras que allí hay”.

Hasán Bajá, el hijo de Barbarroja, fue el nuevo gobernante venido de Estambul. Llegó a Argel el 20 de junio de 1544 y reinaría en Argel hasta septiembre de 1551. Hijo de una argelina “mora” –cologli, por lo tanto–, había de ser el gran político de la región durante un cuarto de siglo.

“Avisado el Turco de la muerte de Asán Aga, fue importunado de muchos para que los proveyese del cargo de rey de Argel por ser cosa tan honrosa y de tanta ganancia.

Pero hallándose entonces en Constantinopla el Barbarroja Cheredín, habló al Turco diciendo que, pues él tenía un hijo que era hombre y de tales partes que no desmereciera aquel cargo, no le quisiese preferir otros. Pues era razón –habiendo él y su hermano ganado a Argel y establecido el imperio de los turcos en Berbería–, él también y sus hijos gozasen del fruto de sus trabajos. Por lo cual el Turco luego le hizo la merced.

“Y, así, dando Barbarroja a su hijo doce galeras muy bien armadas y cargadas de infantería, de muchos turcos que a la fama de las riquezas de Argel deseaban pasar allá, como los españoles a las Indias, se puso el nuevo rey a pocos días en camino.

Llamábase este mancebo Asán y era hijo, como dijimos en la vida de su padre, de una mora de Argel. Llegó a Argel a los 20 del mes de junio, o poco más, y a tiempo que Agi Bajá volviera de la victoria que había habido contra el Jeque Butereque”.

En pugna con los españoles de Orán del conde de Alcaudete y con los Xerifes de Marruecos, encabezó dos expediciones a Tremecén (1545 y 1548), en la segunda de las cuales se enteró de la muerte de su padre en Estambul. En 1550 una invasión de marroquíes fue contrarrestada por los argelinos; vencido el Xarife marroquí, su cabeza estuvo colgada en una puerta de Argel hasta 1573. El alcaide Saffa organizó el régimen turco en aquella ciudad fronteriza y disputada de Tremecén.

“En el año siguiente de 1551 dejó el Asán Bajá el reino y gobierno de Argel... Ya dijimos cómo su padre Cheredín Barbarroja hiciera aquel baño tan rico en Constantinopla; y por ser de mucha renta y ganancia, después del muerto lo codició en gran manera Rostán Bajá, uno de los tres supremos bajás y del consejo del Turco, que era casado con una hija suya muy querida. Y habiendo significado este su deseo a un renegado y mayordomo de el Asán Bajá –que de Argel enviara a Constantinopla luego que supo de la muerte de su padre–, que se decía Jaffer, el mismo renegado lo escribió al Hasán Bajá a Argel. No contentó nada al Asán Bajá la codicia del Rostán Bajá, porque le era muy grave privarse de una cosa que su padre hiciera y dejara para su memoria y de do sacaba buena renta cada un año. Y, por tanto, disimulando hasta que fue de nuevo avisado del mismo su mayordomo cómo el Rostán Bajá se mostraba muy enojado porque luego no mandara que le fuese dado aquel baño; y que como era colérico y tan poderoso y favorecido tanto del Turco, su suegro, le había amenazado de no solo tomarle el baño, pero también privarle del reino y gobierno de Argel. Asán Bajá que esto supo, sin poner más dilación, temiendo grandemente la ira de Rostán Bajá, se embarcó luego en seis galeras y se partió para Constantinopla a dar razón de sí y satisfacción a Rostán Bajá. Partió de Argel a 22 de septiembre de aquel año de 1551, habiendo gobernado siete años continuos con mucha justicia y paz el reino y ciudad de Argel. Comenzó a reinar de edad de 28 años y partióse de Argel siendo de 35”.

NOTAS:

(38).- Sola, op. cit. c. III.

(39).- Libro I, capítulo 11. p. 66 de la edición de Ana Martínez Arancón, Madrid, 1987, Alianza Ed.

(40).- Haedo, I, pp. 277 ss. De ahí proceden todos los textos citados hasta el final del capítulo.

3.4.- El fin de los reyes zianíes de Tremecén, aliados de los españoles de Orán, después de una guerra argelino-marroquí, con el alcaide Saffá y la participación de los bereberes del rey Abdelasís de La Abez, entorno montañoso de Beyaia.

La descomposición interna de la dinastía reinante en Tremecén alcanza su culminación en estos años cuarenta, con ininterrumpidas guerras civiles entre hermanos y primos, la presión desde Argel –las tres expediciones de Hasán Bajá, el hijo de Barbarroja, en la documentación española simplemente Barbarroja– cada vez más apremiante y la política de los españoles de Orán cada vez más intervencionista y disgregadora. Mariño publica las dos últimas capitulaciones entre los efímeros reyes de Tremecén y los españoles, de enero de 1545 –con Muley Motasar, a través de los judíos “Acox ben Çaydon y Oxo Beniaya”– y de enero de 1546 –con su primo Muley Ahmed, a través del “alcaide Zirque y Zaaf”– (41). En ambos casos se sigue hablando del rey de Tremecén como “confederado y tributario” y de pago de “parias”: tres mil doblas en el primer caso, cuatro mil en el segundo, cuando la situación frente a los turcos parece ya desesperada. El gobernador de Orán, conde de Alcaudete, no podrá evitar la ocupación final de Tremecén por los turcos, que tenían su propio candidato al trono como disculpa para la intervención, Abu Zeian.

Pero la ocupación definitiva de Tremecén por los argelinos se hizo después de una guerra contra los Xarifes, recién instalados en Fez. La verdadera epopeya del ascenso de los Xarifes en Marruecos la narró muy bien el palentino de Amusco Diego de Torres, hombre que vivió de cerca la tragedia del rey don Sebastián, rescatador de cautivos o alfaqueque, cautivo él mismo entre 1550 y 1553 y espía con el capitán poeta Francisco de Aldana para Felipe II en Marruecos –ambos disfrazados de judíos– para preparar la que luego sería desastrosa campaña de su sobrino el joven rey portugués (42). Aunque la deuda de Torres con Mármol es grande –Mármol estuvo en Berbería entre 1535 y 1557–, su testimonio personal es importante y también de primera mano para estos años.

Muhammad al-Qaim fue el fundador de la dinastía Saadí (1509-1641) en Marruecos, la dinastía Xarife –o xerifes también en las fuentes españolas, de sarif, surafa en plural, de donde procede “chorfa”: los descendientes del profeta Mohamed–, y sus hijos Ahmad al-Aray –Hamete o Xamete en Mármol, Xarife mayor en Torres– y Muhammada al-Sayj –Xarife Mahomat en Mármol, Xarife menor de Torres– asentarían el dominio de la dinastía más allá de la originaria Marraqués –el Marruecos propiamente dicho de la época–, sobre todo después de que el Xarife menor, Muhammad, derrotara definitivamente a su hermano mayor Ahmad. En 1545 el Xarife Ahmad derrotó al rey de Fez Ahmad el-Wattasi y consiguió controlar prácticamente todo el actual Marruecos. Es entonces cuando va a comenzar su aventura expansionista que le enfrentará a los turcos.

“Al principio del año 1551, no le dejando reposar su ambición, determinó de enviar a conquistar el reino de Tremecén que confinaba con el de Fez,

el cual reino en ese tiempo estaba ocupado por turcos de Argel, habiéndole quitado al rey natural de él. Y, así, envió a mandar a su hijo el Arraní que estaba en Tarudante que se viniese a Fez y trajese de aquel reino y del de Marruecos (Marraqués) veinte mil caballos; el cual, en recibiendo las cartas del padre, mandó juntar en aquel reino siete mil lanzas con las cuales, y su guarda de renegados, dejando en Tarudante a su hijo Muley Solimán por virrey, y a un moro llamado Cide Abar por justicia mayor, se partió para Marruecos donde el hermano tenía, por orden del padre, juntas otras catorce mil lanzas. Y habiendo llegado allí y descansado algunos días con estas gentes y otros aparatos de guerra, marchó la vuelta de Fez, donde se le hizo un solemne recibimiento por los hermanos y cortesanos. Llegado a besar las manos de su padre, le recibió con gran alegría y contento. El cual tenía juntas otras diez mil lanzas de aquel reino, que eran por todos treinta mil hombres de a caballo.

“Con los cuales, y con los renegados de la guardia de su padre y otras muchas cosas necesarias para la empresa, partió la vuelta de Tremecén a fin de mayo del dicho año. Esta jornada le sucedió a este moro dichosísimamente porque los de Tremecén estaban muy agraviados y oprimidos de los turcos. Luego que supieron que el Arraní venía tan poderoso, tomaron su voz y se pusieron en armas; y los turcos desampararon la tierra y se fueron a Argel. De suerte que acabó una tan importante empresa sin romper lanza ni perder hombre. Fue recibido en Tremecén por los ciudadanos y procuradores de los lugares comarcas con grande fiesta y alegrías. Hicieron pleito homenaje de ser vasallos del Xarife y reconocerle para siempre por su rey y señor natural.

“Y pareciéndole al Arraní que no era cosa, estando tan poderoso de gente, dejar de intentar otra hazaña, aunque sin comisión y orden de su padre, emprendió echar los turcos de Mostagán (Mostaganem). Para lo cual juntó su consejo y, en él, a los principales del reino de Tremecén que se le daban por muy fieles vasallos, a los cuales pidió consejo sobre lo que quería hacer; entre los cuales y los suyos hubo diferentes pareceres; porque sus naturales, regostados (sic) a las victorias pasadas, ninguna cosa temían, pero los de Tremecén, que tenían noticia y experiencia del valor de los turcos, fueron de contrario parecer y le suplicaron y aconsejaron que no los provocase. Porque, en caso que por no estar apercebidos les tomase a Mostagán, ellos, como gente de honra, en volviendo él las espaldas volverían con más poder a cobrarlo, y juntamente a Tremecén, y aún podría resultar quitarles los más estados; lo cual no sería si se contentase con lo hecho, pues los turcos ni tenían naturaleza ni antigua posesión en Tremecén

como en Mostagán.

“Y aunque este consejo era bueno y sano, todavía prevaleció el arriscado, que suele ser más agradable a capitanes mozos. Y así, dejando encomendada la tenencia de Tremecén a un su alcaide llamado Abudo, hombre de valor y confianza, partió con su campo y con otros ocho mil caballos, con que le sirvieron los de Tremecén, la vuelta de Mostagán. Y aunque pasó a vista de la ciudad de Orán, no hizo agravio ninguno en la tierra. Decíase que llevaba orden de su padre, cuando le envió a esta conquista, que no hiciese daño en tierras del emperador Carlos quinto, abuelo de vuestra alteza (se dirige al rey don Sebastián, aunque éste era sobrino-nieto de Carlos V), porque siempre le tuvo respeto y temió enojarle siendo vecino tan poderoso. Y estando en su desgracia el rey de Vélez, su enemigo, porque no le diese oído a lo que contra él pedía (43).

“Con todo este aparato llegó sobre Mostagán y le tomó sin resistencia; porque los turcos que estaban dentro, teniendo por temeridad ponerse en defensa en una villa tan flaca y mal apercebida, se fueron a la vuelta de Argel para venir después a satisfacerse de todo junto, como después lo hicieron. En Mostagán puso el Arraní setecientos caballos de guarnición y algunos arcabuceros, y por capitán un negro privado suyo; y, con tanto, se volvió a Tremecén. Y dejando aquel reino muy sosegado y puesto buena orden en la justicia y gobierno de él, y en la cobranza de las garramas y rentas reales, se volvió con los suyos rico y victorioso a Fez, donde el padre estaba, del cual y de todos sus hermanos fue recibido con el aparato y alegría que tan grande victoria merecía y en una tan rica ciudad se pudo hacer” (44).

Aunque la versión de Torres hace morir a “Muley Mahomad el Araní” a su regreso a Fez, Antonio de Sosa narra todo esto de manera muy diferente y le hace morir en enfrentamiento con los turcos y argelinos en una batalla en Uxda:

“En el año de 1550, siendo los moros de Tremecén tan inquietos, inconstantes y revoltosos, escribieron al Xarife, rey de Fez y de Marruecos que entonces era, y se decía Muley Abdelcader, que en todo caso les enviase al hermano de su rey, aquel que dijimos que Asán Bajá hizo rey de Tremecén y después el conde (de Alcaudete) hizo huir para Fez, prometiendo de aceptarlo por su rey y echar al que tenían, dando por achaque que era muy amigo de cristianos; y que por contentarlos y pagar tributo al rey de España echaba muchos pechos a sus vasallos.

“El Xarife que esto oyó, no tanto deseoso de hacer aquel bien al mancebo o de complacer a los moros de Tremecén cuanto codicioso

de juntar aquel reino con los otros que poseía de Fez, Marruecos (y) Tarudante, hizo luego un campo de 12.000 de a caballo y 10.000 de a pie, en que había 5.000 escopeteros renegados a que en Fez llaman Aluches y los españoles, corruptamente, Elches. Del cual hizo general a un hijo suyo mayor y heredero; y con él envió otro menor y segundo, que se decía Muley Abdala; y, juntamente, al hermano del rey de Tremecén que los moros de aquel reino pedían.

“Desta manera, y con un campo tan poderoso, llegó el hijo del rey de Fez hasta entrar en Tremecén; cuyo rey, no se hallando con fuerzas para pelear con tanta gente, se acogió luego a Orán. Apoderado el hijo del rey de Fez de la ciudad y reino de Tremecén, puso a su hermano Muley Abdala por gobernador en él, no se curando de hacer rey al hermano del rey de Tremecén que consigo había traído, engañándole con decir que quería que le acompañase más adelante, porque su intención era ir ganando y conquistando hasta si le fuese posible llegar dentro de Argel; y que a la vuelta él le metería en posesión de aquel reino.

“Con esto, y dejando en Tremecén a su hermano el Muley Abdala con alguna gente, caminó más adelante y llegó hasta los moros de Beni Amor (sic), unas montañas y sierras que están fronteras de Orán, que hacen hasta 12.000 caballos. Los cuales, no osando aguardar al hijo del rey de Fez, recogiendo sus ganados y camellos con cuanto tenían, se fueron retirando para el reino de Argel y se pusieron debajo los muros y artillería de Mostagán, que está para levante de Orán 12 leguas. El hijo del rey de Fez que halló toda la tierra de Beni Amor desamparada, estuvo suspenso no se sabiendo determinar si seguiría a los moros, de que esperaba gran ganancia, o si iría sobre Orán; porque tomándola se ganaba una gran honra. Al último, no le pareciendo cosa tan fácil tomar la ciudad de Orán, fue en alcance de los moros.

“Y siendo casi a vista de Mostagán fue avisado cómo los turcos de Argel ya venían a buscarle. Porque siendo Asán Bajá avisado de los sucesos deste príncipe de Fez, y cómo sin resistencia alguna venía ganando cada día más tierra, formó un campo de 5.000 escopeteros, 1.000 espays a caballo, diez piezas de artillería; y quedando él en Argel, porque si algo de mal sucediese con su presencia quietase y defendiese la tierra, envió con este campo a tres muy principales alcaides. Es a saber, al alcaide de Saffa, de nación turco, y al alcaide Asán, corso renegado de Córcega, y al alcaide Alí Sardo, renegado y natural de Cerdeña.

Con esta orden, que primero de dar la batalla al príncipe de Fez trabajasen de juntarse con los moros de Beni Amor que se habían acogido a Mostagán y, después, que fuesen a buscar los enemigos y peleasen con ellos, los cuales así lo hicieron.

“Y siendo, como dijimos, ya a la vista de Mostagán el príncipe de Fez, ellos también llegaban casi a la misma distancia de aquel pueblo. Lo cual entendido por el príncipe, y viendo que ya le era forzado pelear con los turcos y con los moros todos juntos, porque a pocas horas se juntaban unos con otros, resolvióse en no pasar más adelante, mas antes dar de allí luego la vuelta. Y así lo hizo, llevando un infinito número de camellos, carneros y vacas que recogiera por toda aquella tierra y comarca. Los turcos que esto vieron, juntos con los moros de Beni Amor, fueron en seguimiento de los de Fez; y diéronse tan buena prisa que los alcanzaron ocho leguas antes de llegar a Tremecén, al río Huexda, y con el propio paso do el año 1518 el marqués de Comares desbarató y mató al Aruch Barbarroja, primero rey de Argel entre los turcos.

“En el cual lugar, dándose animosamente la batalla, duró por muchas horas con gran derramamiento de sangre y muerte de mucha gente. Porque si los turcos y renegados de Argel peleaban bien, no lo hacían menos los helches (sic) de Fez, también escopeteros como ellos. Pero como la caballería de Fez fuese rota por los alárabes de Beni Amor y puesta en huida, los helches también lo fueron. Y aquí comenzó entonces a seguirse una gran mortandad de gente, entre los cuales fue muerto el príncipe de Fez y, con él juntamente, el que pretendía ser rey de Tremecén. Habida esta victoria, aunque de los turcos y renegados habían muerto un buen número, los que quedaron prosiguieron adelante favoreciéndose de los dichos moros de Beni Amor. Y sin hallar resistencia entraron dentro de Tremecén llevando en la punta de una lanza la cabeza del hijo del rey de Fez.

“A este tiempo el otro segundo hermano e hijo también del rey de Fez, Muley Abdala, que quedara por gobernador de Tremecén, se había huido tanto que supo que el hermano fuera desbaratado y muerto; y fue el que llevó al padre la nueva de aquella desdichada jornada y el que fue después sucesor de su padre el Xarife y rey de Fea y de Marruecos. Padeció entonces la ciudad de Tremecén lo que suelen padecer las vencidas y ganadas, porque fue de los turcos principalmente y de los moros saqueada cuanta era, aunque perdonaron a la gente; y no tuvo cosa preciosa ni de valor que todo no fuese a los ciudadanos todo por fuerza robado.

“Después, haciendo los tres alcaides con los más principales turcos consejo,

acordaron que por ningún caso desamparasen aquella ciudad ni la volviesen a restituir a los moros; mas que uno dellos quedase allí con alguna guarnición de soldados. Y así fue hecho. Y cupo la suerte al alcaide Saffa de ser el primer alcaide y gobernador de Tremecén turco. Los otros dos, dejándole 1.500 turcos y las diez piezas de artillería y municiones, a pocos días se volvieron para Argel victoriosos y ricos, llevando la cabeza del hijo del rey de Fez. Y lo mismo hicieron los alarbes y moros de Beni Amor, volviéndose a sus tierras y montañas.

“Fueron los alcaides y sus turcos recibidos en Argel de Asán Bajá con grandes fiestas.

Y por memoria de tan notable victoria y jornada, mandó el Asán Bajá poner la cabeza de aquel príncipe dentro de una jaula de hierro sobre la puerta de Babazón, do estuvo hasta el año 1573; en el cual, renovando Arab Amat, entonces rey de Argel, aquella puerta y su muralla, la quitaron de allí” (45).

Hemos recogido este extenso texto de Antonio de Sosa porque la instalación definitiva de los turco-argelinos en Tremecén ampliaba aún más el territorio de aquel verdadero estado que gobernaba el rey de Argel. Se destaca en el texto, al lado de la crisis interna del reino tlemsení con los continuos cambios de monarca apoyados por fuerzas exteriores, la alianza de tribus de la región, en este caso los “Beni Amor” o ben Amar –ese mismo nombre Abenamar de tradición medieval, ya en el romancero, y de cuyas filas salieran no pocos “moros de paz” o aliados de los españoles de Orán, frente a los “moros de guerra” o tribus hostiles; los Ben Amar se extendía por el entorno interior de Orán, hacia Tremecén y hacia el este, como los que los españoles llamaban los “galanes de Meliona”, según escribe Cervantes nada más empezar El gallardo español, hacia el oeste; “las montañas de Malohia, que están enfrente de Melilla y dividen el reino de Tremecén del de Fez, a que los españoles les llaman los galanes caballeros de Melohia”, escribe Sosa en texto que citaremos en el capítulo siguiente; desde la zona oranesa hacia el oeste, hacia Melilla, eran gentes de frontera entre Fez y Tremecén por lo tanto. Pero lo más destacado de este texto de Sosa es que es una síntesis resumida e incompleta, como se verá de la reconstrucción de estos mismos hechos en el capítulo 6, más adelante, a base de los más puntuales textos de Diego de Torres; el hijo del rey Xarife muerto, cuya cabeza fue llevada a Argel, no es el Arrani que parece protagonizar esta expedición marroquí, sino el “Muley Abalcadre” de Torres –“Muley Abdelcader” y “Príncipe de Fez” del texto de Sosa–, detalles imprecisos de la versión argelina de los hechos recogida por Antonio de Sosa; estos hechos, por otra parte, ocurrieron ya en el periodo de gobierno del alcaide Saffa y de Salah Bajá, como se verá.

Mármol Carvajal destaca la participación del que él llama “rey de La Abez”, de las montañas del entorno de Beyaia o Bugía –la Qalaa de los Beni Abbés–, tierra de cabiles

y suawa, por lo tanto. He aquí la presentación de aquella región y de su rey Abdelasís que, como los cabiles de Cuco, girarían con el tiempo en la órbita argelina, integrantes más o menos incómodos de aquel ensayo de estado moderno berberisco.

“En esta tierra se coge poco pan, aceite ninguno y hay muy pocas frutas, sino en las haldas que van a dar al río de Bugía. Hay en ella mucho esparto, de donde tomó el nombre de La Abez, que quiere decir esparto en aquella lengua. Y en lo fuerte de ella hay una fortaleza, llamada Calaa, donde reside el jeque de aquel pueblo. Está poblada de un pueblo belicoso de azuagos y bereberes que se han mantenido siempre en libertad y no ha pagado tributo a otro rey ni señor mucho tiempo ha.

“En el año... 1550 era jeque de ellos un valeroso africano llamado Abdelazis, que por otro nombre llamaron el La Abez..., uno de los más valerosos capitanes que hubo en su tiempo en Africa... Hizo liga y amistad con Hascen Bajá, hijo de Hayredín Barbarroja..., y en compañía de este africano hicieron los turcos muchas cosas notables en aquel reino. Especialmente hicieron victoria en la batalla donde mataron a Muley Abdelkader, hijo del Xerife, que se había apoderado de Tremecén... Abdelazis iba con el campo de los turcos que llevaba a su cargo Hascen Corso, el cual rehusó de dar la batalla a los Xerifes. Mas Abdelazis, airado de ver su flaqueza, le dijo en altas voces:

“–Alcaide Hascen, en estos días tales se paga el pan que se ha comido del señor, que no andando paseando por Argel con tafetanes de brocado.

“Y viendo que todavía rehusaba el turco, animó sus azuagos; y rompiendo por la parte del Xarife, la desbarató y mató a Muley Abdelcader, Gileli su hijo, y le cortó la cabeza y la llevó a Argel, donde está enterrada en una alcoba a la puerta de Bib Azun. Y apoderándose los turcos de Tremecén, quedaron por señores de la ciudad” (46).

NOTAS:

(41).- Mariño, op. cit., 122-129 y 160-169. Un resumen del laberinto final de reyes efímeros en pp. CXXVI-CXXXI.

(42).- La Relación del origen y suceso de los Xarifes y del estado de los reinos de Marruecos, Fez y Tarudante, de Diego de Torres, Sevilla, 1586, fue escrita antes de 1575, cubre el periodo de 1502 a 1574, aunque su testimonio más importante es para los

años 1546-1554, que son los años en los que Torres está en el Magreb. Ver la introducción de Mercedes García Arenal a su excelente edición crítica de la obra, Madrid, 1980, Siglo XXI. Ver también la breve evocación de Torres en Sola, op. cit. p. 107.

(43).- En Mariño, op. cit., pp. 230-235 se publica un asiento de 26/9/1549 con el rey de Vélez de la Gomera, Muley Boaçon (Abu Hassun, el Buhasun de las fuentes), paralelo a negociaciones con el rey de Portugal a propósito de Arcila, que certifican este temor del Xarife Ahmad.

(44).- Torres, c. LXXXI, pp. 217-219 de la edic. citada de García Arenal.

(45) Haedo, I, pp. 291-294.

(46).- Mármol, libro V, capítulo LXVIII, fols. 228 ss.

3.5.- El gobierno en Argel del alcaide Saffa y el reinado del alejandrino Salah Bajá, compañero de Barbarroja de primera hora, ya anciano “todo cano como una paloma”, con una expedición a los oasis de Tuggurt y Uargla y una guerra con los bereberes.

Cuando Hasán Bajá decidió acudir a Estambul para solucionar sus asuntos personales, después de la muerte de su padre Jeredín, y sin duda para neutralizar la influencia de Rostán Bajá, perjudicial para sus intereses, dejó en el gobierno de Argel – como Califa, precisa Sosa– al alcaide Saffa, de los “Chacales de Turquía”, nombre con que conocían a los rudos campesinos turcos para quienes Berbería era similar a lo que para los españoles de las regiones más deprimidas, como Extremadura, podía significar América en aquel tiempo. Alcaide Saffa quedó provisionalmente al frente de Argel entre septiembre de 1551 y abril de 1552, con el acuerdo y contento de las fuerzas de la ciudad, los jenízaros y los corsarios en principio. Fue un periodo duro de hambre en la región. La evocación biográfica que traza Antonio de Sosa de este notable militar y administrador –de los medios jenízaros más que de los corsarios, por lo tanto– es modélica. Dada su experiencia en la guerra “de hombre valiente y prudente, de todos era muy querido y amado”.

“Este Alcayde Saffá era de nación, como dijimos, turco, natural de una aldea de Anatolia y de padres bajos y villanos y muy pobres. Y había algunos años que con otros Chacales de Turquía se pasara a Argel a probar, como ellos dicen, ventura; y habíale sucedido todo bien, que llegó a los términos y estado que decimos. Y como él quedaba por gobernador en ausencia de Asán Bajá, no le llamaron rey o bajá, mas su título era califa, que en morisco y turquesco significa teniente del rey o visorrey. Puesto, pues, de esta manera en el gobierno, húbose en todo muy quieta y sabiamente con todos y nunca en su tiempo sucedió cosa por la cual fuese necesario matar o castigar alguno, como de ordinario hacen a muchos y a menudo...

“Hubo en su tiempo una grande y general hambre; pero fue tan diligente en proveer a la ciudad de Argel de toda suerte de bastimentos y vituallas que, muriendo mucha gente por fuera y por todas partes de pura hambre, los vecinos de Argel gozaron de una abundancia muy grande.

“Después, más de diez años, murió el alcaide Saffá siendo alcaide de Tenez por muerte del viejo Hamida Labde, rey de aquella ciudad y de su reino. El cual luego los turcos –conforme al concierto que el Cheredín Barbarroja había hecho con el dicho Hamida, cuando le restituyó a Tenez haciendo paz y amistad con él— usurparon para sí.

“Murió en el año del Señor de 1561, siendo de edad de 51 años. Era hombre muy robusto, no muy alto de cuerpo mas muy lleno de carnes y gordo, de color moreno y bien barbado; no dejó hijo alguno, mas a un hermano menor que se llamaba el Cayr de Daur (sic, por alcaide Daur), que él trujo de Turquía siendo muy mozo; el cual en riqueza y reputación era el más principal alcaide de todo Argel. Está enterrado fuera de la puerta de Babaluete, junto a la mar en una cuba pequeña cuadrada y baja y labrada sobre cuatro pilares de ladrillo” (47).

El nuevo rey enviado desde Estambul fue el gran arráez Salah, anciano compañero de Barbarroja. Sus años de gobierno, desde abril de 1552 y hasta su muerte en 1556, en plena expedición contra Orán, fueron de mucha importancia para el control del territorio berberisco; aseguró el dominio argelino sobre los oasis del sureste (Tugurt y Uargla), centros caravaneros importantes, y expulsó a los españoles de Beyaia (Bugía, 1555). Era el último de los grandes corsarios de primera hora.

“Estorbando Rostan Bajá que Hasán Bajá, hijo de Barbarroja, no volviese al gobierno de Argel..., fue en su lugar proveído Sala Raez, aquel famoso cosario y compañero de muchos años del Cheredín Barbarroja... Este fue de nación moro y natural de la ciudad de Alejandría; y habiéndose criado desde mozo con los turcos desde el tiempo que Sultán Selín, Gran Turco, ganó todo Egipto y estado del sultán, desbaratando y deshaciendo del todo el gobierno y poder de los mamelucos, que fue en el año 1517, vino por tiempo a pasar en Turquía y de allí en Barbaría. Y en la compañía de muchos otros cosarios sirvió y acompañó a Barbarroja; del cual fue siempre muy querido y estimado porque se mostró siempre y en todo hombre de hecho y animoso. Y por tanto, cuando el mismo Barbarroja se fue para Constantinopla el año 1535, uno de los arráeces que llevó en su compañía fue el Sala Raez. Y después, dándole el Turco el gobierno de su armada, siempre le ocupó, como hombre plático y de espíritu, en las cosas más importantes de la mar.

“Y finalmente, cuando el año 1543 quiso Barbarroja enviar de Tolón de Francia –do se hallaba con la armada turquesca en favor del rey de Francia– a España alguna escuadra de sus galeras a hacer mal en las tierras y vasallos del emperador, el Sala Raez escogió, como dijimos, y le envió con las 22 galeras con que quemó y destruyó a Rosas y a Palamós, lugares de Cataluña. Vuelto después con Barbarroja a Turquía, sirvió algunos años de timonero del Turco; esto es, que gobernaba

la galeota en que el Turco se solía por recreación salir de Constantinopla a espaciarse por la mar. El cual cargo no se daba sino a personas muy principales y de mucha confianza y favor. Ahora, no queriendo el Turco que el Asán Bajá volviese a Argel por así lo procurar –como dijimos– Rostan Bajá que estaba mal con él, él mismo antepuso al Sala Raez y el Turco fue contento de proveerle de este cargo”.

Después de cuatro años de una intensa actividad militar y de corso, cuando pretendía llegar a Orán por mar con una nueva expedición militar,

“le dio súbito la landre y peste en una ingle muy recio y dentro de venticuatro horas, sin aprovechar remedio, le arrancó la alma. Quedó toda la armada muy triste con la muerte de este hombre; y vueltos luego todos para Argel, le enterraron en una sepultura fuera de la puerta de Babaluate, en el corral de los reyes. Y es la que más cercana está de la mar, que le hizo su sucesor Asán Corso, que era un renegado suyo; y después su hijo Mahamet Bajá, siendo rey de Argel, dotó esta sepultura de renta para que de continuo ardiese en ella una lámpara y viviese en ella un moro, con un cristiano que le dio, para escobar y limpiar la sepultura y plantar algunas flores y hierbas en torno a la cuba do está el sepulcro; la cual cercó de una pared de tres tapias en alto, como hoy día se ve. Después su hijo Mahamet le hizo una cuba muy bien labrada, en la que está enterrado. Era Sala Raez, al tiempo que murió, de edad de 70 años y todo cano como una paloma. Era hombre de mediano cuerpo, gordo y moreno. Fue en todas las cosas muy animoso y en la guerra muy diligente y venturoso. Dejó solo un hijo, que fue el dicho Mahamet” (48).

Los años de reinado de Salah Bajá fueron fundamentales para la fijación de un territorio argelino. Una vez más, en la primera gran campaña del anciano corsario, la versión de Sosa, basada en testimonios de los medios corsarios y renegados de años después, silencia algunos extremos que la versión de Mármol recoge, en concreto la ayuda del rey Abdelasís de *La Abez*, tierras de población bereber del interior de Beyaia. Para Sosa la campaña de Tugurt y Uargla la llevó a cabo Salah Bajá nada más llegar a Argel con “diez galeras”, “en el mismo año de 1552”, en el mes de octubre.

“El rey de Ticarte (Tugurt), un moro que tiene un estado veintiún jornadas de Argel, y más allá cinco de Biscari (Biskra), muy cerca de la Zahara y tierra de negros, que será todo de Argel ciento cincuenta leguas no grandes”

se habría rebelado y negado a “pagar, como antes, cierto tributo al rey de Argel”. Sin decir a dónde se dirigía, salió de Argel Salah con “tres mil turcos y renegados

escopeteros y mil a caballo y dos piezas no más de artillería”. El rey de Tugurt, muy joven,

“se dejó cercar dentro de Ticarte, que era lugar fuerte”.

“Batió Sala Raez con sus dos piezas tres días continuos la tierra y al cuarto le dio el asalto y la tomó, con muerte de muchos moros”.

Prisionero el joven rey, hizo responsable a su ayo el cadí; informado Salah Bajá de que era cierto, y de que el cadí exhortaba

“a pelear contra los turcos, que el que mataba un turco ganaba tanto con Dios como si matara a un cristiano, al momento le mandó atar de pies y manos y, puesto de esta manera en la boca de una de las piezas de artillería, dispararla y hacerle pedazos”.

A los habitantes, “unos doce mil de toda suerte y edad”, “vendió en almoneda por esclavos”; “y saqueada toda la tierra y asolada, llevó consigo cautivo y preso al dicho mozo rey, que sería de edad de catorce años”. Siguió luego más adelante Salah

“cuatro jornadas, con intención de prender o matar al rey de Hueruela (Uargla) –una tierra muy abundante de dátiles–, porque también rehusaba de pagar a los turcos tributo”;

el rey había huido “con cuatro mil caballos, sus vasallos”, y no quedaban allí nada más que “cuarenta negros mercaderes que dende la tierra de negros habían venido, como solían muchas veces, a vender negros”. Salah les hizo dar “doscientos mil escudos de oro, porque eran hombres muy ricos, y los dejó ir en paz”. Pactó luego con el rey de Uargla el pago de un tributo con amenazas de que “le volvería a buscar y que fuese cierto que no se le había de escapar”, y regresó a Argel.

“El rey de Hueruela luego volvió para su tierra y, de temor de los turcos, con estar tan lejos, pagó él y sus sucesores pagan hoy el tributo acostumbrado, que es de treinta negras cada año.

De vuelta dejó el Salah Raez al mozo rey de Ticarte en su tierra libre, jurando primero, y otros moros principales a quien le dejó encomendado y a quien dio libertad, de ser fieles y leales a los turcos y de pagar cada año de tributo quince negras, las cuales aún hoy día se pagan” (49).

Mármol añade a este relato de Sosa algo esencial, la ayuda de los bereberes:

“Llevaba Salah Arraez en este campo tres mil turcos y renegados, escopeteros de a pie y mil de a caballo, y ocho mil alárabes; y el de La Abez llevaba mil ochocientos escopeteros de a pie

y mil seiscientos caballos. Y con esta gente llevaban tres piezas de artillería para batir y muchas municiones y bastimentos en camellos, porque es toda la tierra llana, y la artillería la tiraban los bereberes a brazos”.

Tomaron y saquearon la ciudad de “Tocort” y

“Guerguela... la tomaron a partido. Y dejando turcos de guarnición en las alcazabas de estas ciudades, que son antiguas y muy débiles, se volvieron a Argel cargados de despojos. Salah Arraez llevó quince camellos cargados de oro de Tibar que ganó en aquella jornada y más de cinco mil esclavos y esclavas negras”.

Los datos de Mármol sobre la región son precisos:

“Hay cien leguas desde Argel a Tocort y Guerguela está otras cuarenta leguas a mediodía. Tocort tiene cuatro mil vecinos y muchos lugares poblados al alrededor y Guerguela tiene más de seis mil vecinos” (50).

Al regreso de la expedición a los oasis de Tugurt y Uargla tuvo lugar una ruptura más entre los bereberes y los argelinos, esta vez con el señor de La Abez y recogida por Mármol con amplitud:

“En volviendo a Argel, el alcaide Hascen Corso, que se quedó en los aduares de Hamça, que son unos alárabes vasallos de Argel, escribió Salah Arraez cómo el La Abez se quería alzar con la tierra”.

Esta desconfianza originó la ruptura. Enterado el señor de la Qalaa de los Beni Abbés de cómo Salah Bajá quería prenderle por ese motivo, se fue a sus tierras, se fortificó y declaró la guerra a los turcos. Salah Bajá organizó una expedición en pleno invierno

“hasta un lugar llamado Boni, donde hubieron los turcos algunos encuentros con los azuagos, en uno de los cuales fue muerto Cide Fadal, hermano de La Abez. Y los trataran los turcos muy mal si no fuera porque cayó tanta nieve que los hizo retirar. Idos los turcos, el La Abez comenzó a fortalecerse en la sierra cortando todos los caminos y reedificando la fortaleza del Calaa; y saliendo a correr la tierra, hacía mucho daño a los vasallos de Argel. De esta manera creció en opinión y se juntaron con él otros pueblos...”

“El año 1554 Salah Arraez envió contra él a Mahamete Bey, su hijo, con mil turcos escopeteros de a pie y quinientos de a caballo,

y 6.000 alárabes de a caballo. El cual, pensando ir contra la fortaleza de Calaa, puso sus tiendas en Boni, que es poco más de una legua de allí. Mas el La Abez le dejó llegar bien cerca y aún le dejara pasar más adelante si quisiera entrar; y siendo el turco avisado que lo hacía de industria para tomarles las espaldas, se retiró de noche a lo llano. Y el La Abez salió a él y hubieron batalla, en la cual murió mucha gente de ambas partes; y los turcos fueran del todo rotos si no los socorriesen los alárabes. Y, así, se hubieron de retirar con pérdida de gente y de reputación” (51).

Es destacable lo explícito de Luis del Mármol, buen conocedor del árabe y, al parecer, conocedor también de la lengua bereber o cabil, a los que se refiere cuando habla de “africanos” en relación con los árabes propiamente dichos. A esos conocimientos –del que su origen morisco no era ajeno– hay que añadir que esos sucesos narrados se desarrollan en el tiempo de su estancia en Berbería, entre 1535 y 1557, que hacen que su testimonio sea muy fiable.

“En este tiempo vino a Argel Muley Bu Haçon, señor de Vélez de la Gomera...”, continúa Mármol su narración; los turcos accedieron a ayudarle contra los Xerifes marroquíes para que se instalase en el reino de Fez y enviaron, según el testimonio de Mármol, cuatro mil escopeteros de a pie. Pero Salah Bajá no desatendió la ofensiva contra los bereberes de La Abez:

“Dejó (Salah Bajá) en orden otro campo de 400 turcos de a pie y 150 de a caballo y 2.500 alárabes para que fuese contra el La Abez, y por general de él a Cenán Arraez, renegado de nación corso, y con él el alcaide Rabadán Griego. Los cuales, sabido cómo Giubel Ayat y otros lugares de la comarca daban ya tributo al La Abez, fueron la vuelta de Micila (M’Silá) para poner cobro en aquel estado. Por otro cabo, el africano juntó sus gentes y fue luego sobre ellos. Y estando el campo de los turcos en la ribera del río Haman, dio una alborada sobre ellos y los desbarató y mató a todos, sin tomar hombre a vida; que no escaparon sino los dos capitanes que huyeron a uña de caballo hasta Mecila. Y a los alárabes, no los queriendo matar, los desbalijó y los dejó ir. Este mismo año volvió Salah Arraez de Fez, dejando por rey a Buhaçon, y luego, en llegando a Argel, dio orden de ir sobre Bugía” (52)

Y la ganó a los españoles, a pesar de las imponentes fortificaciones que aún hoy se pueden encontrar en la ciudad costera cabil de Beyaia. Antonio de Sosa sintetiza magistralmente el “problema bereber”, de estos cabiles y suawa de las montañas del entorno de Beyaia. Lo resume antes de abordar la inteligente política del hijo de Barbarroja, Hasán Bajá, después de una nueva guerra en el año 1559:

“Este (el Abdelasís de Mármol) y otros reyes, sus antecesores, jamás quisieron obedecer a los reyes de Argel ni pagarles algún tributo, como el rey del Cuco su vecino y otros hacían, confiando en las grandes y muy ásperas montañas en que él vive y sus vasallos. Y aún no se contentando con esto, hacía mucha guerra a los alárabes y vasallos de los turcos, bajando de sus montañas y robándolos de cuanto tenían. Y como fuese hombre liberal, comenzaron al principio algunos renegados de Argel a ir a servirle porque les daba muy buenas pagas, deseando en gran manera tener consigo escopeteros. Tras esto, muchos cristianos cautivos se huían de Argel para él, a los cuales recogía y si se querían volver moros los casaba y daba muy buen entretenimiento; y si todavía querían ser cristianos, los dejaba en su libertad como le sirviesen en la guerra. De esta manera vino este rey, a cabo de tiempo, a tener un buen número de escopeteros, parte renegados y parte cristianos. Con esto, y con otros sus vasallos, hizo muchos daños en los moros vasallos de turcos –como dijimos– y aún en los mismos turcos. Porque habiendo ido de Argel dos o tres campos de ellos contra él, desbarató a todos. Y en cogiendo a un turco vivo, el castigo que le daba era que le cortaba el miembro por medio y, atándole las manos atrás, le dejaba ir desangrándose, hasta que vaciada toda la sangre sin remedio se caía muerto en el camino” (53).

El tono de tradición oral de este párrafo de Sosa es de gran belleza y verismo. Finalmente, las hostilidades se interrumpirían durante unos años con el inicio del reinado segundo de Hasán Bajá, con la citada política de acercamiento a los bereberes que tendría sus frutos más adelante, sancionada por el matrimonio del propio hijo de Barbarroja con una princesa cabil.

La política de consolidación del dominio del régimen instaurado por Barbarroja en el interior, llevada a cabo por Salah Bajá, se completó con operaciones de corso y bélicas contra marroquíes y españoles. La expedición a Tremecén de los Xerifes y el hostigamiento a Mostaganem estuvo en el origen de una magna expedición contra Fez de Salah Bajá.

NOTAS:

(47).- Haedo, I, pp. 297-298.

(48).- Ib., pp. 298 y 311.

- (49).- Haedo, I, pp.299-301.
- (50).- Mármol, V, c. LXVIII.
- (51).- Ibidem.
- (52).- Ibidem.
- (53).- Haedo, I.

3.6.- La expedición a Fez de Salah Bajá y el protagonismo de un navarro, doblemente renegado, con el cambio de monarca en Fez, la toma del Peñón de Vélez por los turcos y el regreso triunfal de Salah a Argel con un gran botín.

Mármol, en texto citado en el capítulo anterior, hacía venir a Argel al señor de Vélez, “Muley Bu Haçon”, en busca de ayuda argelina contra el nuevo rey Xarife de Fez; la versión berberisca recogida por Antonio de Sosa, con sus propias variantes, difiere del relato de Mármol en aspectos importantes, corroborados por el asiento entre Abu Hassun y los portugueses publicado por Mariño (54). Lo relaciona, además, con la actividad corsaria de Salah Bajá en 1553, actividad que completa su importantísima actuación política y militar.

“Todo aquel invierno ocupó el Sala Ruez en poner en orden todos cuantos navíos de remo pudo. Y siendo el año del Señor de 1553 salió de Argel por mar con 40 bajeles entre galeras, galeotas y bergantines muy bien armados, en principio del mes de junio. Y tomando el camino para Mallorca, do llegó en tres días, echó alguna gente en tierra para hacer daño en aquella isla y tomar alguna gente desmandada. Mas saliendo de la ciudad de Mallorca algunos caballos y arcabuceros, trabaron con los turcos una brava escaramuza; en la cual, con muy poco daño suyo, mataron hasta 500 turcos. Y entre ellos a Isuff Ruez, un renegado muy querido del capitán de la mar, que entonces era Acha Auli, su amo. E hicieron a mal grado retirar y embarcar a todos los turcos.

Salah Arráez, los portugueses y el rey de Vélez.

“Por lo cual, y viendo que ya era descubierta y que en aquella isla no podía hacer daño, se fue Sala Ruez con su armada a la vuelta de poniente, corriendo toda la costa de España; en la cual tampoco pudo hacer entonces daño porque toda la tierra estaba por las marinas avisada de la salida del rey de Argel y de la grande armada que llevaba. De esta manera llegó Sala Ruez al estrecho, a los postreros de julio; do encontró con cinco carabelas de Portugal muy bien armadas y un bergantín; en los cuales navíos venía Muley Buazón, el tuerto rey de Bélez que pretendía ser rey de Fez. Y como había pasado en España, volvía ahora con estos navíos que el rey don Juan el III de Portugal le había dado con hasta 300 hombres que le acompañasen hasta desembocarle en Bélez.

“Sala Ruez, que reconoció los navíos cristianos, luego los rodeó por todas partes con sus galeras y galeotas.

Y haciendo una muy quieta bonanza, sin ningún género de viento, comenzaron los turcos por una parte y los portugueses por otra un terrible tirar de cañones y, juntamente, a disparar de ambas partes muy continua arcabucería. Invistieron los turcos algunas veces a los portugueses, y ellos se defendieron con mucho ánimo; hasta que siendo muertos muchos de ellos y los vivos todos heridos, al cabo de tres horas de pelea, fueron entrados de la multitud de los turcos que venían en los cuarenta bajeles y tomados. Y con ellos, juntamente, el rey de Bélez Muley Boazón y quince o veinte moros que le habían siempre acompañado.

Salah Bajá en Vélez, trata con el rey de Fez.

“Con esta presa se fue Sala Ruez luego al Peñón de Bélez, donde estaba por alcaide un moro que tenía aquella fuerza por el rey de Fez y que se decía el alcaide de Muça. El cual, entendiendo cómo en aquella armada estaba en persona el rey de Argel, o por temor que hubiese de que por ventura iba sobre él, o por agradarle y probar nueva ventura con el nuevo señor, le envió a ofrecer aquella fuerza inexpugnable, si la quisiese aceptar, y juntamente la ciudad de Bélez que también estaba a su gobierno. El Sala Ruez, aunque le agradeció aquella buena voluntad, no la quiso aceptar; mas respondió que él estaba en paz con el rey de Fez, el Xarife; y que no venía a romperla ni a tomarle las tierras de su reino. Mas que, antes, él ofrecía al mismo Xarife aquellos navíos de cristianos que tomara, con toda la artillería y aparejos que tenían; y por hacerle bien y servicio llevaba para Argel cautivo a su enemigo Muley Buazón que andaba por todas partes, hasta por tierras de cristianos, buscando modo como le hiciese guerra y echase de aquel reino de Fez.

“Y que en recompensa de todo esto otra cosa no quería sino que el rey de Fez le fuese siempre buen amigo; y que por ningún caso pasase las montañas de Malohia, que están enfrente de Melilla y dividen el reino de Tremecén del de Fez, a que los españoles les llaman los galanes caballeros de Melohia, ni mandase o consintiese que fuesen moros de sus reinos a molestar las tierras sujetas a turcos, cuales eran las de Tremecén. Y que de todo esto avisase luego de su parte al mismo Xarife y rey de Fez. Con esto, y dejando allí las carabelas con toda su artillería, que era mucha y muy buena, y toda de bronce, hizo vela para Argel.

“Después de esto, no pasaron tres meses que, o por voluntad del rey de Fez y por su mandado o porque algunos moros desmandados así lo quisieron, entraron en buen número por las tierras de Tremecén,

pasando muy adelante de las ya dichas montañas. Mas otros afirman que nada de esto hubo, mas que siendo persuadido el Sala Raez del dicho Muley Buazón, rey de Bélez –que consigo había llevado captivo cuando tomó los bajeles de Portugal–, a que le ayudase a conquistar el reino de Fez, que pretendía ser suyo, ofreciéndole para esto grandes premios y mucha cantidad de dinero; que el mismo Sala Raez, aceptando este partido, quiso mover guerra al Xarife.

Expedición a Fez de Salah Bajá en 1564.

“Por lo cual, todo el invierno del mismo año de 1553 se aparejó, y en principio del mes de enero del año siguiente de 1554 salió de Argel con 6.000 escopeteros y mil espays a caballo; y recogiendo de camino hasta 4.000 moros a caballo, parte de los cuales el rey del Cuco le enviaba y parte que otros jeques de alárabes le ofrecieron, con todo este campo y con doce piezas de artillería, se puso en camino para Fez llevando consigo al dicho Muley Buazón el Tuerto. Llevó también Sala Raez ochenta cristianos que escogió entre cuantos cautivos tenía, todos hombres valientes y de fuerzas, a los cuales encomendó la artillería diciendo que si la llevaban salva hasta Fez que él les prometía libertad, como después hizo.

“(A)demás de este campo por tierra envió por mar veintidós galeras y galeotas bien en orden, mandándoles que se entrasen en el puerto nuevo, que está junto a Melilla, como dos leguas y treinta solamente de Fez, con intención que si alguna desgracia le sucedía en Fez se pudiera retirar y acoger a estos bajeles.

“Caminó, pues, el Sala Raez con su gente tanto adelante que llegó a la ciudad de Tesa, la cual está antes de llegar a Fez veinte leguas, do ya el rey de Fez le estaba aguardando con 40.000 moros a caballo y otros tantos a pie. Pero no porque el campo de estos moros fuese tan grande rehusó el Sala Raez la batalla, confiado que muchos de aquellos alcaides que se hallaban con el Xarife se pasarían en su favor, como lo habían antes escrito a él y al dicho Muley Buazón. Y así fue. Porque comenzada la batalla ellos luego se desordenaron y se pasaron a los turcos; y cargando todos sobre el Xarife, matando muchos moros, los rompieron todos y pusieron en huida. Después de esta victoria entró luego el Sala Raez en Tesa y fue de todos bien recibido. Y dejando allí 200 turcos en guarnición, y por capitán de ellos al alcaide Asán, de nación turco, caminó más adelante.

“Y en Fez el (sic, por “de”) nuevo halló que el Xarife con su campo, que rehiciera y reforzara de nuevo, le esperaba aguardando para la segunda batalla. La cual luego fue comenzada en el lugar do están las sepulturas, pegado con los muros de Fez. Y siendo otra vez rompida la gente del Xarife y retirándose dentro de la ciudad, acaeció que al momento que el Xarife se salió por una puerta de la ciudad para Marruecos, el Sala Ruez y sus turcos entraron por la otra dentro de Fez el Nuevo; al cual luego saquearon todos los turcos, ganando un muy grande y muy rico despojo. Y queriendo hacer lo mismo en las casas de los judíos que están a una parte de la ciudad apartados, se compusieron con Sala Ruez en 300.000 ducados. Y porque dos turcos –no obstante este concierto— entraron dentro de la judería a robar, el Sala Ruez los mandó luego ahogar en la puerta de la misma judería.

Los turcos en Fez

“Acaeció esta batalla y toma de Fez por los turcos en el mes de marzo del año que atrás dijimos, 1554. Y luego, haciendo Sala Ruez jurar por rey de aquella ciudad y reino de Fez al dicho Muley Buazón, por cuyo respeto hiciera aquella jornada y llevara consigo el pago de esto, y por gratificar a Sala Ruez, le dio 3.000 moticales de oro para su plato, contando a 3.000 por cada día después que saliera de Argel; y a los turcos y soldados no sólo pagó muy liberalmente todas sus pagas, pero también repartió entre ellos mucho dinero; y a los oficiales presentó ricos presentes y dióles muchos caballos, camellos y mulas en que pudiesen caminar volviendo para Argel y llevar el gran despojo que en aquella guerra habían todos ganado y adquirido.

“Usó entonces el Sala Ruez de una real cortesía; porque como tuviese en su poder a la mujer principal del Xarife y a dos hijas muchachas, no solo las mandó tratar y servir con toda honra y respeto, pero muy bien acompañadas las envió al mismo Xarife que estaba ya en Marruecos. Después de esto estuvo Sala Ruez un mes reposando en Fez, ordenando las cosas de aquel reino en favor del nuevo rey y reconciliando con él muchos moros y alcaides principales. Y pareciéndole que con esto le dejaba quieto y seguro del Xarife, se volvió para Argel muy despacio y a muy pequeñas jornadas, que llegó allá en principio del mes de agosto, deteniéndose en Tremecén, Mostagán, Túnez (sic por Tenes) y otras tierras, dando orden en la fortificación y gobierno de ellas”.

Otra consecuencia de esta expedición fue la instalación de una guarnición turca durante diez años en el Peñón de Vélez:

“A pocos días que el Xarife, rey de Fez, fue vencido de Sala Raez segunda vez, cabe los muros de Fez de la suerte que dijimos, se supo la nueva en el Peñón; cuyo alcaide, temiendo grandemente la ira del Muley Buazón, nuevo rey, porque siempre le fuera contrario, desamparó al momento aquella fuerza; que si él quisiera pudiera defender –según es inexpugnable– a todo el poder de Muley Buazón, y aún de otro más poderoso. Y como esto se supiese luego en la armada turquesca, que dijimos que el Sala Raez mandara meter dentro del puerto nuevo, cabe Melilla, los arráeces de ella no perdieron tan buena ocasión; se partieron con los ventidós bajeles para el Peñón, y hallándolo solo y desamparado se metieron dentro. Fue luego de ellos Sala Raez, que todavía estaba en Fez, avisado de este caso. Y alabando su diligencia, mandó a un alcaide turco, que se decía el Cay de (sic por alcaide) Chader, que con doscientos turcos se metiese en el Peñón y le fortificase lo mejor que pudiese. Así lo hizo el alcaide. Y de aquel tiempo quedó aquella fuerza por los turcos, hasta que el rey Filippo II de España se la quitó el año del Señor de 1564” (55).

Antonio de Sosa dejaba abierto el origen de la nueva guerra con Fez: o bien había sido porque el rey de Vélez convenciera a los berberiscos de la conveniencia de la expedición, o bien por una disputa fronteriza en torno a las tierras de aquellos “galanes de Meliona” que dijera Cervantes, la “montaña de Melioha” de Sosa. Pero es Diego de Torres el que narra con mayor minuciosidad aquella expedición y quien mejor la entronca con las circunstancias desencadenantes de ella, según fuentes de primera mano marroquíes ya que en ese tiempo el autor estaba aún en aquellas tierras; según Mercedes García Arenal, los capítulos LIV a CI del libro de Torres constituyen lo “más original e interesante de la obra”, basados los textos “en su testimonio directo y en su experiencia personal”: su estancia en Marraques (1546-1550), en Tarudante (1551-1552) y en Fez (1553-1554) (56). El protagonismo de un renegado navarro, del que Torres no dice el nombre y que no aparece como tal en el relato de Sosa, es significativa de los diversos orígenes de los informantes; “agente doble”, diríamos hoy –volvería a España, incluso, y Torres se lo encuentra en Toledo en 1560 (57)–, su participación protagonista sería borrada, o silenciada al menos, en la memoria de los medios berberiscos.

Recogemos el relato de Torres desde el tiempo inmediatamente posterior a la ocupación marroquí de Tremecén de 1551, para entroncarla con la expedición de Salah Bajá iniciada en septiembre de 1553.

“Los turcos que escaparon de Tremecén y Mostagán cuando el Arrani las ganó... llegaron a Argel y dieron cuenta de lo que había pasado al gobernador Çala Raez”,

comienza, con error claro de fechas, Torres; Salah no llegaría a Argel hasta bastantes meses después, en abril de 1552, y estos sucesos se desarrollaron sin duda durante el gobierno de Saffa, tras el viaje a Estambul de Hasán Bajá (septiembre 1551). En Argel se decidió enviar una expedición a Tremecén, decidida por Salah, según Torres, per en realidad por Saffa o por el propio Hasán Bajá durante sus últimas semanas de estancia en Argel.

“Para esto nombró por capitán un renegado natural de Navarra y le dio dos mil arcabuceros, entre turcos y renegados, los mejores y más pláticos que tenía en Argel, y algunas piezas de artillería de campaña con las demás cosas necesarias para la jornada. Partieron la vuelta de Mostagán y Tremecén y, por fin de octubre del año 1555, y en llegando sobre Mostagán, en pocos días puso en tanto estrecho a los que estaban dentro que el Capitán Negro... trató de entregar la fuerza con condición que le dejasen ir a él y los suyos con sus armas y caballos...; y así se les otorgó; aunque se les guardó mal, porque en comenzando a salir los turcos que habían estado allí primero, con la rabia y enojo que de ellos tenían, dieron con ellos y mataron muchos, y entre ellos a su Capitán Negro. Y los que escaparon a uña de caballo, que fueron pocos, llegaron a Tremecén y dieron la nueva de lo sucedido al alcaide Abudo que allí estaba por el Xarife”.

El rey de Fez, enterado de la contraofensiva turca, decidió enviar a su hijo predilecto “Muley Abalcadre” a Tremecén.

“En principio de enero del año de 1552 –no había llegado Salah Bajá a Argel aún y gobernaba el alcaide Saffa— partió la vuelta de Tremecén a grandes jornadas llevando consigo dos hermanos llamados Muley Abdala –Abd Allah al-Galib, hijo y sucesor de Muhammad al-Sayj de 1557 a 1574 (58)–, que después sucedió en aquellos reinos, y a Muley Abada Ramón –Abd al- Rahman, asesinado en 1554 en beneficio de la sucesión de su hermano Abd Allah al-Galib (59)–; y con esta priesa llegó a Tremecén antes que los turcos, donde fue recibido con grande alegría por el alcaide Abudo y los demás que allí estaban”.

El 15 de enero llegaron los turcos

“y asentaron su real a la mira de sus contrarios, de suerte que a los unos y a los otros dividía una acequia de agua honda que corría por medio. Y al cabo de dos días que los turcos llegaron pretendió el Muley Abalcadre acometerlos y pelear con ellos,

y para esto quiso pasar con sus caballos una portezuela que el acequia tenía. Los turcos, entendiendo su designio, acordaron de defenderla y, así, se trabó entre ellos una brava escaramuza, llevando siempre los moros lo peor; porque como eran hombres de lanza y adarga no podían llegar a pelear a la iguala con sus enemigos, los cuales con los arcabuces y flechas hacían en ellos terrible estrago, y los caballos, con el estruendo de los arcabuces, andaban tan alterados que no eran los dueños señores de ellos; y, así, comenzaron a desmayar y retirarse. Visto por Muley Abalcadre, pasó adelante con algunos de sus privados animándolos al paso de la puente, y andando en esto fue muerto de un arcabuzazo que le dieron por los pechos, y acabaron los suyos de perder del todo el ánimo y a retirarse. Algunos de los turcos entendieron ser muerto el capitán de los alárabes, pasaron la puente y, buscando el cuerpo, le quitaron la cabeza y la pusieron en una lanza y apregonaron `vitoria, vitoria', y con un correo la envió el renegado a Argel a Çala Ræz (sic) escribiéndole el estado en que quedaban las cosas del reino”.

Los marroquíes decidieron retirarse, “en lo cual los más vieron por estar atemorizados de los arcabuces, con quien hasta entonces no se habían encontrado”, lo que hicieron aquella misma noche. Muley Abd Allah fue mal recibido en Fez, “tenido por cobarde y pusilánimo” y el rey Xarife Muhammad “estuvo muchos días muy triste” por la muerte de sus hijos Muley Abalcadre y el Arraní (Muhammad al-Harran) (60).

Los turcos entraron en Tremecén de nuevo, ocuparon los puestos claves de la ciudad, como la alcazaba, pusieron guarniciones, pregonaron “perdón general a todos los ausentes con condición que tornasen a hacer pleito homenaje al turco, y a él (el renegado navarro) en su nombre, con lo cual todos los ausentes se vinieron a sus casas y le fueron a besar las manos, y juntadas cortes fue hecha la solemnidad del juramento por los alcaides y hombres principales del reino”. A los partidarios de los Xarifes marroquíes se les castigó rigurosamente, “condenándoles en perdimiento de bienes para la cámara”. Con estos bienes incautados y “otras garramas”, el renegado navarro “juntó gran suma de dinero y con parte de ello y otras cosas de la tierra envió un presente a Çala Ræz (sic), escribiéndole muy particularmente todo lo que había pasado hasta aquel día”. Desde Argel se comunicó ésto a Estambul y se nombró gobernador de Tremecén al navarro (61)

La versión de Torres, hasta aquí, final del invierno de 1552, se correspondería en líneas generales con la versión de Sosa recogida en el capítulo 3.4, más arriba, y en la que se hacía jefes de esta operación contra los marroquíes al mismo alcaide Saffa, al renegado corso Hasán y al renegado sardo Alí. Nada se decía del renegado navarro, protagonista del relato de Torres, aunque, por las fechas, es fácil que Saffa no participara en esta operación sino que permaneciera en Argel a la espera del nuevo gobernante enviado de Estambul, que sería el arráz Salah. Una vez llegado Salah Bajá

a Argel, el alcaide Saffa pasaría a ocuparse personalmente del gobierno de Tremecén; a finales de otoño, por lo tanto.

Diego de Torres traza una biografía de este renegado navarro, de alguna manera “agente doble” para españoles y turcos, como se diría hoy, y que tal vez a causa de eso silenciaron las fuentes jenízaro-corsarias. Es modélica por muchos motivos:

“Este renegado era natural de Navarra... y caballero, y vino a este estado porque, siendo de edad de catorce años, mató con una ballesta un clérigo ayo suyo porque le azotó; el cual se fue a Italia donde, andando por la mar, fue cautivado por turcos y vino a poder de Barbarroja y fue su bardaj.

El Renegado Navarro y don Martín de la Cueva

Por estos méritos tan honrosos subió a ser capitán y hombre de estima. Residiendo esta vez en Tremecén, fue a correr a Orán y desafió a don Martín de la Cueva, duque que después fue de Alburquerque, gobernador de Milán, que entonces estaba desterrado en aquella frontera; y con seguro de ambas partes pelearon los dos valerosamente y salieron ambos heridos, quedando en poder de don Martín la lanza del contrario, que le arrojó de remeso. De lo cual resultó entre ellos tan grande amistad que debió de ser harta para que Orán no se perdiese en el cerco que el Çala Ruez le puso en el año de 1557 (sic, por 1556, cerco que llegó sólo a iniciarse, pero al mando de Hasán Corso, por muerte de Salah Bajá), en el cual este renegado se halló con su gente y tuvo cierta competencia con el virrey de Argel sobre la ciudad de Orán, en cuyo gobierno había de quedar si se ganase.

El Renegado Navarro, agente español

Prevaleció la parte de Argel y el renegado se decía que, con este enojo, hizo todo lo posible, de secreto, porque no se ganase, enviando a don Gabriel muchos avisos. Y, en conclusión, al tiempo que la ciudad estaba más apretada se levantó con los suyos y se fue a Tremecén, que fue causa que el de Argel levantase el cerco y se fuese; y llegado a Argel por en fin de agosto, avisó al Turco del suceso del cerco y de la culpa del renegado por cierta información que le envió; la cual vista por los de su consejo envió a mandar al renegado que fuese a Constantinopla a descargarse. El cual, temiendo su cabeza, se embarcó en una galera con toda su hacienda y cuarenta cristianos cautivos; y caminando la vuelta de levante, yendo en mar alta,

tornó la vuelta de España, donde iba determinado de ir.

Conflicto de corso con genoveses

Fue su desdicha que le dio cierto temporal y no pudo tomar tierra en ella y hubo de ir a parar a Génova, donde fue despojado de todo cuanto llevaba sin valerle el testimonio de los cristianos cautivos que afirmaban cómo venía a tornarse cristiano. Los genoveses decían que bastaba dejarle con la vida y libertad, y que lo demás era para satisfacer a muchas gentes a quien él había robado en la mar siendo corsario; en especial, le hacían cargo de un galeón que había tomado cargado de muchas mercaderías. De allí, visto el poco remedio que tenía para cobrar lo que le habían tomado, se pasó a la corte de España, donde yo le vi el año de 1560 en Toledo; posaba y comía de ordinario con el duque de Alburquerque y con don Gabriel de la Cueva su hijo. Los cuales le favorecían con su majestad del rey don Felipe para que, por orden suya, cobrase su hacienda de genoveses; pero no se pudiendo acabar, él se fue de allí desesperado y, así, no pude acabar de entender en lo que paró” (62).

Esta evocación de Torres, en verdad poco amistosa, es todo un modelo de aquello que dimos en llamar “hombres de frontera”, incluso en lo religioso, sobre los que habremos de volver (63). A finales de 1553 se iniciaba la expedición de Salah Bajá, con el rey de Vélez Abu Hassun, contra Fez, verdadera devolución de la visita del Xarife a la Berbería central.

“Çala Ruez, gobernador de Argel, después que concertó con el rey de Vélez de le socorrer, dejando las cosas de Argel encomendadas a un alcaide, se partió en fin de septiembre del año de 1553 con los cinco mil hombres y doce piezas de campaña; y con esto, y con la esperanza de lo que Muley Buazón le había hecho entender que le saldrían al camino muchos alcaides y jeques, marchó la vuelta de Tremecén, donde se le hizo un solemne recibimiento por el Renegado Navarro y turcos que allí estaban, donde descansó algunos días. Estas nuevas llegaron a Fez en fin de octubre del dicho año y pusieron la tierra en gran alboroto”.

El rey Xarife Muhammad decidió hacer frente a los turcos;

“mandó hacer alarde de la gente que había traído de Marruecos (Marraques) y los demás que le habían allegado de otras partes, y se hallaron más de 30.000 caballos y diez o doce mil hombres de a pie,

escopeteros y ballesteros, y con su guarda de renegados, que turcos no quiso llevar, con las demás cosas necesarias a la jornada, partió de Fez principio de noviembre del dicho año... A ningún hombre de razón le cuadraba venir Çala Raez a un negocio tan importante, y contra un hombre tan poderoso, con tan poca gente. Y el Xarife, a lo que se entendía, más temía a los fesíes que de los turcos” (64).

“Después que el Xarife estuvo cierto de la venida del de Vélez y turcos, y resumiendo en irlos a buscar antes que entrasen en sus tierras, dejando las cosas de aquel reino encomendadas a Muley Abdala, partió de Fez llevando consigo a Muley Abel Mumen, su hijo, y con la gente referida... y veinte piezas de artillería de campaña”.

En Taza (Tessa, en Torres), “una fuerza del reino de Fez que está en los límites de él y a la entrada del de Tremeccén”, “que está de Fez, a la cuenta de los moros, al pie de cuarenta leguas”, asentó su real. Con tiempo muy lluvioso, “a cuatro de diciembre descubrieron los corredores del Xarife a los turcos en muy buena ordenanza”; asentó Salah Bajá su real “a la mira del Xarife” y

“estuvieron dos días sin hacer cosa señalada. El Çala Raez... hizo esto de industria para que su gente descansase del trabajo del camino. Al tercer día... determinó, con el de Vélez y sus capitanes y consejo, de les dar una alborada, y esto encomendó al Renegado Navarro como a hombre que tenía experiencia del valor de aquella gente; y para esto le señaló mil quinientos turcos renegados. El cual... lo aceptó de buena gana... por dar a entender el valor de su persona”.

El Navarro aleccionó a sus hombres, “poniéndoles delante el servicio que harán al gran señor y premio que esperaban del saco de Fez”. Dos horas antes que amaneciese,

“con gran silencio salieron de su real la vuelta del enemigo... Hallándoles descuidados de tales alboradas, comenzaron a pelear con los guardas... y se dieron tan buena maña, habiéndole acometido por dos partes, que antes que amaneciese habían hecho grande estrago en los del Xarife”.

El Xarife intentó poner orden en el real, mas su gente “andaba tan alborotada de los gritos de los heridos y caballos que andaban sueltos, que no se oían unos a otros. Avisado Çala Raez..., mandó a otros mil arcabuceros para reforzar los demás”. La gran confusión hizo que el Xarife se retirara y decidiera volver a Fez: “los alárabes no eran gente diestra ni armada para pelear con los turcos arcabuceros y... había visto que sino fuera por sus renegados y algunos ballesteros, fuera rompido del todo”. La retirada fue rápida y “con la priesa dejaron muchas cosas perdidas donde habían tenido el real”. El

Xarife Muhammad llegó a Fez el 16 de diciembre. Salah Bajá, a su vez, continuaba su avance sobre Fez. Diego de Torres explicita sus fuentes para este relato:

“de estas cosas me informé de cautivos cristianos del Xarife,
en especial un Francisco de Escalona,
que había sido alférez en Azamor y tenía fama de buen soldado” (65).

En Fez, el Xarife se aprestó para enfrentarse a los turcos; entre las medidas de excepción que ideó, una fue “armar los cautivos cristianos que tenía y particulares”, que eran unos mil, para lo que juntó un consejo en el que también participaron “algunos renegados y ciertos cristianos horros (de hurr, libre) y cautivos entre los cuales fui yo uno”, escribe Torres de sí mismo; Torres opinó en ese consejo que se armasen y “ofreciendo libertad a los cautivos que escapasen con vida de la batalla”; llegó a ofrecer, ante las reticencias de muchos consejeros, “que yo me obligaría a dar por cada cautivo que escapase vivo veinte ducados, lo cual no bastó”; la idea fue desechada.

“Los turcos llegaron un sábado a 3 de enero de 1554 a una legua de Fez la Vieja y asentaron su real junto al río Cebu”. El domingo el rey Xarife salió de Fez “acompañado de sus hijos y alcaides y gente principal, con suguarda de renegados, con música de diferentes instrumentos” y visitó la tropa de “quince mil caballos escogidos de tierra de Marruecos y Tarudante, de los cuales mandó hacer tres escuadrones, y el uno encomendó al Muley Abel Mumen y alalcaide Ali Benbucar (Ali ibn Abu Bakr Azzikí) y el otro a su hijo Muley Abdala, y el otro tomó para sí”. El rey de Vélez Abu Hasun “había rogado a Çala Raez que se estuviese a la mira con sus gentes y que le dejase a él aquel día pelear. Arengó a sus gentes “para recobrar aquellas ciudades y reino que habían sido de sus pasados” y para “vengar la muerte de los Merines”;

“y blandeando una lanza que traía en su mano,
decían que había arrojado el bonete que traía en la cabeza hacia los enemigos,
y arremetiendo el caballo como un león... este día
hizo Muley Buazon cosas maravillosas por su persona,
acudiendo a todas partes, socorriendo a los suyos;
y asombrados los contrarios de su valor, se comenzaron a retirar
porque a este tiempo Çala Raez hizo muestra de venir a pelear”.

El Xarife se retiró a Fez y el rey de Vélez fue acogido con salvas de artillería y escopetería en su real. Los turcos, “como se veían a la mira de aquella ciudad de donde esperaban los 400.000 ducados para su paga y el saco de la otra”, estaban impacientes: “aquella noche, después de haber recibido algunos hombres principales que fueron de Fez la Vieja a ver a Muley Buazón y a ofrecérsela, mandaron alzar su real y pasaron al río Cebu”, instalándose entre Fez la Vieja y la Nueva,

“un sitio que llaman Las Caleras, en el camino... de Fez a Tessa,
donde otro día por la mañana, día de los Reyes,
le vimos desde la muralla bien fortificado de trincheras y otros reparos...,”

a lo cual se decía que habían ayudado los de Fez la Vieja” (66).

El “lunes 5 de enero”, después de unas escaramuzas por la mañana, el Xarife, “visto el desbarate y miedo que los suyos habían cobrado de los turcos”, se retiró a Fez la Nueva, “a las dos horas después de mediodía, con sus banderas tendidas”; mandó a su hijo Muley Abdala que “abajase a Fez la Vieja a estorbar que no entrasen los turcos dentro del alcazaba”, pero “entendiendo la voluntad que los fesíes tenía a Buazon y que el estar allí no servía más del riesgo de su persona”, volvió de nuevo a Fez la Nueva. Torres dice que “este día estuve yo presente en parte que vi la batalla y lo demás”, lo que se aprecia en la precisión de fechas, horas del día y detalles anecdóticos de las acciones. Al anoecer entraron “Buazon y Çala Ræz, acompañados de muchos alcaides”, en la alcazaba de Fez la Vieja, “donde fueron recibidos de los fesíes con gran contento” y les llevaron presentes. Por su parte, el Xarife decidió retirarse a Marraquech, lo que hizo aquella misma noche. El dramatismo de la situación fue recogido por Torres:

(El Xarife Muhammad) “mandó al alcaide Buxemeda (Abu Yumada al-Amri) que con quinientos caballos se aparejase y estuviese a punto una puerta falsa de palacio; y dándoles a cada uno de ellos, según se dijo, una barjuleta de oro de Tibar, él con todos sus hijos y mujeres, y las más gentes de su casa, se partió para Marruecos como a las diez horas de la noche, con gran secreto y silencio por no ser sentido de los turcos. Dejando el tesoro a los enemigos..., dejando encomendada la ciudad al alcaide Ali Benbucar con orden que no dejase salir ninguna persona... y que después de medianoche le siguiese con su casa y gente. Por secreto que el Xarife se partió, se vino a entender por los de la ciudad como a la media noche. Y los gritos que se habían dado cuando entendieron que los turcos estaban en Fez la Vieja, se convirtieron en terribles llantos cuando se supo que el Xarife era ido y los dejaba en manos de sus enemigos. Y, así, acudía a la puerta de la ciudad mucha gente a caballo y a pies con sus mujeres e hijos y hatos para seguirle; y como no dejaban salir a ninguno, era la confusión entre ellos grande y andaban discurriendo de una parte a otra dando gritos”.

El alcaide se partió a continuación, dejando las puertas de la ciudad a un criado de confianza, y se fue hacia Mequines con su casa y más de trescientos caballos. El seis de enero vino el saqueo de los turcos;

“como a las nueve horas de la mañana entraron en Fez la Nueva Çala Ræz y Muley Buazón y el señor de Budubu (Dubdu), ricamente aderezados cada uno a su usanza y en muy hermosos caballos con costosos y galanos jaeces, acompañados de mucha gente principal,

con gran contento de todos, y mucha música y su gente en orden.
Y yendo por la calle principal,
pasando por junto a la aduana de los mercaderes cristianos,
desde una azotea les hablaron y les pidieron seguro;
y el Çala Ræez les respondió:
–”No tengáis pavor, cristianos.

“Y con esto se fueron a apeaar a palacio, donde se aposentó el Çala Ræez, y los suyos comenzaron a saquear Fez la Nueva, como estaba capitulado, y hallaron bien qué saquear porque, como no habían dejado salir a nadie, estaba la ciudad muy poblada. Los turcos, como gente ambiciosa y amiga de robar, hicieron muchos insultos y malos tratamientos a todos en general, de lo cual resultaron grandes llantos y clamores que nos movían a gran compasión, aunque infieles... (Salah Bajá) fue a visitar el tesoro que el Xarife había dejado y fue fama haber hallado más de tres millones, sin innumerables aderezos de la gineta de oro y plata y otras muchas alhajas de casa y mercaderías de las que pagaban los cristianos de diezmo; que esto, y setecientos cristianos cautivos, debió de valer cuatro millones. También se dijo que el Xarife de industria lo había dejado todo porque no tuviesen los turcos ocasión de ir tras él y por entender que, en saqueando y en cobrando los 400.000 ducados para la paga, se volverían a Argel” (67).

Narra también Torres una historia de cautivos –”dos cautivos que curaban los caballos”– muy en la línea de las que se harían populares en la época; los dos cautivos, “enterrado cierto dinero” del tesoro del Xarife, fueron a Salah Bajá a pedirle la libertad a cambio de ese dinero que “sospechaban” donde podía encontrarse; después de algunos días de haber buscado en diversos lugares fingidamente, por

“desmentir el que no lo sabían cierto, lo sacaron y llevaron al de Argel y hallaron más de 12.000 meticales de las doblas viejas de a veintidós quilates; y a la hora mandó a los cautivos dar la parte que les había mandado (la cuarta parte) y libertad, con condición que le curasen sus caballos hasta Argel, y que de ahí los enviaría a España, a la cual vinieron, y yo los vi en Carmona” (68).

Otra historia entre un turco y un judío –que “haciendo el bobo sin serlo”, compró “un saquetillo de tibar y un mazo de aljófár” por poco dinero, creyendo el turco “que eran raspaduras de latón... pensando que quedaba el judío engañado, siéndolo él”–trajo consigo problemas con la judería de Fez, de gran vitalidad, debiendo los judíos defenderla con las armas de asaltantes particulares turcos a pesar del seguro que tenían.

“Rescatáronse por orden de Buazón –los hebreos—

en veinte y cinco mil meticales
y los mercaderes cristianos hicieron lo mismo,
y les costó un presente que dieron al Çala Raez (de) 4.000 meticales.
Y a ciertos alcaides renegados que les favorecieron para esto
les dieron otros mil meticales;
y, con tanto, quedaron los unos y los otros libres y seguros de los turcos” (69).

Mientras Abu Hassun trabajaba

“con los de Fez la vieja por juntar los cuatrocientos mil meticales
para cumplir lo que había asentado con el de Argel,
determinó Çala Raez de enviar al reino de Vélez
a intentar tomar el Peñón para dejarlo por el Gran Señor,
y así envió un capitán con quinientos turcos y renegados,
los cuales se apoderaron de él sin resistencia alguna;
porque el alcaide que por el Xarife lo tenía...
se fue a Alarache y de allí a Marruecos”.

El Peñón de Vélez había estado en poder de Bu Hassun veintiocho años, hasta que el Xarife se lo conquistó en 1550, acción que causara aquella expedición de los argelinos. En 1564 lo conquistaría García de Toledo, al año siguiente virrey de Sicilia, para los españoles (70).

El tiempo que estuvo Salah Bajá en Fez, “que fueron casi cuatro meses, todo el gobierno y las demás cosas se hacían en nombre del Gran Señor”. Hubo incidentes entre turcos y fesíes, que casi llegaron a provocar una ruptura de hostilidades, y Torres narra también detalles de su trabajo de rescatador de cautivos. Finalmente, Salah bajá, después de cobrar lo ajustado, “mandó caminar los cautivos y fardage de vuelta de las salinas, que son parte de Melilla, donde tenía catorce galeras reales. Despachado esto, se partió con su gente y tesoro por el camino que vino la vuelta de Argel, demediado abril del dicho año”, y desde allí, “después de haber descansado algunos días, envió al Turco un gran presente de dineros, cautivos y caballos y otras muchas cosas de aquella tierra, y el demás tesoro fue fama que lo enterró y de ahí a pocos días murió” (71). Simplifica con ligereza Torres el final de su relato, con otro “tesoro enterrado” más, tan caro a la tradición popular. Salah Bajá había de conquistar aún Beyaia a los españoles, al año siguiente, y moriría en tiempo de peste dos años después, cuando preparaba una expedición contra Orán.

En el verano de 1544, en agosto según Torres, en septiembre según otras fuentes, el Xarife entraba de nuevo en Fez después de derrotar al último meriní y darle muerte. Torres narra el fin de la dinastía según la versión oficial saadí, como glosa Mercedes García Arenal:

“Los hijos de Buazón, vista la muerte del padre y el desbarate de sus gentes,
con algunos criados suyos marcharon la vuelta de Miquines,

donde el mayor tenía su casa de asiento. Y sacando su casa y hacienda, que sería poca según el poco tiempo que le había durado el mandar, se fueron a Alarache, donde estaba un navío de cristianos; y se lo pagaron bien porque los llevasen a España. Y yendo por la mar, a la vista de Cádiz los robaron luteranos, y con esto vinieron a acabar en mal los Merines, reyes de Fez, y sus descendientes” (71 bis).

Al parecer no hubo tal presa de luteranos; el barco llegaría a España y el último representante de la dinastía meriní se hizo cristiano –”converso/renegado”– con el nombre de don Gaspar de Benimerín, como explica en nota García Arenal (72).

NOTAS:

- (54).- Asiento citado en nota (43).
(55).- Haedo, I, pp. 302-306.
(56).- Torres, introd. p. 10. (57).- Ib., p. 227.
(58).- Torres, p. 224. Nota de García Arenal.
(59).- Ib., p. 228.
(60).- Torres, c. LXXXIV, pp. 223-225.
(61).- Ib., c. LXXXV, p. 226.
(63).- Ver Sola, op. cit. c. II y V.
(64).- Torres, c. XCI, pp. 242-243.
(65).- Ib., cc. XCII-XCIII, pp. 244-247.
(66).- Ib., cc. XCVI y XCVII, pp. 255-258.
(67).- Ib., c. XCIX, pp. 260-262.
(68).- Ib., p. 262.
(69).- Ib., cc. XCIX y C, pp. 262-266.
(70).- Ib., c. C, pp. 263-266.
(71).- Ib., c. CI, pp. 266-268.
(71 bis).- Ib., c. CIV, p. 277. “Unos bretones corsarios”, dice Mármol, en I, fol. 264.
(72).- Ibidem, en nota.

3.7.- Salah Bajá contra los españoles: la toma de Bugía, la actual Beyaia argelina, en relato breve de Mármol Carvajal y de Antonio de Sosa, con broche breve de un alférez renegado/mujtadí español jefe de tribu o de bandoleros en los montes del Aurés.

Después de la expedición a Fez, y tal vez como paso intermedio para domeñar a los belicosos bereberes de La Abez, Salah Bajá preparó y llevó a cabo la conquista de Beyaia a los españoles. He aquí el breve relato de Mármol, del que recogemos también una evocación general de la región:

“La ciudad de Bugía estuvo treinta y cinco años por los reyes de España. Los cuales tenían de ordinario en ella quinientos soldados repartidos en tres fortalezas. Y en este tiempo hicieron algunas entradas y trajeron muchos esclavos y ganados a la ciudad, aunque fueron raras por ser la gente de aquellas tierras muy belicosa y haber muchos escopeteros azuagos en la tierra, que siempre iban a correr a Bugía.

“Siendo, pues, capitán general de esta frontera don Alonso de Peralta, en el año 1555 Salah Arraez, gobernador de Argel, a persuasión de un morabito llamado Cidi Mahamet el Haxi, fue sobre ella con una armada de veintidós bajeles por mar y un campo de más de 40.000 hombres por tierra, entre los cuales iban 10.000 tiradores. Y habiendo ocupado el castillo imperial que los cristianos desocuparon pareciéndoles que no se podía bien defender, cercó el castillo de la mar y le batió cinco días y... le entró por fuerza de armas, habiendo en él solo cuarenta soldados. De allí fue luego al sobre el castillo grande donde estaba don Alonso de Peralta con toda la otra gente y le batió veintidós días; al cabo de los cuales el general, movido de piedad de las mujeres y niños que allí estaban, pensando darles libertad..., trató de partido con el pagano. Y habiéndole prometido que le dejaría ir libremente a él y a todos..., le entregó el castillo a 27 de octubre, día de San Cosme y San Damián. Mas el turco le guardó mal la palabra porque tomó la gente toda por esclavos y solamente dio libertad a don Alonso y a veinte hombres sus allegados, cuales él señaló.

“Después acá ha estado siempre esta ciudad en poder de turcos; los cuales la han fortalecido y tienen allí un alcaide con guarnición. A levante de esta ciudad entra en el mar un río, al parecer pequeño, aunque cuando se derrite la nieve lleva mucha agua. Llámánle los moros Huet el Quibir —que quiere decir Rio Grande—

y los cristianos río de Zinganor... Tórnase en él mucho pescado,
aunque la pesca en la mar es tan buena
que los moradores se dan poco por la del río.
Cuando esta ciudad era de cristianos no entraban navíos en este río
porque estaba la boca de la barra ciego de arena;
y el propio año que Salh Arraez la ganó llovió tanto
y vino tan grande creciente... que abrió la barra de suerte que ahora
pueden entrar dentro galeotas y galeras, y aún naos gruesas,
y allí están los bajeles guardados de toda tempestad y fortuna de mar
como en una caja; porque solamente hay un poco de travesía de tramontana.
Este río es el que pasa entre las sierras de Cuco y del Labez,
dejando el Cuco a tramontana y el La Abez a mediodía” (73).

Y he aquí el más explícito texto de Antonio de Sosa, con una noticia sobre la
continuación de las buenas relaciones argelino-francesas, tan denostadas en su momento
por los imperiales:

“En el año 1555 fue el Sala Raez en persona a tomar la ciudad de Bugía,
de esta manera. Salió de Argel en el mes de junio por tierra
con 3.000 turcos y renegados escopeteros,
y por mar envió dos galeras, y un barcón y una carabela
o saetía francesa que entonces se hallaba en Argel,
con doce cañones reforzados y dos pedreros muy grandes,
y con muchas municiones y bastimentos.
Y no llevó entonces más armada que esta porque en el mismo tiempo
había llegado a Argel el prior de Capua, hermano de Pedro Estroci,
con veinticuatro galeras de Francia y con cartas del Turco
para que Sala Raez diese los más navíos y galeotas que tuviese,
y la más gente que pudiese excusar, a favor del rey de Francia Enrique.
El cual andaba entonces en grandes guerras con Felipe II, rey de España.
Y, por tanto, habíale dado Sala Raez veintidós galeras y galeotas,
todas armadas y proveídas de muchas gente y artillería,
que se fueron en compañía del prior.

“Siendo partido Sala Raez de Argel con sus 3.000 turcos,
en el camino se juntaron con él más de 30.000 moros a pie y a caballo
que habían enviado algunos jeques de alarbes,
y principalmente el rey de Cuco y otros reinos.

Toma de Bugía por Salah Bajá

“Con esta gente y aparejos puso Sala Raez cerco sobre Bugía.
Y una mañana de viernes plantó la batería en dos partes;
la una en lo alto de la cuesta por do se sube de la ciudad a la montaña
en cuyas raíces está puesta y asentada Bugía. Y comenzó a batir

con seis cañones el castillo imperial que el emperador Carlos V, había algunos años antes, mandado hacer un poco más arriba de la ciudad; y dio el cargo de esta batería a un renegado de nación griego que se decía el alcaide Isuf. La segunda batería plantó sobre el Vergellete, un castillo puesto a la entrada del puerto, de la cual él mismo tomó el cargo. Tenía esta batería seis cañones y los dos pedreros que dijimos; y de este lugar batía también y tiraba a un galeón que poco había viniera de España con municiones y dineros para las pagas de los soldados.

“Durando todas estas baterías algunos días, primeramente, a pocos, echaron al fondo el galeón. Y a los ocho, quedando el Vergellete sin alguna defensa y muertos la mayor parte de cien soldados que defendían aquel castillo, fueron los demás forzados a retirarse a la ciudad. Y a los catorce de la misma batería, no pudiendo la muralla del castillo imperial resistir a la furia de la artillería de los turcos que era muy reforzada; y habiendo los turcos, parte con ella y parte con la mucha escopetería, muerto muchos de los que le defendían, porque quedaba el castillo más bajo y descubierto a los turcos, fueron también forzados a retirarse a la ciudad desamparando el castillo.

“Ganadas estas fuerzas, túvose Sala Ruez por señor de la ciudad y los cristianos por perdidos. Por lo cual envió a decir al capitán general de Buxia, que era un principal caballero español que se decía don Alonso de Peralta, que bien veía cómo ganadas aquellas dos fuerzas y siendo toda la ciudad muy flaca y de muros viejos, como lo es, no tenía algún modo de defensa; pero con todo eso, si en paz le quería entregar la ciudad le dejaría ir con algún razonable concierto. Viéndose de esta manera don Alonso y sin algún remedio humano, vino al cabo de muchas pláticas acordarse con Sala Ruez de esta manera. Que le dio licencia para escoger entre todos los cristianos a cuarenta, los que quisiese; y que se embarcase en la saetia o carabela francesa con ellos para España, dándoles Sala Ruez todo lo necesario para el camino. Hízolo así el don Alonso, aunque después le costó bien caro; porque le mandó el rey de España cortar por este caso la cabeza.

Botín de la ciudad y del galeón de las pagas

“Hecho esto, entró Sala Ruez en la ciudad al cabo de cuarenta años que el conde Pedro Navarro la ganara a los moros en el año de 1510. Y porque los turcos no se desmandasen mandó pregonar, so pena de muerte,

que ninguno entrase en la ciudad sino los que él solamente señalase.
Y de esta manera hizo recoger todo el despojo de la ciudad y de todas sus casas;
en que se hallaron muchas ropas y cosas de valor,
y cuatrocientos hombres y ciento veinte mujeres
y como hasta cien mozos y niños.
Halláronse también en el galeón que estaba anegado 12.000 escudos en reales,
metidos todos en barriles, que habían traído para las pagas.
Y repartiendo Sala Raez mucho de esto, y de las ropas y cautivos,
con sus turcos y soldados, y algunos moros, y dejando en la ciudad
por alcaide a un renegado sardo que se decía el alcaide Alisardo,
con cuatrocientos turcos de guarnición, se volvió por tierra para Argel;
y por mar envió las dos galeras y el galeón, que hizo sacar fuera del agua,
cargados todos del despojo y cautivos.
Tardó en ir, estar y venir dos meses” (74).

A Alonso de Peralta lo decapitaron en Valladolid el 4 de mayo de 1556. Mármol hace una evocación de las montañas del Aurés (“Auraz”), sierra que dice que está a treinta leguas de Bugía y veinticinco de Constantina, y que “por otro nombre llaman Riega”:

“Está poblada por gente rústica que no tiene mayor felicidad
que saltar en los caminos y matar a los caminantes para robarlos.
En lo alto de la sierra nacen grandes golpes de agua
que bajan a la tierra llana y hacen muchas lagunas
y, en calentando el tiempo, se secan y se hacen salinas.
Estos bárbaros temen tanto la sujeción que no quieren dejar
que ningún forastero platique en la sierra porque no sepan
las entradas y los pasos de ella; y siempre tienen guerra
con los alárabes sus vecinos, y no obedecen al rey ni a otro señor alguno.
Y ahora, en nuestros días, han hecho liga y amistad con unos alárabes
cuyo jeque es un renegado español que fue alférez
en la ciudad de Bugía cuando se perdió.
El cual les ha ido ganando la benevolencia de tal manera
que le aman y reverencian como a señor y le estiman mucho.
Y, así, juntan 2.000 caballos y
más de 30.000 peones” (75).

NOTAS:

(73).- Mármol, II, V, fol. 225 vto.

(74).- Haedo, I, pp. 307-310.

(75).- Mármol, II, V, final.

3.8.- Primera grave crisis del régimen berberisco a la muerte de Salah Bajá, con la cruel muerte de Hasán Corso, la impopularidad del enviado turco Techeoli Bajá, el efímero reinado del calabrés Yusuf y el control de la situación por el respetado Yahaya Bajá, en tiempo de peste.

Hasán Corso fue elegido por los jenízaros para suceder al difunto Salah. Pero al cabo de cuatro meses una grave crisis política se originó en Argel con la llegada del enviado de Constantinopla como nuevo gobernante, crisis en la que éste, aporvechando cierto malestar en los medios corsrios, mató cruelmente a Hasán Corso y terminó enfrentado a los grupos berberiscos más representativos. Por ser de gran interés para la comprensión del peculiar régimen político argelino, recojeremos por extenso el relato de Antonio de Sosa, del “Epítome de los reyes de Argel”.

“Por muerte de Sala Raez, y luego que la armada de Argel con su cuerpo se volvió de Metafuz, eligieron los turcos y genízaros de común consentimiento por rey y gobernador, hasta que el Turco ordenase otra cosa, a un renegado de nación corso, gran privado y mayordomo del Sala Raez muerto, el cual era de todos por sus buenas partes y condición muy amado, que se llamaba el Cayde Asán (por alcaide Hasán). Había sido el dicho Asán en tiempo de Sala Raez bilerbey o capitán general de la guerra y dado mucha experiencia de su ánimo y prudencia. El cual, viendo esta elección que de su persona hacían, por ningún caso la quiso al principio aceptar, estando en esto muy duro. A la postre, importunado de todos, lo hubo de hacer de mala gana”.

La primera grave decisión que tuvo que adoptar Hasán Corso fue la realización o no de la expedición preparada por Salah Bajá contra Orán, para la que acababan de llegar grandes refuerzos de Estambul por mar y había dispuesto “muchas artillerías, balas y aparejos de guerra”. Se decidió llevarla a cabo: Hasán “se partió por tierra con seis mil turcos arcabuceros y de camino recogió como hasta diez mil moros a caballo y treinta mil a pie, que ya el Sala Raez tenía avisados”. Desde Mostaganem, “doce leguas antes de Orán”, después de detenerse “allá algunos días para poner todo en orden, marchó para Orán con hasta doce mil turcos... y con los moros que dijimos, y con más de treinta piezas de artillería... en que había algunos cañones muy grandes y muy reforzados para batir”; pronto, “comenzó a sentar su campo, labrar sus trincheras y a escaramuzar cada día con los soldados de Orán”. Un mensajero de Estambul, “Aluch Ali o, como corruptamente se pronuncia, Ochali Escandoria” –que luego sería muy poderoso en Argel, durante el segundo gobierno de Hasán Bajá–, renegado griego, les transmitió la orden del sultán de “que si no eran idos a Orán, no fuesen; y si ya allá estaban, que luego al momento se retirasen”. Aunque de mala gana, “porque pensaban los turcos que de aquella vez, según en Orán había gente muy poca, salieran con aquella

empresa... no osando desobedecer al Turco, luego se levantó el campo y por mar y por tierra se volvieron todos para Argel”.

Tal vez esta agitada campaña contra los españoles de Orán, abortada por orden de los medios cortesanos de Estambul, en el tiempo dramático de peste en Argel y muerte reciente del admirado anciano Salah Bajá que tantos beneficios había generado para sus hombres con las abundantes campañas militares, estuviera en la base de los gravísimos disturbios que sucedieron. En ellos el enfrentamiento entre los medios corsarios y los medios militares o jenízaros parecen jugar papel primordial, según el relato de Sosa. La poca armonía entre los intereses de los corsarios y de los militares sólo se solucionaría después, cuando Mahamet Bajá, el hijo de Salah Bajá, permitió a ambos grupos participar en la actividad generadora de beneficios de los otros, a los jenízaros participar en el corso como leventes y a los corsarios poder acceder a la milicia profesional jenízara, con sus expediciones anuales para el cobro de “garramas” o impuestos y acciones militares (76).

La misma prolijidad del relato de aquellos sucesos, con minucia reconstruidos por Sosa con recuerdos de veinte años atrás de los mismos protagonistas –”como afirman turcos, renegados y cristianos que le conocieron”–, indica la importancia que en su día se dio a aquella crisis global del sistema político berberisco inaugurado por Barbarroja. También se comprende mejor el hecho de que, para salir de tal crisis –verdadero “modelo” de infinitud de crisis posteriores hasta el XVIII– pensarán en la corte otomana volver a enviar a Hasán Bajá, el hijo de Barbarroja, el político más experimentado en asuntos de Berbería con que contaba Solimán el Magnífico. Los sucesos de Argel debieron ser vistos en Estambul como un asunto de peligro de independentismo.

“Gobernó el Asán Corso hasta el principio de septiembre en mucha paz y con mucho contento y satisfacción de toda la gente; porque, como afirman turcos, renegados y cristianos que le conocieron, era bonísimo hombre, muy manso, muy afable y muy liberal; y nada enemigo de cristianos, mas muy aficionado a cosas; y tanto que no lo podía ni sabía disimular. Al cabo de algunos días llegó nueva a Argel cómo a Tripol eran llegados ocho bajeles en que venía nuevo rey proveído para Argel, que era un principal turco que se decía Thecheoli. Esta nueva dio muy grande descontento a todos en general, porque no había ninguno que del gobierno y buen modo de proceder del Asán no fuese muy satisfecho.

Negativa de los jenízaros de Argel a aceptar nuevo gobernador de Turquía

“Y tratando esto los jenízaros y los demás turcos entre sí, acordaron lo que pocas veces se ha visto; de por aquella vez no aceptar al rey que el Turco les enviaba, mas conservar al Asán en el gobierno y avisar de todo luego a Constantinopla.

Con esta resolución, que fue aprobada por todos, ordenaron los genízaros que avisasen a los alcaides de Bugía y de Bona que si por allí aportaba con sus bajeles el rey nuevo que venía de Constantinopla que le dijese que, en todo caso, se volviese para Turquía; porque no querían a otro rey que al Asán Corso. Y que ellos avisarían al Turco. Y que si no lo quisiese hacer que le tirasen de cañonazos.

“Recibido este aviso y mandato de los genízaros, llegado el nuevo rey a Bona, el alcaide da la ciudad, que era un renegado de nación griego que se decía el alcaide Mostafá, le hizo saber el orden que tenía de los genízaros. Y como todavía porfiase el nuevo rey, le mandó tirar algunos tiros; por lo cual, luego se tuvo que partir de allí. De la misma manera, prosiguiendo adelante y llegando a Buxia, otro renegado de nación sardo que dijimos había Sala Raez –cuando ganó aquella ciudad el año antes— dejado por alcaide, que se decía el alcaide Alí Sardo, protestó al dicho rey que se fuese en buena hora; y no lo quiso recoger ni en la ciudad ni en el río, antes también le mandó tirar algunos tiros y forzó que partiese.

“Con todo, el Thecheoli y nuevo rey prosiguió su camino adelante, esperando siempre que en Argel le recibirían. Y llegado en fin de septiembre a Matafuz, doce millas de Argel, como suelen los navíos que van de Turquía con cartas o mandato alguno del Gran Turco, tirase un cañón avisando de su llegada, los de Metafuz no le quisieron responder, como también en tales casos es de costumbre responderles, con otra pieza. Por lo cual el Thecheoli y todos los que con él venían quedaron muy confusos y descontentos.

Poco acuerdo entre jenízaros y corsarios

“A este tiempo los cosarios de Argel que entonces allí se hallaban, que eran muchos, no estaban nada contentos de esta determinación de los genízaros; porque como de los reyes de Argel ellos no reciben ni paga ni provecho, antes lo den (sic) a él con la parte que le dan de las presas, tanto se les daba fuese uno rey como otro. Acrecentábase a esto que hasta entonces nunca jamás pudieron acordarse y ser amigos del genízaros y los cosarios; porque querían los genízaros que los dejasen a ellos ir en corso en los bajeles por soldados, y que los cosarios tomasen parte del trabajo que ellos tenían en ir con las mahalas de continuo a garramar y cobrar los tributos.

“Y, por el contrario, los cosarios recusaban todo esto y no querían que los genízaros se mezclasen con ellos y participasen de los sabrosos y tan provechosos robos de la mar ni que los ocupasen en los oficios y negocios de la guerra, aunque les ofreciesen pagas y los privilegios de los genízaros. De manera que los cosarios hacían cuerpo por sí entonces todos y vivían muy discordes y en odio de los genízaros.

“Por lo cual se les daba poco a los cosarios de lo que los genízaros pretendían en este caso, desechando al rey que el Turco enviaba y queriendo, a pesar de todo, sustentar al Asán en el gobierno. Antes, considerando que esto displacería mucho al Turco, acordaron entre sí de favorecer al Thecheoli y engañar a los genízaros.

Treta de los corsarios

Para lo cual usaron de esta maña: persuadieron a los genízaros diciendo que ellos aprobaban lo que querían hacer y que se ofrecían a favorecer y ayudarlos para que saliesen con la suya. Persuadidos los genízaros en esto, dijéronle entonces los cosarios que por cuanto ellos tenían sus galeotas y navíos desarmados en el puerto y temía que el Thecheoli, indignado porque no le recibían, una noche viniese con las ocho galeras que traía y los quemase todos y así quedasen ellos destruidos, que los dejasen defender el puerto y muelle y parte de la marina; y hacer allí con sus escopetas la guardia y que ellos guardasen bien lo demás todo de la tierra y ciudad.

“Fueron de esto –sin sospecha del engaño– muy contentos los genízaros. Tras ello, aconsejaron los cosarios a los genízaros que sería bueno enviar a requerir al Thecheoli que en todo caso se volviese y que no viniese a meter discordia y disensión en la tierra, la cual estaba muy quieta y contenta con el gobierno de Asán Corso. Y para llevar este recado se ofreció el cosario Xaloque, que entonces era capitán de la mar y cabeza de todos los cosarios de Argel. Tampoco descontentó esto a los genízaros; mas pareciéndoles que los cosarios aconsejaban lo que venía al paso, dijeron al Xaloque que luego se partiese para Metafuz, donde estaba el Thecheoli. El cual, disimulando y no se dando prisa en armar la galeota y embarcarse, se entretuvo hasta que fue ya muy tarde y casi noche. Partiéndose el Xaloque con apariencia de hacer lo que los genízaros querían y deseaban, dejó ordenado a cinco arráeces,

que eran los cabezas de esta trama –es a saber:
Mami Raez, renegado napolitano, Mami Raez, renegado corso,
Chovali Raez, de nación turco, Mostafá Raez, renegado arnaut,
Yaya Raez, turco que después fue alcaide del Peñón y de Bélez–,
lo que habían de hacer y después sucedió.

Tratos de Xaloque con el nuevo gobernante turco

“Era ya noche cuando Xaloque llegó a Metafuz. Y entrando en la galera do estaba el Thecheoli, apartolo a un aparte y comenzó a decir grande mal de los genízaros; y a significarle la voluntad grande que todos los cosarios con él tenían de meterle en Argel y darle posesión del reino, a pesar de los genízaros. Diciéndole y refiriéndole menudamente el modo que tenían acordado, y facilitádoselo con las mejores palabras y razones que supo. En conclusión, quedó muy contento el Thecheoli de lo que el Xaloque le decía; y dando parte de todo a ciertos turcos principales que había traído consigo de Turquía, resolvióse en hacer lo que el Xaloque decía. Y así, sin esperar más ni detenerse, embarcóse el Thecheoli en la galeota de Xaloque con hasta veinte turcos sus amigos bien armados. Y por orden del Xaloque mandó que sus ocho galeras le siguiesen una milla más atrás y que, como él entrase en el puerto, también luego entrasen ellas y desembarcasen toda la gente con arcabuces y armas.

“Con esta orden caminaron haciendo la noche un poco oscura. Y siendo ya cerca de Argel, como los genízaros habían dado orden al Xaloque que si no hubiese acabado lo que se tratara, y todavía el Thecheoli persistía en querer entrar en Argel, que antes de llegar a Argel tirase el cañón de crujía, sintiendo ahora que venía y no tiraba, dieron el negocio por acabado.

“A este tiempo llegó el Xaloque al puerto. Y desembarcando él y el Thecheoli, hallaron todo el muelle y marina llena de leventes o cosarios armados, como estaba acordado; y caminando quietamente entraron en la ciudad, cuya puerta de la marina estaba también tomada por los cosarios. Y de allí se fueron, siendo ya un buen número de gente de más de trescientos escopeteros, hasta una casa grande que está en la calle derecha que de la ciudad va a dar a esta puerta de la marina, do suelen los reyes que de nuevo vienen de Turquía alojar los primeros días, hasta que el otro rey desembarace la casa diputada por vivienda de todos los reyes.

Toma de posesión de Thecheoli Bajá

“Metido aquí el Thecheoli y puesto buena guardia de arcabuceros, llegaron al puerto las ocho galeras de Turquía que trajera y comenzaron a desembarcar la gente como estaba avisada. Comenzaron los cosarios que estaban con el Thecheoli a dar voces diciendo:

“–¡Viva el Gran Señor!, ¡viva el Gran Señor! ¡Viva Thecheoli!, ¡Viva Techeoli!

“A las cuales voces acudieron los genízaros y hallando tomada la calle de la marina con gente armada y con cuerdas encendidas en los arcabuces, quedaron del todo confusos. Y mucho más cuando supieron de cierto que el Thecheoli estaba, en efecto, dentro de la misma casa, y que sus galeras eran entradas en el puerto y la gente desembarcada; y luego, cayendo en la cuenta del engaño y burla que los cosarios les habían hecho, no osaron acometerlos; mas cada uno, como pudo, se recogió para su casa.

“Hecho esto, y que Thecheoli fue cierto que los genízaros no hacían algún movimiento ni rumor, así como era de noche se fue muy acompañado de arcabuceros, que pasaban de 2.000, a palacio. Do ya (a) la puerta halló al Asán Corso que le vino a recibir. Y disculpándose de que en todas aquellas revueltas él no tenía culpa alguna; mas que contra su voluntad aceptara aquel cargo desde (el) principio y por fuerza le hacían perseverar en él. El Thecheoli le hizo muy mala cara, no aceptando sus disculpas; antes, le mandó luego prender y poner a buen recaudo. En este punto acabó el gobierno de Asán Corso, habiendo durado no aún cuatro meses cabales”.

Es conveniente recoger aquí el retrato que hace Sosa de este hombre de confianza de Salah Bajá, bien considerado en los medios berberiscos, y a quien el enviado turco mandó dar muerte con suma crueldad. La evocación de su cuba sepulcral cercana a la de su “patrón” adquiere gran fuerza literaria. Al cautivo Sosa, se le nota, Hasán Corso le caía bien; tal vez por la razón que mencionara con anterioridad, su buen trato a los cristianos cautivos a las claras, así como por su comportamiento ante la muerte cruel que le tocara en suerte, imagen límite del desarraigo del renegado, en la base del relato de ese casi enfermizo narrador del desarraigo y la crueldad que es Sosa. Es en esos momentos liminares en donde el genio de Sosa brilla a la altura del de su compañero de cautiverio Cervantes, muy probablemente conocedor de estos escritos.

“Era a este tiempo Asán Corso de edad de 38 años, de mediana estatura, de color trigueño, ojos grandes, nariz aguileña y barbinegro. No dejó hijo ninguno. Está enterrado en una cuba cerca de la de Sala Ruez, su patrón, y fuera de la puerta de Babalуетe; la cual cuba o sepultura le mandó hacer después Ysuf, su renegado,

que por vengar su muerte mató al Thecheoli”.

Thecheoli Bajá, a pesar de la dureza con la que trató a los jenízaros, no pudo mantenerse en el poder más de tres meses, hasta finales de diciembre de 1556.

“Metido el Thecheoli en posesión de la ciudad y reino de Argel por los cosarios, como acabamos de decir, y preso en hierros el Asán Corso, su antecesor, la primera cosa que hizo fue que llegada la mañana envió dos galeras de las que consigo trajera a Bugia y Bona, a prender a los alcaides de ambas aquellas dos ciudades que tan desobedientes le fueron. Y por todos aquellos primeros días ocupóse en tomar informaciones de los que de aquel caso fueron autores y tenían más culpa. Y como era hombre avaro y en extremo codicioso de dineros, a la postre con todos disimuló porque se lo pagaron bien; si no fue con el Asán Corso y con los alcaides de Buxia y Bona.

“Y cuanto al Asán, no pasaron diez días que le mandó cruelmente matar enganchado en un gancho –tormento cruelísimo, como en otra parte escribimos— fuera de la puerta de Babazón, pasada la puente. Y estando así el Asán, enganchado por el lado derecho, vivió tres días continuos penando. Y como entonces, siendo principio de octubre, hacía algún frío, viendo que pasaba algún cristiano le decía –como quien lo vio me contó–:

“–Cristiano, dadme por amor de Dios un capote con que me cubra.

“Pero como allí estaban turcos que por mandado del rey le guardaban, ninguno osaba dárselo ni aún llegar a él; y al contrario, como se allegaba o le miraba algún turco, volvía la cara a otra parte como que le aborrecía y no le quería mirar. Al cabo de los tres días murió, dejando notable ejemplo de la variable e inconstante Fortuna.

El rigor de Thecheoli no cesó con este episodio, sin duda impopular, sino que prosiguió hasta provocar un extremo enfrentamiento con aquel sutil tejido de solidaridades que debió conformar el colectivo militar jenízaro.

“Al alcaide Ali Sardo, que estaba por alcaide de Buxia, no tardaron ocho días que una de las dos galeras le trujo; y en este más que en todos hartó el Thecheoli su ira y rabia. Porque después de meter cañas agudas por los dedos de las manos y pies, que es muy doloroso tormento, le hizo poner en la cabeza

un casco de hierro ardiendo diciendo siempre que le diese el tesoro grande que era fama que tenía el dicho alcaide Alí Sardo. Pero con todos estos tormentos, no lo pudo acabar con él. Al último, le mandó empalar vivo atravesándole con un agudo palo del fundamento hasta la cabeza; y quedando espetado como un tordo, e hincando el palo en tierra, estuvo a la vista de todos más de medio día, dando arcadas terribles, hasta que con este tormento murió. Fue empalado fuera de la puerta de Babazón en el mismo día que el Asán fue enganchado.

“Después, a otros ocho días, le trajeron preso al alcaide Mostafá, renegado griego alcaide de Bona, que huía con dos renegados suyos y una mula cargada de dinero; y se quería huir a la Goleta porque fue luego avisado de Argel cómo el Thecheoli le enviaba a prender. Y habiéndole condenado también a empalar vivo, acabó con él un turco muy principal, y el más rico de Argel que entonces había, que se decía Chorchapari, cómo le perdonase por mucha suma de dineros que le dio.

La noticia de aquellos sucesos llegaron a Tremecén y provocaron una revuelta aún más amplia. Sosa recoge de manera muy creíble las circunstancias y motivaciones de aquel conflicto.

“A este tiempo ya en Tremecén se sabía cómo y de qué manera el Thecheoli mandaba enganchar al Asán Corso. Y como entonces fuese alcaide de aquella ciudad un renegado del mismo Asán de nación calabrés que se decía el alcaide Isuf, éste, sintiendo en gran manera la muerte de su patrón que le criara y pusiera en mucha honra, determinó luego, no obstante todo peligro, vengarla con matar al mismo Thecheoli. Y para esto no le faltaron los genízaros que consigo tenía allí en Tremecén, a los cuales también pesaba grandemente de la muerte indigna de aquel hombre, el cual de todos era querido y amado.

“Juntóse a esto que muchos de los genízaros de Argel escribieron a otros amigos y genízaros de Tremecén el descontento grande que tenían de la venida y modo de proceder del Thecheoli. El cual, ni los trataba como otros reyes, ofendido de ellos porque no le habían querido recibir, ni como usaban todos los reyes venidos de nuevo les había crecido las pagas, mostrando mucho deseo de que todos se juntasen y le echasen de Argel. Entendido esto del Isuf, a quien fueron estas cartas mostradas, hizo entender a los genízaros de Argel por medio de los de Tremecén que si le querían dar favor, o a lo menos no le estorbar, que él iría en persona a Argel y mataría al Thecheoli

y vengaría la muerte de su patrón el Asán.
Fueron de esto contentos los genízaros de Argel y su Aga;
tan aborridos estaban y tan descontentos del Thecheoli.

“A este tiempo había en Argel una peste muy cruel
de que moría cada día mucha gente; por lo cual el Thecheoli
se salió de la ciudad y se fue a las Caxinas, un lugar despoblado
junto a la marina que está de Argel, para poniente, cinco millas.
Y en tiendas de campo y pabellones estuvo alojado
con toda su casa y ministros hasta casi navidad de aquel año 1556.

“Sabido esto por Isuf, alcaide de Tremecén, porque luego le avisaron,
y viendo que era este muy buen aparejo para matar al Thecheoli,
partió de Tremecén para Argel con hasta trescientos turcos;
aunque otros afirman que eran seiscientos,
y que no partió entonces de Tremecén, mas de otras tierras
más vecinas de Argel por donde andaban garramando, esto es,
cogiendo para su amo el rey Asán el tributo de los alarbes.
Como sea, él, sabiendo de la manera que el Thecheoli estaba en las Caxinas,
caminó con gran priesa para allá. Y porque el Thecheoli
no fuese avisado de su ida, por el camino cuantos moros hallaba
los maniataba a algún árbol y pasaba adelante.
De esta manera caminó tanto que llegó muy cerca de las Caxinas.

“Cuando siendo el Thecheoli avisado cómo el Isuf venía,
receloso de algún mal se puso luego a caballo con gran priesa;
y con hasta tres o cuatro sus criados comenzó a correr cuanto podía hacia Argel.
Ya el Isuf estaba tan cerca que reconoció al Thecheoli y cómo iba huyendo;
por lo cual él también a todo correr de caballo siguió en su alcance.

El relato de Sosa incluye todo el mimo por el detalle preciso del relato heroico popular, de alguna manera, conserva el encanto de la memoria tamizada por la oralidad. Capta a la perfección el destello del momento histórico preciso, de la tensión de fuerzas enfrentadas –el turco y el calabrés, el cortesano y el jenízaro, el viejo y el nuevo musulmán–, con ese telón de fondo de calamidades y Fortuna varia.

“Llegó el Thecheoli primero un buen rato a las puertas de Argel.
Y como las vio cerradas porque los genízaros que sabían de esto
las habían mandado cerrar porque él no entrase en la tierra,
dándose luego por perdido no supo tomar otro partido sino subir
dende la puerta de Babazón arriba, a la montaña, con su caballo.
Y allí, viendo que el Isuf se allegaba, tomó por aquellas montañas
su camino a grande priesa para otra más eminente montaña
que está milla y media de Argel para poniente;
y descabalgando a la puerta de una ermita do vivía muchos años

y está enterrado un renegado cordobés que llamaban Cid Jacob, se metió dentro.

“No había el Thecheoli hecho esto, cuando ya el Isuf allí estaba también, que le fue siempre siguiendo; y apeado del caballo y con una lanza en las manos que traía, entró dentro de la mezquita o ermita buscando al Thecheoli. El cual, viéndole de aquella manera determinado, vuelto a él le dijo:

“–Isuf, no me mates. Mira que estoy en la casa de Mahoma.

“A esto le respondió el Isuf:

“–¡Oh, perro traidor! ¿Y por qué mataste tú al inocente de mi patrón, que no tenía culpa alguna?

“Y diciendo esto le dio tres o cuatro lanzadas con que le echó muerto en tierra.

“Ya era muerto el Thecheoli cuando llegaron algunos genízaros y turcos de la compañía de Isuf; los cuales, aprobando y alabando lo que había hecho, caminaron con él para Argel. Do sabido el caso cómo pasaba y la muerte de Thecheoli, fue recibido con gran fiesta y contento general”.

Antes de seguir con la trágica epopeya del joven calabrés Isuf, Sosa dejaba una evocación del torpe gobernante turco que fuera Thecheoli:

“Este fue el fin de Thecheoli Bajá, el cual bien pudiera excusar si no fuera tan infame en el vicio de la avaricia. La cual le hizo que no contentase los genízaros ni hubiese persona alguna que se mostrase en su favor. Reinó el Thecheoli tres meses; esto es, desde el principio de octubre de 1556 hasta el fin de diciembre siguiente. Era de nación turco, de edad de 50 años, robusto, lleno de carnes, de mediana estatura y moreno de color. Está enterrado en una cuba o sepultura fuera de la puerta de Babaluete que un turco su amigo le hizo algunos meses después, que está veinte pasos más adelante de la cuba de Asán Corso y de Isuf Bajá”.

Yusuf Bajá, el joven renegado calabrés, sólo pudo gobernar una semana larga. En plena epidemia de peste en Argel, murió de peste. Era el fin trágico de un malogrado mito popular naciente, similar al mismo Barbarroja y al futuro Euchali. Es en momentos como estos cuando el relato de Sosa alcanza su máxima emoción literaria, fiel a la oralidad que le fundamenta. Y es en estos fragmentos en donde apunta una realidad que, un cuarto de siglo después, haría hablar al italiano Salvago de “republica popolare” para referirse a la realidad argelino-berberisca.

“Después que Isuf mató de esta manera a Thecheoli Bajá y entró en la ciudad acompañado de sus turcos y soldados que traía, luego fue visitado del Aga de los genízaros y de los más principales turcos y renegados. Y parte por el amor que tenían a la memoria de Asán Corso su amo, cuya muerte había vengado valientemente, y parte por la afición que por este hecho le tomaron, luego, sin más dilación, le declararon por rey y gobernador de Argel.

“Y el Isuf, que era en efecto mancebo de gentil espíritu, no queriendo ser vencido en este caso de virtud y liberalidad cuanto le fue posible, luego aquel día repartió 10.000 escudos entre todos los genízaros. Y lo mismo hizo el segundo día y el tercero, cuarto, quinto y sexto. De manera que en seis días les dio 60.000 escudos en oro. Por lo cual tanto creció más el amor y afición que le tenían.

“Estando, pues, todos de esta manera tan alegres y contentos los turcos y genízaros con tener tan liberal rey, y el Isuf con verse de un pobre mozo calabrés en tal estado y tan grande, la muerte, que todo abate y deshace, asechando nuestras vidas y contentos, lo volvió todo en tristeza y dolor. Porque en el último de los seis días, habiendo grande peste entonces en la ciudad, dio la landrea al Isuf en una ingre, con tanta furia que en menos de veinte y cuatro horas perdió la vida y el reino con gran sentimiento de todos.

“Era el Isuf de edad de 26 años, de mediana estatura, barbicastaño, de color blanco, no muchas carnes y de muy gentil gracia y condición para todos. Está enterrado junto a su patrón Asán Corso y en una misma cuba o capilla, fuera de la puerta de Babaluate, que es la que está luego adelante de la cuba de Sala Ruez y antes de la de Thecheoli”.

Un turco “cuerdo y prudente”, experimentado en el gobierno –había sido gobernador de Miliana–, Yahaya Bajá, gobernó entre enero y junio de 1557, en plena epidemia de peste, hasta la llegada de Hasán Bajá, el hijo de Barbarroja, designado en Estambul para resolver aquella crisis. Era el segundo gobierno de Hasán Bajá y no había de ser el último. La biografía de Yahaya que deja Sosa, nos lo muestra como un personaje muy representativo de aquella nueva sociedad berberisca que estaba surgiendo y asentándose en la región.

“Vuelto el Yahaya al estado y vida de particular, vivió muchos años en mucha honra y reputación. Y en el año 1562, por muerte de Amet Bajá, quedó como califa suyo,

que era por gobernador de Argel hasta que vino la segunda vez (sic, por tercera) Asán Bajá, hijo de Barbarroja, a ser rey. Y murió después en el año 1570, en edad de 60 años.

“La causa de su muerte fue que habiendo él ido con el Ochali a tomar a Túnez en el año 1569, ya que el Ochali estaba en la ciudad, llegaron ciertas chatas o barcas de la Goleta a bombardear la ciudad; y saliendo Yahaya Bey con otros turcos de la ciudad al rebate, una bala de las chatas le pasó por junto a la pantorrilla de la pierna derecha; y sin le tocar ni la carne ni la bota, le paró la pierna toda negra, de manera que no se podía tener en ella. Y volviendo a Argel por tierra con el mismo Ochali dentro de una litera que mandó hacer en Túnez, al cabo de pocos meses murió en casa de este desastre.

“Era alto de cuerpo, lleno de carnes, moreno, de ojos grandes y bien barbado, de pelo negro. Dejó solamente una hija heredera de mucha riqueza. La cual había habido en la hija de Agi Bajá, Axa, con quien era casado, que fue llamada la Gorda porque lo fue en extremo. Esta hija es viva hoy día y se llama Lela Axa, y es mujer del alcaide Daut, el más principal alcaide de Argel. Está enterrado en una cuba grande entre los reyes, fuera de la puerta de Babalute, que su hija le mandó después hacer junto a la cuba de Amet Bajá, viniendo para la ciudad” (77).

NOTAS:

(76).- Estas medidas de Mahamet Bajá, el hijo de Salah Bajá, son de 1568, aunque no solucionaron las tensiones entre los dos colectivos, el de los marinos y corsarios –la Taifa– y el de los militares jenízaros, el Odyá.

(77).- Haedo, I, pp. 312 ss.

3.9.- El segundo reinado del hijo de Barbarroja, Hasán Bajá, en Argel, con una nueva expedición a Fez, la derrota y muerte en Mostaganem del conde de Alcaudete, la solución del problema bereber y las sospechas de independentismo berberisco, muy fundadas según Antonio de Sosa.

Hasán Bajá, en su segundo mandato, gobernó un fructífero periodo de tiempo, entre junio de 1557, en que llegó a Argel con diez galeras, y septiembre de 1561. Muerto ya Rostán Bajá en Estambul, que era un obstáculo para su nombramiento, y conocidos los dramáticos sucesos de Argel, se le juzgó el hombre adecuado pues “por memoria de su padre y tío que lo ganaron, era de todos muy respetado y obedecido”.

Nada más llegar a Argel tuvo noticia de una nueva expedición marroquí contra Tremecén, expedición que sólo recoge Sosa y no aparece en el relato de Mármol ni en el de Torres que, a partir de 1554, fecha en la que abandona Marruecos, sigue casi al pie de la letra la narración de Mármol. Según Sosa, pues, el Xarife Muhammad, nada más vencer y matar a “Muley Buazón el tuerto”, “deseoso de vengarse de los turcos... con un gran campo de caballería e infantería vino sobre el reino y ciudad de Tremecén... do estaba la segunda vez por alcaide y gobernador el alcaide Saffa”. Las noticias de la grave crisis por la que había atravesado el régimen argelino a la muerte de Salah Bajá debieron animar a los marroquíes a emprender aquella expedición, como la primera se había dado en circunstancias similares de teórico vacío de poder al final del primer reinado de Hasán Bajá en 1551. Saffa, con la guarnición de quinientos turcos que tenía, se retiró a la alcazaba. Era el mes de junio.

“Entrado el rey de Fez en la ciudad, cercó a los turcos en la alcazaba; y como no tenía artillería para batirla, por más combates que le dio no fue posible tomarla; por lo cual, envió luego a grande priesa a Orán pidiendo y rogando al conde de Alcaudete, don Martín, le quisiese emprestar siquiera una o dos piezas, y no más, con algunas balas y pólvora. Al conde no pareció bien prestar artillería a moros”.

En ese tiempo dio lugar a que Hasán Bajá, enterado en Argel de la expedición marroquí, saliese

“con seis mil turcos y renegados tiradores; y de camino allegó a si dieciseis mil moros a pie y a caballo que algunos jeques de alarbes le dieron; y por mar envió cuarenta galeras y galeotas y bergantines con mucha artillería y pólvora y tres mil turcos, con orden que llegados a Mostagán le esperasen allí con toda la artillería y municiones desembarcadas”.

El rey de Fez, antes que Hasán llegase a Mostaganem, ya había levantado el campo y vuelto a Fez. Hasán Bajá, enterado a cuatro jornadas de Tremecén de la retirada del Xarife, siguió hacia Fez,

“pasando por Tremecén, sin querer entrar en él.
Y mandó avisar a su armada que dejara en Mostagán
que luego se fuese a meter en el puerto nuevo que está junto a Melilla.
En principio de agosto llegó Asán Bajá cerca de Fez
y halló que el Xarife le estaba aguardando con su gente en escuadrones;
la cual era de treinta mil moros a caballo y diez mil a pie,
y cuatro mil elches o renegados,
con algunos andaluces o moriscos de España, tiradores todos”.

Tras varias horas de batalla,

“siendo muerta mucha gente de ambas partes,
los turcos aflojaron porque, por una parte, sus alarbes
no fueron parte para resistir a la caballería de Fez, que era mucha y buena;
y, por otra, los elches del rey de Fez lo hicieron de manera
que hicieron retirar a los turcos, con muerte de muchos,
a una montaña que allí estaba. Y como llegase la noche
y la batalla cesase, los turcos se fortificaron en aquella montaña
con valos (o vallas) y trincheras fuertes”.

Los argelinos decidieron retirarse, finalmente, lo que hicieron a medianoche; para que los marroquíes no sintiesen su partida, Hasán Bajá “mandó hacer toda aquella noche grandes fuegos con mucha leña, que ardiese hasta la mañana”. El Xarife, con muchos heridos en sus filas,

“no quiso seguir a los turcos, a los cuales sin duda hiciera grandes daños si por algunos días los fuera a las espaldas picando.
De esta manera llegó Asán Bajá con su gente do tenía su armada,
y de allí, licenciando toda la caballería y moros que traía
y mucha parte de sus turcos, con los demás se embarcó,
y con toda la artillería.
Y como le viniese gana de ver y reconocer a Melilla,
en la galeota de Mostafa Arnaut lo fue a hacer,
dando la vuelta para Argel” (78).

Estas dos expediciones, la de 1551 y la de 1557, debieron fijar definitivamente las zonas de influencia argelino-marroquíes en la región, aunque los turco-berberiscos no eran vecinos cómodos para los saadíes. Más de un cuarto de siglo después, aún, Euch Ali planeaba todavía la posibilidad de un Gran Magreb que englobara Túnez, Argelia y Marruecos. Mármol Carvajal recoge una conspiración exitosa, con el visto bueno de Hasán Bajá, el hijo de Barbarroja, que un turco al que llama Hascen –Salah al-Kiahia

según García Arenal– llevaría a buen término: nada menos que la muerte del Xarife Muhammad. Torres lo reproduce, casi literalmente, en el capítulo CVI de su libro. He aquí el relato de Mármol, fechable en el otoño de 1557, poco después de la expedición del verano que recogía Sosa y después de una breve campaña contra sus súbditos bereberes:

“Estando... Mahamete en Marruecos (Marraqués), hizo venir allí a su hermano Muley Hamete y a sus nietos; y dejándolos a manera de encarcelados, se fue a casar con una hermosa doncella a Tarudante, como lo hacía cada año, y llevando consigo dos hijas doncellas con mucha caballería, y mil y doscientos turcos de su guarda, partió la vuelta de Sus. Llegado el Xerife a un lugar de la sierra del Athalante, llamado Alguel, donde es el paso que dicen de Bibona por donde atraviesa el camino de Marruecos a Tarudante, los turcos que con él iban se amotinaron y le mataron a traición. Y porque este fue un hecho notable, diremos cómo acaesció.

“Andaba en Argel un alcaide turco llamado Hascen, hombre facineroso y desasosegado, el cual viendo lo mal que estaba con el Xerife Hascen Bajá, hijo de Barbarroja..., se fue un día a él y le dijo:

“–Señor, si en ello te hago algún servicio, yo mataré al Xerife tu enemigo.

“Y el bajá le dijo que si lo hacía le haría grandes mercedes, y si moría en la manda tendría cuenta de hacerlas a sus hijos; y dándole dineros para su camino, el turco partió de Argel con veinte compañeros, publicando que se iba huyendo en desgracia de Hascen Bajá. Y sin detenerse mucho en Tremecén, pasó a la ciudad de Fez, donde a la sazón estaba Muley Abdala; y como las guardas no le dejasen entrar en Fez el Nuevo, envió a suplicarle que le mandase recibir en su servicio, porque a sólo aquello venía desde Argel con aquellos turcos. Mas el moro, que no era nada amigo de aquella traidora nación, mandó que le diesen lo que hubiere menester para su camino y que le dijese que pasase a Marruecos, donde estaba su padre, porque él no tenía milicia de turcos.

“Con esta respuesta pasó Hascen la vuelta de Marruecos; y hallando al Xerife de camino, fue por él muy bien recibido; y, siendo informado quien era, le hizo capitán de los turcos de su guardia. Luego partieron para Tarudante; y como el Hascen entendiase de los otros turcos que estaban desabridos con el Xerife porque había casi un año

que no les pagaba el sueldo, y habiéndolo pedido muchas veces les había respondido el tesorero –llamado Bugumeda— ásperamente, deshonrándolos de marineros y de hombres insolentes, pareciéndole buena ocasión aquella para efectuar su propósito, trató con algunos de ellos que sería bien prender al Xerife o matarle, y que robarían todo el tesoro que llevaba consigo, que era mucho, y metiéndose por Numidia se irían a Tremecén. Lo cual se determinó entre los más principales, y les sucedió harto más prósperamente de lo que ellos pudieron imaginar, si al cabo se supieran gobernar...

“Porque, so color de hacer reseña, un día se juntaron los turcos con sus armas y caballos; y estando el Xerife asentado a la puerta de su tienda en el lugar de Alger, el Hascen y otros cuatro turcos con él llegaron como que iban a saludarle y hacerle reverencia, y adelantándose el Hascen de los otros para asegurarle más, cuando estuvo cerca puso mano a una cimitarra para herirle. Estaba par del Xerife aquel alcaide o tesorero que dije, llamado Bugumeda, y otro renegado portugués; el cual, viendo al turco empuñar la espada, dio una gran voz diciendo: ”–Guárdate, señor, que hay traición.

“Y el Xerife se levantó a priesa y volvió las espaldas para entrarse en la tienda, mas tropezando en una cuerda que estaba atravesada cayó al suelo; y estando caído, llegó el turco y le desjarretó de una cuchillada, y los otros le mataron. Y acudiendo de tropel los turcos que les venían de guardia, Bugumeda y los otros moros que allí estaban dieron a huir; sólo el renegado murió peleando por defender a su señor.

“Y poniéndose todos los turcos en armas, lo primero divulgaron que el Xerife era muerto; y después dijeron que lo habían muerto ellos porque era tirano; y sin que nadie se les osase oponer, saquearon las tiendas y el Hascen se apoderó del tesoro y de las dos hijas del Xerife. Luego mandó pregonar en el real que todos los que se quisiesen ir se fuesen, y a los que quisiesen quedar con ellos se les haría todo buen tratamiento y les pagaría todo lo que el Xerife les debía de su sueldo. Hecho esto, el Hascen con los otros turcos y algunos moros y renegados que les quisieron seguir, entró por la provincia de Sus; y rindiéndosele los lugares por do pasaba, llegó a la ciudad de Tarudante, donde estaba Muley Odman, hijo del Xerife, el cual no le osó aguardar, y el Hascen se apoderó de ella y del castillo,

y de todo el tesoro que el Xerife tenía en su palacio.

“Estaba en Tarudante un moro tornadizo de judío, llamado el Gazi Muça, que había tenido cargo de los ingenios del azúcar que el Xerife tenía en aquella provincia, y por alcances de cuentas le tenía preso; el cual –aunque judío— era hombre de mucho valor y consejo; y como Hascen supiese de él, luego le mandó soltar y juntamente con esto le hizo justicia mayor de la ciudad. Este judío aconsejó al principio al turco que se fortaleciese en Tarudante y que con aquella gente podría defender la ciudad hasta que por Numidia le viniese socorro del gobernador de Argel, haciéndole saber el estado de las cosas. Y si le creyera, pudiera ser que pusiera en trabajo al Xerife Abdala. Mas creyendo que le engañaba para detenerle allí hasta que la gente de Fez y de Marruecos viniese sobre él, viéndose rico y que había cumplido lo que había prometido a Hascen Bajá, acordó de irse por el desierto; y habiendo solos veinte y dos días que estaba en Tarudante, partió la vuelta de Tremecén. En este medio el astuto judío, viendo lo poco que había el turco de ser su señor, y que dejaba la tierra, acordó de hacerle tiro y congraciarse con el Xerife; y enviando secretamente a dar nota de la partida que pensaban hacer los turcos a Muley Odman, que andaba en aquella comarca recogiendo su gente, el cual movió todos los jeques de los alárabes y beréberes de aquella provincia contra ellos, diciendo que se llevaban el tesoro del reino. Y no fueron bien salidos de Tarudante los turcos, cuando Muça los comenzó a seguir haciéndoles guerra. Fue tanta la gente que cargó sobre ellos, que apenas podían caminar, yendo peleando de noche y de día, y al fin los mataron a todos, que no escaparon más de cinco que fueron presos. Y habiendo cobrado el tesoro y las hijas del Xerife que se llevaba consigo Hascen, volvió Odman a cobrar a Tarudante” (79).

Torres comenta, al respecto, que “según yo me informé de cristianos y renegados que allí se hallaron, había para cada un turco cien moros” (80).

Al Xarife Muhammad le sucedió su hijo Abdallah; las matanzas de parientes que siguieron las narra con detalle Torres; su retrato de este rey, tercer hijo del Xarife, “el más pusilánimo y feo..., de rústica conversación”, imprsiona: “Fue vicioso en caso de mujeres y beber vino y en ésto se iba tan poco a la mano que, con tener en su casa más

de doscientas mujeres entre legítimas y mancebas y esclavas, tuvo por amiga muchos años a su hermana de padre y madre Lela Marián, y lo más del tiempo estaba embriagado” (81). Hizo matar a sus hermanos y sobrinos, recelando que le disputasen el trono. Uno de sus hermanos, “Muley Abel Mumen”, consiguió huir a Argel “un día de febrero de 1559” y, con el favor de Hasán Bajá, se instaló en Tremecén. Un criado de su sobrino, el hijo del rey Abdallah, temeroso “de este tío... si su padre le faltase en aquella sazón”, consiguió matarle en la mezquita mayor de Tremecén, durante la oración de un viernes, de un tiro de ballesta (82). A Muley Abdallah le sucedería en 1574 su hijo Muhammad, que era negro, y a quien se enfrentaría el “Muley Maluco” de las fuentes españolas, Abd al-Malik, refugiado en Argel; ambos reyes, con el de Portugal Sebastián, morirían en la batalla de Alcazarquivir o “de los tres reyes” en 1580. Pero esa es otra historia.

Al enfrentamiento con los marroquíes sucedió, el verano siguiente, un nuevo enfrentamiento con los españoles de Orán. Martín de Córdoba, conde de Alcaudete, era gobernador de Orán desde 1534; había sustituido al marqués de Comares en el momento en el que en Argel se podía hablar de inicio de la era post-Barbarroja, y tal vez fuera él el último español que confió en la posibilidad de una política expansiva en el Magreb basada en Orán. La toma de Tremecén por los turcos en 1551 había sido un duro golpe a su intervencionismo en los asuntos de los zianíes, y ahora, en 1558, intentó organizar una expedición fuerte contra la vecina Mostaganem. Tal vez la escasez de fuerzas en Orán impedían a Martín de Córdoba acciones más agresivas; a lo largo del verano habían ido llegando a Orán parte de los “doce mil soldados” esperados y, con ellos, había llevado a cabo algunas acciones por la región. A primeros de agosto, llegados los “cinco mil infantes, a que decían el tercio de Málaga, de que llevaba cargo el señor don Martín, hijo del mismo conde, que ahora es marqués de Cortes y general como su padre de Orán”, emprendió la marcha sobre Mostaganem; la lentitud de la marcha hizo que tuvieran “tiempo los moros y alarbes vecinos y sujetos a los turcos de meter en orden un campo de más de seis mil caballos” y que Hasán Bajá pudiese venir desde Argel con “cinco mil turcos y renegados arcabuceros y mil espais a caballo y diez piezas de artillería”. La batalla fue un desastre para los españoles, el 26 de agosto; murió Alcaudete “peleando animosamente” y fueron “cautivados más de doce mil españoles”, entre ellos su propio hijo Martín. “El Asán se volvió para Argel muy alegre y triunfante” (83). Se iniciaba el periodo clásico de Argel, tierra de cautiverio para los españoles; la gran mayoría de los informantes que Antonio de Sosa conoció durante su cautiverio –y Caervantes con él–, cautivos o renegados, estaban allí desde 1558. De los treinta relatos que constituyen el “Diálogo de los mártires de Argel”, veinticinco son posteriores a esta fecha, así como la gran mayoría de las noticias recogidas en el “Diálogo de la cautividad” (84). La grave derrota de los españoles en Yerba –otra vez los Gelbes– dos años después, en 1560, hizo aumentar aún más el número de cautivos españoles en Berbería a pesar de que muchos de ellos –como el mismo Portocarrero– fueran conducidos directamente a Estambul.

Hasta el otoño de 1561 Hasán Bajá había de dedicarse a solucionar el más grave problema interno de aquel estado berberisco, el problema bereber o cabil. “Estos nuevos

cautivos llenaron todas las casas de Argel y, al año siguiente, muchos renegaron para ir a combatir a la Pequeña Cabilia con las tropas de Hassán Pachá. Todos estos detalles muestran la firmeza con que el nuevo Estado turco se labraba su sitio en la tierra del Mogreb”. Son palabras de Braudel (85). Y tal vez sea este el capítulo más significativo de la acción del hijo de Barbaroja como gran estadista. La incorporación de La Abez –el entorno montañoso de Beyaia, la Bugia española, en torno a la Qalaa de los Beni Abbés– necesitó de una guerra y la muerte de su rey Abdelasís; la paz con el vecino reino de Cuco se alcanzó con alianzas matrimoniales.

Mármol Carvajal narra las campañas de Hasán Bajá contra el “valeroso africano” La Abez o Abdelasís con mayor minuciosidad que Antonio de Sosa; pero, vuelto a España en 1557, no recoge la pacificación final de aquellas tierras, como lo hace Sosa. He aquí el espléndido relato de Mármol, aunque de final incierto. A raíz de la conquista de Beyaia por Salah Bajá en 1555, “el La Abez” se había fortalecido en sus montes temiendo un ataque turco que no se produjo por muerte de Salah.

“Sucedió en Argel Hascen Bajá, que había sido grande amigo de La Abez, el cual le envió luego grandes presentes y volvió a confirmar con él la amistad pasada, aunque no se confiaba de venir a Argel. Esta amistad les duró un año; en el cual tiempo el turco le hizo muy buenas obras y le dio la ciudad de Micila (M’Sila) para que cogiese el tributo de ella, y las tres piezas de artillería que había llevado Salh Arraez a Tocort (Tugurt), que las había dejado allí. Y demás de esto le dio ingenieros que se las subiesen a la sierra. Mas como el La Abez se vio señor de tanta artillería, luego rompió la paz que tenía con los turcos; y allegó a sí más de 6.000 alárabes de a caballo, de los de Uled Medi, Uled Suleymán, Uled Yahaya y Uled Sayd, que andaban en aquellos campos, y con ellos comenzó a recoger el tributo de los lugares de los turcos.

“Hascen Baxa hubo tanto enojo... que luego fue en persona contra él con 2.500 turcos de a pie y 500 de a caballo, y muchos alárabes, y puso su real en los edificios de la ciudad de Migana, donde hizo una fortaleza de nuevo porque los alárabes decían que si no les dejaba turcos de guarnición que los favoreciesen contra el La Abez, no le podrían pagar tributo... (Tras dejar 200 turcos de guarnición), pasó a hacer la fortaleza de Zamora y de allí se volvió a Argel con pérdida de 300 turcos que el La Abez le mató en escaramuzas”.

Mientras Hasán Bajá volvía a Argel, siguió en campaña Hasán Corso, “hermano del que mató a traición al Xerife Mahamete”, con 400 turcos escopeteros, pero el señor de la Qalaa de los Beni Abés bajó de la sierra y los mató a todos.

“A un tiempo llegó a Argel Hascen Baxa y la nueva de la muerte de los turcos. Lo cual sabido por los otros doscientos que habían quedado en... Migana, luego la desampararon y se fueron a Mecila. Y El Labez fue sobre ella y la derribó por el suelo tomando unos tiros de campo que había dejado allí Hascen Baxa, de los que tomó en la rota del conde de Alcaudete. Los subió a la sierra.

“De esta manera estuvo más de un año haciendo siempre guerra a los turcos. En el cual tiempo Hascen Baxa trató treguas y le pidió por mujer una hija muy hermosa que tenía; y como el Africano no se la quisiese dar, casó con una hija de Ben el Cadi, señor de Cuco, enemigo capital del La Abez. Y juntando dos campos subieron por el río de Buxia arriba y comenzaron a quemar y talar la tierra del La Abez. El cual... salió a esperarlos al pie de la sierra con 4.000 escopeteros de a pie y 5.000 de a caballo, cerca de un lugar suyo llamado Tezli, donde había mandado hacer un fuerte y una trinchera que atravesaba el camino”.

Hasán Bajá, el hijo de Barbarroja, llevaba para la campaña 3.000 escopeteros turcos de a pie y 500 a caballo, así como 3.000 caballeros árabes. El rey de Cuco llevaba 1.500 escopeteros de a pie y 300 a caballo.

“Con esta gente llegaron al paso de Tezli a 3 de mayo de 1559 y los turcos batieron el fuerte con dos piezas de artillería. Y teniendo allanada una parte de él, el señor de Cuco caminó de largo con sus banderas tendidas por la mano izquierda, tan denonadamente que los del La Abez... se retiraron... Los turcos... fueron hiriendo y matando en ellos hasta echarlos fuera de Tezli. El La Abez... mandó que se recogieran a más andar a la sierra poque no recibiesen más daño, y con algunos caballos se puso en un cerro bajo”.

Los cabiles de Cuco en el fuerte y los turcos adentrándose en el monte en persecución de los huidos, Hasán Bajá ordenó la retirada al captar peligro para los suyos.

“En volviendo las espaldas, cargó el La Abez sobre ellos...; muchos hubieron de dejar las escopetas para mejor poder huir; y matando sesenta turcos les volvió a ganar el lugar y el fuerte”.

Ambos bandos se retiraron al caer la noche.

“A 7 de mayo Hascen Baxa hizo subir su gente a una montaña llamada Coco de la Teleta, que quiere decir mercado del martes, donde tienen aquellos jeques sus enterramientos... Y allí hubo batalla con el La Abez, la cual duró desde la mañana hasta el mediodía... La Abez mandó retirar su gente a la sierra, quedando con solas dos banderas y muy poca gente de a caballo... en alto de una montaña... Mas al fin... le tiraron tantos escopetazos juntos que le mataron a él y al caballo y... le llevaron muerto al escuadrón y le cortaron la cabeza. Traía este valeroso africano dos cotas de fina malla jazerina vestidas, una sobre otra, y una lanza y una adarga y un rico terciado. Era hombre dispuesto y muy robusto y, al parecer, de grandes fuerzas.

“Muerto el La Abez, los turcos fueron siguiendo la victoria por la sierra arriba hasta un lugar que dicen Tineri. Y los azuagos, por entretenerlos, les dijeron que les darían la llave de la fortaleza de la Calaa con ciertas condiciones. Mas entretanto que se trataba de este concierto, saludaron por su jefe a Mocoran, hermano del muerto, y luego volvieron a pelear”

Los turcos volvieron a Argel al cabo de una semana al enterarse de que el Xarife de Marruecos iba de nuevo sobre Tremecén.

“Ahora es señor de la tierra Mocoran, el cual corre toda aquella tierra y, sujetando a los alárabes, coge el tributo o garrama de toda aquella parte de Zahara a pesar de los turcos y del señor de Cuco, con quien tiene siempre guerra. Garrama, en lengua africana, quiere decir pecho” (86).

El relato de Antonio de Sosa completa la síntesis de Mármol, más perfecta por informarse en el tiempo mismo de los hechos y no una veintena de años después, y confirma la trascendencia de aquella campaña. En 1580, cuando Sosa escribe, la paz con los azuagos o cabiles de la Qalaa de los Beni Abés se mantenía.

“Viéndose este año (1558) el Asán Bajá victorioso de una tan memorable victoria que tuviera de los cristianos (el desastre de Alcaudete en Mostaganem), determinó de hacer guerra a este rey (de Labes) y vengar todas las vergüenzas pasadas. Y primeramente, viéndose con infinitos cristianos cautivos de la jornada de Mostagán, y que todo Argel estaba y sus casas

llenas de ellos, mandó alzar una bandera en su baño, o casa de sus cautivos, con pregón que todo aquel cristiano que se quisiese hacer turco él le daba libertad con tal que le fuese a servir a esta jornada contra el rey de Labes. Por esta causa se volvieron entonces muy muchos españoles turcos y renegados. Y daban por excusa de una maldad tan grande que ellos no lo hacían sino para pelear contra los moros; y que cuando de España pasaron en Barbaria, ¿a qué otra cosa habían ido?

“De esta gente y de otros renegados y turcos formó el Asán Bajá un campo de 6.000 arcabuceros y 600 espays; y tomó de camino hasta 4.000 alarbes a caballo; con los cuales todos, y con ocho piezas de artillería, caminó para Buxia y tierras de Labes. En el mes de septiembre del año siguiente, 1559, el Labes, que supo de su llegada, bajó de la montaña con más de 6.000 caballos y con 10.000 a pie; y con más de 1.000 arcabuceros, parte renegados y parte cristianos de los que dijimos que se acogían a él, y parte también moros sus vasallos, que se habían avezado a tirar con arcabuces. Y en algunas escaramuzas que este rey trabó con los turcos, se hubo tan valerosamente que ponía grande espanto en los turcos. Porque, realmente, era valeroso y valentísimo hombre. Pero como de un arcabuzazo que le dio por los pechos, los suyos se retiraron luego a sus montañas; y alzando por rey a un hermano del muerto, se acordaron con el Asán Bajá de ser leales amigos y enemigos de enemigos, sin obligación alguna de tributo.

“Aunque venido nuevo rey a Argel, suele el rey de Labes enviarle un presente. Y, en cambio, el rey de Argel le envía alguna rica espada y un vestido a la turquesca. Este uso y amistad dura hasta hoy día. En el año 1580, a los 16 de septiembre, vino un hijo de este rey de Labes a visitar y dar el parabién a Jaffer Bajá, recién venido de Turquía, y le trajo un presente, que se tuvo por muy rico, de 6.000 doblas que son 2.400 escudos de oro, 400 camellos y 1.000 carneros” (87).

Finalizada la pacificación de región cabil de la Qalaa de los Beni Abes, Hasán Bajá quiso completar su obra política integradora con los bereberes de Cuco, también en la Cabilia actual; en esta ocasión no hizo falta una campaña militar sino una boda, como en las monarquías tradicionales. Esta labor integradora fue vista con desconfianza por los medios militares turcos; un hijo de Jeredín Barbarroja y una argelina mora, nacido en Argel, se casaba con la hija del rey cabil, los “africanos” que decía Mármol,

habitantes de la región desde época pre-romana, desde antes de la llegada de las tribus árabes. Las sospechas de independentismo desembocaron en la segunda grave crisis del régimen argelino. Pero en Estambul debió tratarse con sumo tacto aquel peligro escisionista. He aquí el texto de Sosa que lo relata con justeza:

“Vuelto con este concierto Asán Bajá para Argel, todo aquel invierno y el año siguiente de 1560 reposó. Y casóse entonces con una hija del rey de Cuco muy hermosa. Y porque quería mucho a un sobrino del Cayde Ochali o, como se debe pronunciar, Aluch Ali Escanderixa, que le era muy amigo y fue su belerbey –esto es, capitán general de la milicia– algún tiempo, casó también a este mancebo, que se llamaba el Cayde (sic, por alcaide) Asán Griego, con una prima hermana de su esposa y sobrina del mismo rey del Cuco. Las cuales el Asán Bajá hizo traer dende el Cuco con mucha caballería de moros y de turcos y recibió en Argel con mucha fiesta, celebrando las bodas con mucha solemnidad a su usanza.

“Con este parentesco del rey del Cuco, dio licencia el Asán Bajá que los moros sus vasallos pudiesen comprar todo género de armas ofensivas y defensivas en Argel, lo que hasta allí no se había permitido. Y eran tantos los moros del Cuco, a que generalmente llaman azuagos, como en otra parte dijimos, que de continuo iban y venían y compraban estas armas; y que libremente paseaban por Argel como si fuera la propia ciudad suya. Que causó muy gran sospecha entre todos los turcos y renegados de Argel, no fuese esto algún concierto entre el rey del Cuco y el Asán Bajá para alzarse con Argel y negar la obediencia al Turco.

“Pero mucho más creció esta sospecha de muchos días tenida cuando el año de 1561, en el mes de septiembre, se hallaron más de 600 moros azuagos de estos del Cuco dentro en Argel, y que andaban en manadas. Por lo cual el Aga de los genízaros, como persona a quien por razón de su cargo y oficio más que a otros tocaba el remedio de esto, juntada duana –que llaman a la congregación o consejo de los genízaros–, acordaron primeramente que mandase luego Asán Bajá echar bando que, so pena de muerte, todo azuago y moro del Cuco no comprase arma, ni alguno de Argel la vendiese a ellos so la misma pena; y que luego todos cuantos en Argel habían, en término de dos horas se saliesen de Argel.

“Hecho esto y echados los azuagos de Argel, fuéronse los genízaros a palacio y prendieron al mismo Asán Bajá;

y poniéndole unos grillos a los pies lo pusieron a buen recaudo. Y luego, inmediatamente, fueron a la casa del Ochali Escandaria; y a él y a su sobrino el alcaide Asán, cuñado del Asán Bajá, los prendieron. Y poniéndolos a buen recaudo cargados de hierros, mandaron luego poner en orden seis galeras; con las cuales, y con los capítulos de sus culpas y sospechas que de ellos tenían, los enviaron a todos tres así en hierros al Turco, en principio de octubre de aquel año 1561. De manera que de esta vez reinó el Asán Bajá cuatro años y cuatro meses en Argel; es a saber, desde el mes de junio de 1557 hasta todo septiembre de este año 1561" (88).

Antes de terminar este capítulo, que ya se alarga demasiado, no quiero dejar de recoger en este libro de maravillas la clásica descripción de la Gran Cabilia, las tierras de la Qalaa de los Beni Abés y del reino de Cuco, emocionante aún por su precisión para todos los que hayan visitado aquel entorno montañoso que desde Tisi-Usú y Asasga llega a las cimas del Yuryurá.

“Entre estas sierras, que todas proceden del Athalante Mayor, hay una que llaman el Cuco, del nombre de una ciudad que hay en ella; aunque su nombre propio es Eguilu Andaluz; la cual es muy alta y muy fragosa, y está 18 leguas de la ciudad de Argel entre levante y mediodía, 15 a poniente de Bugia y cuatro de la sierra del señor de Laabez, que solamente las divide el río de Bugia.

“Esta ciudad de Cuco tiene más de 1.600 vecinos; y es fuerte sitio porque está cercada de una alta peña tajada y de un fuerte muro donde la peña no alcanza... Son ricos de pan, ganados, miel, cera, lino, higos, uvas y de otras frutas; y hacen los mejores lienzos de Berbería y de más provecho.

“Por toda la sierra hay grandes poblaciones y la subida de ella es dificultosa, porque no se puede ir sino por un camino que con solas piedras se puede defender a cualquier poderoso ejército. Y en la halda de ella, a la parte de mediodía, está un lugar de 500 casas repartidas en barrios llamado Gemaa Xahariz, donde se hace un rico mercado el viernes de cada semana.

“Todos los lugares y poblaciones de esta sierra son parentelas; cada linaje tiene su población por sí. Y tienen todos un jeque principal a quien obedecen como a señor.

“De pocos años a esta parte se ha hecho llamar rey de Cuco un jeque de éstos que de nombre propio se llamó Ben el Cadi,

hombre noble y del linaje de Celin beni Tumi,
señor de Argel a quien Horux Barbarroja mató.
De cuya causa este señor y todos los de esta tierra
fueron crueles enemigos de los turcos y tuvieron siempre guerra con ellos;
hasta que Hascen Baxa, hijo de Hayredín Barbarroja,
emparentó con él y casó con una hija suya,
como diremos adelante cuando tratemos de la tierra de La Abez.

“Tiene este señor de Cuco 5.000 escopeteros de a pie
y 1.500 hombres de a caballo, buena gente de guerra,
y otra mucha gente de a pie armada a su usanza;
que todos los hombres son belicosos y valientes ejercitados en la guerras,
aunque anden mal aderezados sino en cuanto van a pelear,
que entonces se visten de paño y de lienzo
y se arrean lo mejor que pueden..

“Hay muchos polvoristas... que hacen pólvora; porque tienen
minas de salitre en la sierra y el azufre lo llevan de Argel,
que lo traen allí de Francia los mercaderes.
También tienen minas de hierro y muy buenos oficiales
que hacen espadas, puñales y hierros de lanzas;
mas no tienen acero ni lo hay en Berbería, y lo que gastan
lo hacen ellos de hierro estirándolo en vergas largas
y metiéndolo en unos tinajones de tierra; y con una mezcla
de arena y de yerbas y agua le dan temple y lo recuecen
para que quede recio como acero, pero no es tan perfecto
como lo que los malos cristianos les llevan de Europa.

“En esta sierra hay pocos judíos y esos son muy mal tratados
porque aquellas gentes son muy enemigos de ellos.
Después que el señor de Cuco tiene paces con los turcos,
se ha hecho poderoso y los ha favorecido con su gente
contra el señor de La Abez; porque esta sierra es mayor,
más fuerte, de más gente y más fértil que la de La Abez.

“Y ha ennoblecido mucho la ciudad de Cuco,
donde reside y tiene sus palacios principales.
Hay por toda esta sierra muchas monas que se crían entre los bosques.
No hay otras poblaciones de que hacer mención en esta provincia” (89).

NOTAS:

- (78).- Haedo, I, pp. 326 ss. todos los textos hasta aquí.
- (79).- Mármol, I, libro II, fols. 264 ss.
- (80).- Torres, c. CVIII, p. 288.
- (81).- Ib., CXII, p. 295.
- (82).- Ib., CXI, pp. 293-294.
- (83).- Haedo, I, pp. 329-331.
- (84).- A pesar de que las citas de textos de Antonio de Sosa las sigo haciendo a nombre de su editor Haedo, el “Diálogo de los mártires de Argel” fue reeditado en la edit. Hiperión en 1991, a nombre de Antonio de Sosa, al fin, y no de Diego de Haedo, en edición preparada por mí mismo, con amplia introducción mía y de José María Parreño así como con el visto bueno de George Camamis.
- (85).- Braudel, op. cit., II, p. 430.
- (86).- Mármol, I, V, fols. 229-231.
- (87).- Haedo, I, pp. 332 ss.
- (88).- Ibidem.
- (89).- Mármol, I, V.

3.10: Final sinfónico de esta tercera parte del libro de maravillas. La segunda crisis del régimen argelino y el tercer reinado de Hasán Bajá, el hijo de Barbarroja, con algunas noticias sobre agentes en Francia, el terrible cerco de Orán del inicio de los sesenta, con una penúltima aproximación a la figura del “renegado” a través de un hermoso relato del soldado Pedro Gaytán, la figura de César de Tarifa, gran nadador, y el reinado del hijo de Salah Bajá, Mahamet Bajá, tras la muerte de Solimán el Magnífico.

Antes de abordar el tercer reinado de Hasán Bajá, iniciado con un ataque a Orán de gran envergadura en 1563, son necesarias unas palabras sobre la España del inicio de la década de los sesenta. Felipe II había sucedido a su padre el emperador Carlos en 1556; la deuda de la corona, de casi siete millones de ducados –“ascendía la deuda del tesoro al finalizar el año 1556 -por lo menos- a 6.761.276 ducados”–, según cálculos de Ramón Carande (90), suponía que todos los posibles ingresos ordinarios hasta 1560 podan considerarse gastados; la deuda consolidada –los famosos “juros”–, más de quinientos millones de maravedíes, equivalían a todas las rentas fijas de la corona. En enero de 1557 Felipe II suspenda pagos; su reinado comenzaba “bajo el doble signo de la bancarrota y la herejía” (91). El 21 de septiembre de 1558 mora Carlos V en Yuste y en diciembre Felipe II se quedaba viudo de su tía la reina de Inglaterra María Tudor. En 1559 se firmaba la paz con la Francia de Enrique II –los acuerdos de la paz de Cateau-Cambresis pueden considerarse vigentes hasta finales del XVI– y a finales del verano Felipe II vena a España. Su matrimonio con Isabel de Valois –hasta la muerte de la reina en 1567–, según los biógrafos de este rey, son años de sosiego conyugal, en general apacibles, tal vez los más íntimamente felices del monarca. “Los años delicados, 1559-1567”, dice Geoffrey Parker (92), uno de sus últimos biógrafos, en una Europa para la que Elliott habla de “crisis general de la década de 1560” (93): inicio de la guerra civil en Francia en 1562, crisis escocesa tras 1567 o inicio de levantamientos populares en los Países Bajos en 1566. La crisis general alcanzará a España misma en 1568 y de manera dramática: el enturbiado asunto de la muerte del heredero Carlos y la rebelión de los moriscos granadinos de las Alpujarras, un año después de la muerte de la reina Isabel.

La renuncia francesa a Italia que supone la paz de Cateau-Cambresis, Antonio Domínguez Ortiz la comenta como el triunfo de las rutas marítimas Barcelona/Génova o Valencia /Nápoles como más viables que las rutas terrestres por los Alpes (94). “El problema de defender Italia y la España mediterránea fue... predominante en la mente de Felipe en la década de 1560” (95). En otro lugar, citando a Thompson, hemos resaltado el dato de que más de la mitad de los gastos ordinarios militares se los llevaba aún las galeras del Mediterráneo (96). Por eso la derrota en los Gelbes, la actual Yerba en la costa tunecina, de 1560, con la pérdida de muchas decenas de barcos y en torno a diez mil prisioneros, se consideró especialmente grave. “Rara vez se había visto semejante desastre”, comenta Braudel, que estudió con minucia aquel acontecimiento (97).

En Yerba las naves hispano-italianas haban ido en busca de Dragut y se habían enfrentado a la flota turca de Piali Pachá, Hasán Bajá en Argel entretenido en su esfuerzo de pacificación interna, su año de bodas bereber. La preocupación por el peligro permanente berberisco aparece en la correspondencia diplomática del momento, sin embargo, y en concreto en los papeles procedentes de París. En el verano de 1559 el duque de Alba escriba desde aquella ciudad a Felipe II que el rey de Francia Enrique II “había ahora entendido que vuestra majestad quería mandar hacer la empresa de Argel; que, en caso de que hubiese de ser, daría luego sus galeras, que serán hasta veinte o veinticinco, para que acompañasen las de vuestra majestad, avisándole un mes antes para poderlas armar bien y ponerlas en la orden que convenía para tal efecto”. La contestación del duque de Alba fue ambigua: “que en lo de la empresa de Argel, yo no sabía que al presente vuestra majestad la quisiese hacer, que escribiría a vuestra majestad el ofrecimiento” (98). Eran los rumores que acompañaban a los grandes preparativos navales y de movimientos de soldados, detectables en España e Italia, del virrey de Sicilia Juan de la Cerda, duque de Medinaceli, y del gran maestro de la orden de Malta, el provenzal Juan de la Valette –fue gran maestro entre 1557 y 1568–. El proyecto inicial de aquella magna expedición que se preparaba, y que los franceses interpretaban dirigida contra Argel, había sido presentado a Felipe II en Bruselas por un caballero de Malta, el comendador Guimeran –en principio contra Trípoli, en donde de la Valette había sido gobernador entre 1546 y 1549 antes de ser desalojado por los turcos–, ya en la primavera de 1559, aunque luego se pensó en que fuera una operación contra Dragut (99). Las reticencias del duque de Alba a revelar los planes mediterráneos de Felipe II a los franceses tenían su justificación; pocos meses después, “hay que descartar el elemento sorpresa. Toda Europa está al corriente del proyecto; también los turcos y corsarios... Dragut se fortifica. Una nave francesa que había zarpado de Marsella el 25 de noviembre lleva, por lo menos hasta Milo, las nuevas de la armada congregada en Mesina” (100). Tomás de Perrenot, señor de Chantonnay, embajador de España en Francia, comunica a Felipe II, a principios de 1560, en lenguaje cifrado, las sospechas de trato franco-argelino:

“Un capitán particular, de quien no he podido saber el nombre, con dos galeras suyas, dicen que (cifrado:) irá al servicio del rey de Argel. De aquí a cinco o seis días se espera un embajador de Argel y ha de venir muy encubiertamente; si viniere, procuraré por todas las vías saber qué designio trae (fin cifrado).

“El Turco se tiene nueva que arma 150 galeras para la guardia de sus tierras, como lo suele hacer cuando va lejos de Constantinopla, y así se piensa que se allegará hacia el Sofi, con quien está un hijo suyo; créese que las galeras acudirán a la defensa de Argel y juntamente se asegurarán la mar.

“Aquí se ha dicho que la armada de vuestra majestad ha tomado los Gelves, después de lo que se ha dicho de la presa de Tripol,

el cual afirman que no se tuvo más de tres das, pero yo no lo tengo por vía cierta ni acá hay otro aviso más de la fama pública. Plega a Dios sea verdadera” (101).

En cartas sucesivas nada se volvió a decir de esta embajada, pero dos meses y medio después, ya la armada hispano-italiana operativa en aguas del Mediterráneo central – mediado febrero estaba en aguas tunecinas y a primeros de marzo desembarcaba en Yerba o los Gelbes, y el duque de Medinaceli organizaba la construcción de una fortaleza y el gobierno de la zona–, se confirmaba la llegada de aquella embajada de Argel a la vez que se describa una novelesca y fantástica historia de conspiraciones interiores contra Felipe II, en boca de un ajusticiado antes de morir, un tal capitán Masera o Masela, sentenciado a muerte a causa de una conjuración descubierta en Amboise:

“A los 27 (de marzo) descuartizaron al capitán Masera... A los 28 me envió el rey a llamar con dos gentilhombres; y, entrando, yo hallé juntos al rey y reinas, infantes, cardenal de Lorena, duque de Lorena, monsieur de Guisa y mariscal de Saint Ander; y tomando la reina la mano me dijo que por corresponder a la obligación en que vuestra majestad los ponía cada día más con ofrecimientos y oficios de buen hermano, no quería dejar de avisarme ciertas cosas que se trataban en España contra vuestra majestad... Lo que la reina me dijo fue que una hora que sacasen a justiciar al capitán Massera, había dicho que deseaba decirle una palabra antes que muriese, y que declarara cosas de grande importancia y que tocaban al bien y seguridad de vuestra majestad; y que ella, sabiéndolo, llamó luego al cardenal de Lorena y al mariscal de Sant Ander, y fue disimulada a la prisión, que es fuera del palacio tanto como habrá del palacio de Bruselas hasta donde se tira con la ballesta, aunque había muchos lodos y mucha gente esperando de ver la justicia, que la plaza donde estaba el cadalso era a cincuenta pasos de la prisión. Llegando la reina, el Massera le suplicó que le alargasen la vida hasta el da siguiente y le hacía saber que en España había grandes inteligencias y tratos, así entre los parientes de los que han sido castigados por la Inquisición como entre otros de aquella secta, y que se pensaban juntar con los moriscos de Granada, de Aragón y Valencia, que también tenían grande inteligencia con los de Argel y con el Xarife; y que los que trataban esto habían pasado algunas veces por su casa, que es en Gascuña, e iban a Marsella a embarcarse allí para Argel, y que la ejecución de la conspiración se había de hacer este agosto. Y pidió que le guardasen hasta aquel tiempo y descubriría lo demás de estos tratados, diciendo que le diesen después la más cruel muerte que se pudiese hallar si no saliese verdad lo que decía,

y que lo declaraba por descargar su conciencia,
la cual sintiera muy agravada muriendo con este cargo”.

“Su deposición se tomó por escrito” y le dieron una copia “que envió a vuestra majestad con ésta...”

“Yo les di las gracias del aviso, que me pareció convenir,
sin mostrar que le tenía por cierto ni fundado, antes declarando
como por manera de sacarles de su temor, que tal empresa
será muy dificultosa y la conjunción muy diversa de protestantes y moriscos;
y que de la parte de Argel y del Xarife sabíamos bien el aparejo
que podrían tener para favorecer y dar ayuda en las revueltas de España,
y que todos los moriscos de aquellos reinos son gente vil y sin armas,
la nobleza de España grande y muy aficionada a su rey,
el pueblo muy obediente y poco dañado destos errores nuevos,
y que era de creer que Masela no procuraba sino prolongación
de tres meses de vida, habiendo suplicado que le alargasen un día
y hecho en el cadalso todo lo que había podido por dilatar su muerte,
que se hizo desatapar los ojos cuatro veces, y a la postrera
se levantó en pie muy atribulado, y no se podía acabar con él
que se pusiese como había de estar para que le cortasen la cabeza,
y que había sido bien no alargarle la vida
no habiendo entre todos los prisioneros otro ninguno
que conformase con él ni dijese palabra deste tratado.

“Cuanto a mí, o que Masela lo haya dicho o no,
tengo por cierto que es burla
y tampoco creo que estos señores le dieron crédito...”

“Demás desto, el Cardenal (de Lorena), por mandado del rey cristianísimo,
me dijo que me quería dar aviso de la venida de embajador de Argel,
que fue públicamente a los 24, habiendo tres meses que estaba en Francia
y que estos señores habían hecho todo por excusar su venida a esta corte;
mas que importunando él mucho por ello no se la habían podido negar,
porque de mucho tiempo acá hay entre este reino y los de Argel
trato y comercio libre, no por amistad particular
sino por tener menos enemigos y asegurar sus costas de molestia.
Que el embajador había venido a congratularse con el rey cristianísimo
de su coronación y le había traído presente
de algunos caballos y halcones y perros,
y acá le habían dado otras cosas, como era razón;
que el embajador había declarado el miedo que tienen los de Argel
de que vuestra majestad no haga su empresa, y a esta causa
habían enviado al turco a pedirle socorro, y que el rey cristianísimo
tenía aviso de Venecia que el turco armaba ciento y cincuenta galeras;

que el embajador pedía algunas municiones de pólvora y pelotas, mas que yo estuviese seguro que contra vuestra majestad no se las darían en ninguna manera. Yo le respondí a esto que ya había días que yo había sabido la venida del embajador de Argel, y que cuanto los presentes era cosa que se acostumbraba entre reyes, y que de la empresa de Argel yo no había sabido cosa ninguna; que en cuanto a dar favor y municiones a infieles, yo creía que el rey cristianísimo miraría bien el mal ejemplo que se daría en ello, especialmente en la sazón presente y habiendo entre vuestras majestades la amistad que todos veamos, considerando también que desto no podía redundar sino daño de los vasallos de vuestra majestad y de todos los cristianos que viven en las marinas y están sujetos a los robos de los corsarios de Argel”.

“Yo he sabido de buena parte que el embajador ha traído cartas del turco al rey cristianísimo en que le escribe que habiendo sabido la paz que hay entre vuestra majestad y él y la empresa que vuestra majestad quiere hacer contra Argel, aunque habiendo venido la armada turquesca muchas veces en favor de franceses pudiera también pedir que el rey cristianísimo favoreciese a los de Argel, pide solamente que no dé favor ni ayuda de gente o de galeras o de otra cosa contra ellos” (102).

Finalmente, el embajador Perrenot opina que, en lo referente al complot contra Felipe II que confesara el ajusticiado Masera (o Masela), “los de Argel no me parece que estén en términos de hacer empresa en casa ajena teniendo miedo de la suya y pudiendo entender que habiendo alguna sospecha se les tendría siempre ojo a las manos y a sus aparejos” (103). La misma embajada es comentada en otra carta de avisos del mismo periodo así:

“En esta corte de Francia hay embajadores del rey de Argel que trajeron cartas del turco al rey para que, atento a la capitulación que hay entre ellos, socorra al rey de Argel con municiones y armas y gente. Hanles respondido en lo público que guardarán la capitulación y amistad, pero que no tienen municiones. Pero otra cosa se sabe en lo secreto, y trajeron estos embajadores un presente de caballos y halcones al rey de Francia. Destos embajadores se sabe que dieron aviso desde Francia al turco con persona propia de la embajada que ha ido a Tripol, y de la empresa que quiere hacer el rey Phelip contra Argel. Y a esta causa vendrá presto armada del turco, porque tiene aviso que todos sus aperebimientos secretos del rey Phelipe son para aquí” (104).

En mayo la flota turca de Piali Pachá estaba en Malta. En Yerba (los Gelbes), “el duque (de Medinaceli), que la esperaba en junio, la vio llegar con estupor el 11 de mayo. La víspera, una fragata de Malta llegó a prevenirle”. El día siguiente fue la

desbandada; en pequeños barcos consiguieron llegar a Malta, y de allí a Mesina, Juan Andrea Doria y el virrey Medinaceli. A principios de junio Felipe II conocía ya el fin desastroso de aquella aventura. En Yerba quedaba Alvaro de Sande en el fuerte que habían construido, con unos miles de hombres armados y con provisiones para algunos meses, pero el primero de agosto caían en poder de los turcos y la armada de Piali Pachá iniciaba su regreso a Estambul, con operaciones de saqueo en el camino, a donde llegaba triunfalmente el primero de octubre. Durante el transcurso de tan dramáticos acontecimientos, la actitud francesa seguía llena de ambigüedades. Braudel comenta que “el incidente de Djerba (Gelbes) da, una vez más, el tono de las relaciones franco-españolas. La demanda de las galeras francesas no se formuló claramente a nombre de Felipe II; como decía Michiel al dogo de Venecia el 22 de junio de 1560, el rey de España tenía más miedo a una negativa que deseo de que su petición se aceptara” (105).

El embajador Perrenot, a finales de junio, informaba de aprovisionamientos para Argel, en carta con fragmentos en clave:

“Aunque estos señores habían asegurado que no darían licencia que se sacasen ningunas municiones para Argel, todavía el embajador Catanio ha hecho cargar en Marsella la nao en que él vino de pólvora, pelotas, carbón, remos, velas y otras cosas necesarias para provisión de Argel. Nosotros nos quejamos dello a la reina madre y al cardenal de Lorena, (descifrado:) pero creemos que no aprovechará para más de para que entiendan que lo sabemos, que responderán que ha sido sin su consentimiento y que lo remediarán, pero que no harán nada. Esto se ha entendido por vía de uno que también dio aviso al duque de Sessa (fin descifrado)” (106).

El marsellés Tomás Corso, con intereses en la pesca del coral en Tabarca, parecía ser uno de los transportistas:

“Muchas veces he tratado con estos señores que tenía aviso de Génova, Marsella y últimamente por uno que avisó dello al duque de Sesa, que el embajador de Argel procuraba embarcar algunas municiones para Argel; y habiéndome siempre asegurado que no se daría lugar a ello, he entendido agora que Tomás Corso, habitante de Marsella, con otros de la misma tierra, cargaron en aquel puerto dos naos de municiones de las cuales llegó una a Argel y la otra dio al través en Bugía; y que se cargaba en su lugar una urca y, asimismo, que compañeros del dicho Tomás Corso tenían algunas diferencias sobre la pesca del coral con los de Tabarca. De todo nos habemos quejado

con mucha instancia y nos ha respondido el cardenal
que se ha hecho sin consentimiento suyo
y sin que haya entendido ninguna cosa dello,
y que por haber dado orden a los ministros de Marsella
que en ninguna manera lo consintiesen,
no pueden creer que la cargazón haya sido en Marsella,
sino, por ventura, en algún otro puerto de Provença,
que son todos aparejados a ello” (107).

Felipe II se limitó, “ya que para lo pasado no hay remedio”, a pedir que se castigase a Tomás Corso “y a los demás que en ello habrán entendido, lo cual podría servir para que no permitiesen cargar otras” (108); sobre lo mismo seguía insistiendo el embajador español a finales de septiembre y parece que había obtenido ya una promesa formal de que se haría ese castigo solicitado.

Finalmente, Perrenot se hace eco de los disturbios del final del reinado de Hasán Bajá en Argel; el embajador argelino Catanio, que pensaba ir a Valencia para negociar el rescate de cautivos españoles en Argel –el desastre de Mostaganem del conde de Alcaudete en 1558 estaba muy próximo–, desiste de ese proyecto:

“Por mucha instancia que se haya hecho
con el rey cristianísimo y estos señores, no se ha podido estorbar
que se sacasen de Marsella municiones de pólvora, pelotas y remos para Argel;
el Catanio dicen aquí que había pasado a Valencia
para tratar del rescate de los españoles que están presos en Argel,
que así traía comisión de su rey,
pero que entendiendo que le han muerto en una revuelta que hubo en Argel,
no tratará del rescate” (109).

Estos disturbios de Argel, comentados en la corte francesa a finales de agosto y sin duda conocidos también en la corte madrileña, eran los que habían puesto fin al segundo reinado de Hasán Bajá, el hijo de Barbarroja. Hasán Aga y “Cuca Mohamet Belerbey”, los que habían capitaneado la rebelión de los jenízaros, fueron elegidos por los suyos como gobernadores provisionales, o “califas”, mientras llegaba el nuevo rey. Duró su gobierno interino cinco meses. Una vez llegado el nuevo rey, Ahmed Bajá, fueron enviados a Estambul, juzgados culpables y decapitados:

“Llegado el Amet Bajá a Argel,
prendió a dichos califas o gobernadores Asán Aga y Cuça Mahamet
y en término de veinte días los envió al Turco
con las galeras en que viniera, que eran seis de la guardia del archipiélago.
Llegados allá, defendieron tan mal su causa,
y el Asán Bajá negoció tan bien
que el Turco le absolvió declarándole sin culpa
y a ellos mandó cortar las cabezas.

Era el Asán Aga de nación bosnio, de edad como 42 años, alto de cuerpo, moreno, no muy cargado de carnes. Cuça Mahamet era turco de nación, de los chacales y villanos que de Turquía suelen pasar cada año a Argel; sería de edad de 50 años, de mediana estatura, gordo y muy lleno de carnes; tenía los ojos muy grandes y la nariz roma y la color trigueña” (110).

El turco enviado de Estambul, Ahmed Bajá, viejo y avaro, murió a los cuatro meses de llegar a Argel y le sustituyó su “califa”, por segunda vez el respetado Yahaya:

“Y como sea costumbre que llegando nuevo rey todos los alcaides y hombres principales y ricos le presentan muchos presentes, al Amet ofrecieron muchos más; y él los reciba con muy grande voluntad y, aún, con notable codicia, dando luego muestras a todos de ser muy grande avaro, como lo era en efecto. Y para esto cuentan algunos que sirviéndose dél el Turco muchos años como de jardinero de los jardines que tenía en el palacio y serrallo de Constantinopla, que fue la causa de ser tan privado del Turco, solamente de las hierbas, flores y frutas de los jardines había hecho un tesoro. De lo cual dando una buena parte a la Rosa, mujer más principal y más querida del Turco, alcanzara este cargo de ser rey y gobernador de Argel. Y conforme a esto, en pocos das que había llegado comenzó a coger de unas partes y otras muchos dineros, dándose toda la priesa posible. Y bien le fue menester, porque parece que adivinaba que el cargo y oficio le había de durar poco, como duró. Porque al cabo de cuatro meses que reinaba, en el mes de mayo del mismo año 1562, murió de cámaras; y le enterraron en el corral de los reyes, en una cuba que está junto a la de Yahaya Rey (sic, por Bey). De manera que no estuvo más en Argel que desde mediado febrero hasta mediado de mayo del mismo año. Era hombre de 60 años, poco más o menos, todo cano, robusto de cuerpo y alto, gordo y moreno” (111).

Yahaya gobernó provisionalmente a la espera del nuevo enviado de Estambul durante cuatro meses. Y Hasán Bajá fue el nuevo rey, por tercera vez, a partir de septiembre de 1562 y hasta enero de 1567.

“Los servicios y merecimientos de Barbarroja, aunque muerto, fueron siempre mucha parte para que Asán Bajá, su hijo, no obstante los enemigos, émulos grandes y muchos que tuvo, fuese del Turco bien visto y favorecido; y ahora, en esta provisión tercera para rey y gobernador de Argel, se vio más claramente. Porque demás de aceptar el Turco toda la satisfacción que le dio en un caso en que no faltaban sospechas y no leves, y que tanto importaba

como alzarse con un reino y tal, mandó cortar las cabezas a los que le habían acusado. Y a la postre le restituyó el cargo y reino, quitando a un su privado a pocos meses que de él fuera proveído; pero también fue mucha parte la cantidad grande de dineros que dio y repartió a la mujer del Turco, la Rosa, y otros bajás más privados.

“Cuando se quiso partir de Constantinopla le dio Piali Bajá, general de la mar, diez galeras que le acompañasen hasta Argel, las cuales eran de las que el mismo Piali había ganado en la jornada de los Gelves el año 1560, siendo él general de la armada turquesca.

“Llegó a Argel a los primeros de septiembre del año 1562, y fue tan grande el contento de todos con su venida no esperada que hasta las mujeres, que están tan encerradas, se suban a los terrados y con voces y algazaras que hacían le daban la buena venida. Y como sea costumbre que el rey venido de nuevo aloja primero algunos das en una casa que está junto a la marina, con una escalera de piedra muy grande a la calle, en cuanto el que está en Argel desembaraza el palacio diputado para los reyes, en que está, el Asán Bajá, desembarcando, se fue al mismo palacio; como dando a entender que el Amet Bajá no había sido rey ni él lo dejara de ser, aunque le habían enviado al Turco con tanta afrenta y deshonra.

“Dióse el Asán Bajá mucha priesa luego en mandar hacer mucho bizcocho, balas, municiones y otros aparejos de guerra, sin que alguno supiese la intención que tenía. La cual era ir sobre la ciudad de Orán y la fuerza de Mazalquivir. No sólo por ganar honra tomando aquellas plazas, pero con deseo particular –como después se supo de él— de vengarse de los genízaros y soldados que antes le habían maltratado y afrentado; haciendo cuenta que en una empresa como aquella, tan importante y peligrosa, necesariamente muchos de ellos morirían y él quedara vengado.

“Partió de Argel a los 5 de febrero del año siguiente de e1563, llevando la más gente que rey de Argel había llevado; porque juntó de genízaros, turcos, renegados y andaluces o moriscos de España, hasta 15.000 arcabuceros y 1.000 espays a caballo. Su suegro, el rey de Cuco, le envió muchos de sus moros a caballo. Y con éstos y los que otros señores jeques moros le dieron, llevó 10.000 caballos. Por mar envió 32 galeras y galeotas cargadas de artillería, municiones y bastimentos; y tres saetas o carabelas francesas cargadas de mucho bizcocho, aceite, manteca, higos, arroz y otras cosas de comer, y muchos barriles de pólvora.

“Llegados a Orán, parecióle batir primero a Mazalquivir para ser señor de su puerto grande, que eso mismo significa esta palabra Mazalquivir; y también porque era lo más importante y más fuerte. Púsole el cerco a 3 das del mes de abril de aquel año 1563. Y después de una gran batería que duró por muchos días y de muchos crueles asaltos que dio a aquella fuerza –la cual defendía don Martín de Córdoba, marqués de Cortes, general de Orán y sus plazas— y, finalmente, después de mucha gente muerta de turcos y de los cristianos que defendían a Mazalquivir, a los 7 del mes de junio, dos meses y cuatro días que duraba aquel cerco, apareció a la mar el señor Andrea Doria; que, en cuanto en España se daba priesa en enviar un gran socorro de gente a Orán, venía con sus galeras y las de Nápoles, y con mucha infantería, a socorrer aquellas plazas por orden del Virrey de Nápoles don Perafán de Rivera, duque de Alcalá.

“La cual armada, como los turcos viesan, no osaron esperar más; y luego las galeotas y galeras turquescas se fueron huyendo para Argel; y el Asán Bajá mandó levantar el campo y recoger la artillería; y tomó sin más espacio el camino por do viniera. Llegó a Argel a los 24 de junio; en la cual ciudad, por muchos días, no se vieron sino plantos, lloros y alaridos de mujeres que lloraban los maridos, y de padres que plañían sus hijos. No pudiendo con todo esto disimular el Asán Bajá el contento que tenía de que muchos que le fueron contrarios habían muerto en aquella guerra” (112).

Era aquel otro episodio plenamente cervantino, el telón de fondo de la que es, sin duda, su pieza más perfecta y respetuosa con la realidad berberisca que había conocido, El gallardo español, en la que el protagonista es un soldado valiente llamado Saavedra. El defensor de Orán en aquellas dramáticas circunstancias era Martín de Córdoba, el hijo de su homónimo conde de Alcaudete que había muerto en Mostaganem cinco años antes; este gobernador había estado cautivo en Argel y era tan popular en los medios berberiscos que a todos los españoles cautivos en Argel les llamaban Martín, como evoca Antonio de Sosa.

Sobre aquel dramático cerco queda un relato de gran interés; una vez más, de un soldado español que, a pesar de su estilo literario tosco, consigue plasmar esos detalles llenos de verismo que transmiten algo de la cotidianidad de los sectores populares que los protagonizaran. El soldado es Pedro Gaytan –ese apellido que remite al de la última esposa de Jeredín Barbarroja, María, y que pudiera ser no una vana coincidencia–, y era hombre del círculo del gran canciller de Milán Juan Vicente López de Montenegro, a quien dedica su relato. Debió ser escrito el texto entre 1574 y 1579 y el manuscrito se conserva en la Biblioteca Trivulziana de Milán (cod. no. 1356, Segn. E. 93), siendo editado no hace mucho por Enrica Bisetti (113). Pedro Gaytán se muestra chauvinista o

patriotero en algunos momentos –"España, cabeza del mundo", o "cabeza con una corona" y "el pescuezo con un collar" que "son los montes Pirineos que la dividen de la Francia" (114)–, sin duda frecuente en medios hispanos en Europa, y más en medios militares, y hace algunas digresiones más o menos afortunadas. Pero, en el conjunto, son meros detalles y nunca desmesurados. La campaña militar es narrada con gran lujo de detalles de un buen observador que ha presenciado lo que cuenta, y a veces con algún hermoso hallazgo expresivo como aquel de "y otro día, sábado, al reír del alba..." (115), por citar sólo uno de sonoridad y tono cervantinos.

Así, evoca a "Jafer, alcaide de Catania", al que Hasán Bajá "había dado el bastón de capitán general de su campo" (116), que bien pudiera ser el "Catania" embajador en Francia en 1560. Evoca las fortificaciones de Orán –el castillo de Rosalcázar, la torre del Hacho y la torre de los Santos, así como el recién hecho fuerte de San Salvador (117)– o los planes de campaña de Hasán Bajá (118). Pero son los lugares y el movimiento mismo de las gentes de ambos bandos los protagonistas del relato. Así, la tribu de los Ulet-Abdalá, "moros de paz" o aliados de los españoles tradicionales en la zona, cobra cierto protagonismo en algunas ocasiones; a ellos recurre el gobernador de Orán para que

"lo más encubiertamente que pudiesen fuesen al campo de los enemigos y que, visto muy bien y espionado cómo estaban y el designio que tenían, y lo que se decía entre ellos, volviesen con la respuesta, prometiéndoles honroso premio por su diligencia" (119).

Hasán Bajá, durante los preparativos del cerco, estaba

"muy enojado con los alárabes de Abenamar porque no le querían servir en aquella guerra. Los cuales, después de haber puesto en salvo sus haciendas y vituallas, se habían metido la tierra adentro la vuelta de la Zahara; estaba por esto el rey (de Argel) con propósito de hacerles todo el mal que pudiese" (120).

Las gentes de Abenamar y los Ulet-Abdala debían ser del mismo grupo tribal árabe nómada, según se desprende del informe de un ex-cautivo cristiano –"venía de Argel, estaba vestido en hábito de alárabe y se vino todo el camino entre ellos y supo tan bien disimular que no le conocieron" (121)– que

"decía... que los alárabes de Abenamar se habían mostrado abiertamente tener poca voluntad de servir al rey de Argel y son aficionados a los españoles y servidores del rey de España; porque Jacob ben Brahem, jeque principal de los Ulet-Abdalá, con otros quince caballeros principales, vinieron al campo del rey para hablarle, a caballo y muy bien armados, y no se quisieron apear. El rey les dijo que por qué no le querían servir en aquella guerra;

le respondieron que tenían enemigos y que no podían levantar sus aduares; empero, si quería que le sirviesen, que les diese doscientos turcos tiradores para que más seguramente pudiesen mudar sus aduares. Mas el alcaide de Catania, general del rey, se llegó a él al oído y antes que respondiese le dijo que no se fiase de aquellos alárabes ni les diese los turcos que le pedían porque les degollaran, y que les quería hacer una burla. Por eso, pues, el rey no se los quiso dar, y ellos se fueron a sus estancias. Entendióse después que estos alárabes se mostraban aficionados a los españoles, por lo cual el conde de Alcaudete (sic, por su hijo) se lo agradeció e hizo... presentes” (122).

La fama de filo-españolismo de los Ulet-Abdala –que permanece incluso en la documentación española del XVIII—se refleja en otro de los episodios narrados por Gaytán:

“Este mismo día (14 de mayo)... se vino un moro de los del campo que Jafer de Catania, general del rey, tenía sobre Orán; y llegóse a la torre del Hacho diciendo que traía cartas para el conde y que eran de mucha importancia. Luego, el alcaide de la torre lo hizo acompañar y que le metiesen en Orán... Delante del conde dijo que los caballeros alárabes de Ulet-Abadalá le enviaban aquellas letras. El conde las tomó y las mandó trasladar en castellano, porque estaban escritas en lenguaje de Zenetia. Conteníanse en ellas cómo aquellos caballeros alárabes deseaban venir a servir a su majestad contra el rey de Argel y que, si se contentaba de ello, les diese aviso con el mismo portador porque vendrían luego a servirle.

“Como el conde hubo leído la carta, en el frasis y manera de escribir conoció que era fingida; del que tomó alguna sospecha que el que la traía fuese espía, porque el estilo de ella no era arabesco, y más que el papel en que vena escrita no era latino o nostramo, sino bruñido a la usanza de los turcos. Por esto, lo mandó poner en prisión y que lo llevasen a la cárcel que estaba en la judería”... (Bien tratado e interrogado), “se conoció claramente que era espía enviada del campo de los enemigos... Todo esto confesó el moro a un caballero moro que estaba allí en la misma prisión en rehenes, el cual lo dijo al conde. Habíase fiado el espía de él pensando, porque era de su ley, que le tendría secreto”.

(Se le volvió a interrogar, esta vez con tormento, y confesó la verdad): “cómo el alcaide de Catania le había enviado con aquella carta contrahecha para que, con aquel achaque, pudiese espiar en qué términos estaban en la ciudad y qué se decía de Maçaelquibir... El conde, visto el engaño,

le mandó echar unos hierros y se lo tomó por esclavo” (123).

Pero Pedro Gaytán va mucho más allá de la evocación sencilla de elementos parciales de aquel drama narrado y parece querer elaborar toda una teoría general sobre el éxito militar, pudiera ser, o sobre los usos militares; aunque él no sea un Maquiavelo sino un simple soldado y ello se vea reflejado en la reflexión misma y sus resultados, podríamos encontrar una sutil “teoría de los espías” que impregna todo su relato:

“A mi parecer, uno de los principales puntos y que muchas veces es causa de conseguir la victoria en las empresas, son las fieles espías; porque conocida está la ventaja cuando un general o príncipe que guía ejércitos está advertido del ser de sus enemigos” (124).

El soldado Gaytán, tras este enunciado, elabora un discurso de clasicismo admirable, con ejemplos bíblicos y romanos hasta llegar al Gran Capitán y Fernando el Católico como modelos. He aquí ese texto, aunque teórico, de gran interés:

“Y así como sabiendo los designios que tienen es superior, ignorándolos va ciego y a tienta; y la mayor parte de las victorias que ha habido en el mundo se han ganado mediante las buenas espías. Las cuales –según se lee– del principio del mundo acá se han usado; y si queremos aprovecharnos de las pruebas, sabido está –según se lee en el decimotercio capítulo del Número– que Moisés envió espías o exploradores para que espiasen la tierra de promisión, y entre ellos fueron Josué y Calef; el cual Josué fue espía y después duque de los hebreos, guiándolos por el camino ya primero de él espionado. ¿Quién hizo victorioso a Lúculo contra Tigrane sino las espías? Por no tener cuenta con ellas se perdió Mitrídate. La avaricia de no pagar las espías Craso le causó la muerte a él y a su ejército cuando fue contra los partos, con detrimento del imperio romano. La liberalidad de que usaba el Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba en pagar las espías le hizo alcanzar tantas victorias de los franceses y aquistar el reino de Nápoles”.

Cuando Fernando el Católico exigió cuentas al Gran Capitán –”y como los maestros de las rentas reales, algo más severamente que se convenía, tratasen el negocio y con poca cortesía del rey”–,

“sacó un librico ricamente encuadernado y... dijo que otros gastos había él hecho, los cuales no habían pasado por manos de tesoreros porque así convenía al arte de la guerra y aquisto de la victoria. Y abriéndole, leyó una posta que decía: `Dado en limosna a personas pobres y a religiosos porque rogasen a Dios por la victoria, trescientos y cuarenta y dos mil ducados y ocho reales’. En otra leyó que decía: `Dado a espías que nos daban aviso de los consejos y designios

de los enemigos, quinientos y veinte y seis mil ducados y medio'. Entendiendo el rey el negocio y... corrido de ser tenido por avaro y poco cortés, mandó poner silencio en las cuentas.

“Empero, cuando estas tales espías se pudiesen tener en el consejo y secreto de los enemigos, sería cosa muy provechosa porque estos tales pueden dar los avisos con tiempo, tanto que el avisado no será tomado a la improvisa. Mas como éstos no pueden ser sino personas principales y ricas, es menester pagarlos ricamente. Y que las haya no hay que dudar en ello, porque el rey don Fernando ya dicho las tenía en la casa y consejo del rey de Francia Carlos octavo. Pues que Esteban Petit y Ambosio Albiense, múnaco, el uno gran consejero y el otro confesor del dicho rey, avisaban al de España de los designios y consejos de su amo; a los cuales, en beneficio y recompensa de su traición, les enviaba frascos llenos de ducados en excusa que era vino de San Martín o de Madrigal. Digo, pues, que las fieles espías que no sean dobles ni mentirosas dan las victorias en las manos. Aunque –a mi parecer— el premio de los unos y de los otros había de ser la horca” (125).

Asombroso y paradójico Gaytán en este fragmento, quede para otro lugar diferente a este libro de maravillas la posible confrontación con el Arte de la guerra de Maquiavelo, único texto que el florentino viera publicado en vida. La ocultación de datos propios y el conocimiento de datos ajenos como una de las claves del éxito, del poder, como reflexión de época –incluso en medios populares como el del soldado Gaytán– es de una gran modernidad de análisis. Y está justificado que se pueda considerar este fragmento como núcleo central del relato de Pedro Gaytán a causa de las características del abigarrado mundo que describe, el mundo berberisco e hispano-italiano de su momento, típico mundo fronterizo de “hombres de frontera”, tornadizos, renegados, cristianos nuevos o musulmanes nuevos, o aparentes converso/renegados sin más, espías simples o dobles, o múltiples, en el afianzamiento de esos nuevos estados al frente de los cuales están hábiles reyes o corsarios, con grupos privilegiados –esos “barones” del análisis maquiavélico– que desde hoy se podrían considerar como simples esquilmadores a la vez que responsables de aquellas “sociedades que habían llegado a la etapa de la organización estatal y que, sin embargo, dejaban de un modo irresponsable que se degradaran vastas áreas humanas, superpobladas y pobres” (126). Por las fechas, no parece probable que el renegado navarro del que hablaba Torres al frente de las tropas de Tremecén contra Orán en el cerco frustrado por la muerte de Salah Bajá en 1556 –siete años atrás tan sólo–, y del que no da el nombre, esté aún en Berbería: Torres dice que le encontró en Toledo en 1560 (127). Pero tanto el Catanio o Jafer el alcaide de Catania como “el alcaide Perovana”, “caudillo” de las fuerzas de Tremecén en este cerco de 1563 (128), pudieran ser figuras parejas a la del navarro doblemente renegado del que no sabemos precisar el nombre. La visión de Gaytán, su teorización sobre el “estar advertido del ser de sus enemigos”, desborda el texto mismo para abarcar toda la

dinámica de aquel mundo complejo y disparatado, no es un asunto exclusivamente militar sino mucho más amplio, puede servir para glosar la misma creación literaria cervantina, atiborrada de ambigüedades y personajes de apariencia engañosa precisamente cuando los presenta en un contexto movedido y ambiguo.

En el relato de Gaytán del cerco de 1563, casi un diario de aquellas jornadas por su precisión, el vaivén de un campo a otro de prisioneros, ex-cautivos, espías, fugitivos o tornadizos o conversos/renegados de toda suerte es continuo, casi protagonista y tan importante como las acciones militares en sí. Después de citar los servicios de espionaje de los Ulet-Abadalá –”dende a dos días volvieron los moros espías...” (129)– y de teorizar sobre el espionaje mismo y los espías, Pedro Gaytán reseña, al fin de la primera semana de abril, un prisionero “moro vivo que era de los azuagos, que se precian de ser valientes tiradores”, y dos hombres que “se vinieron... del campo de los enemigos; el uno había sido soldado en Orán y se perdió en la jornada de Mostagán. Este había renegado y, arrepentido de su pecado, se tornaba a reconciliar; el otro se había perdido en aquella misma jornada y había estado esclavo en Argel”; este último fue el que informó de la poca voluntad de los “alárabes de Abenamar” para servir al rey de Argel en aquella guerra y el 29 de abril un arcabuzazo le va a dejar manco (130). Poco después vuelve a hablar de “algunos renegados que se huyeron del campo de los enemigos y se vinieron a Orán” (131), de otro renegado que huyó a Marzalquivir el sábado 17 de abril y de otro a Orán el domingo 18 (132), todos ellos informadores muy bien recibidos. El día 26 “vino otro renegado español del campo de los moros a Orán. Parecía hombre de bien en su manera, si no hubiera hecho tan grave pecado de negar la fe de Jesucristo” (133). Es posible que en los primeros momentos del cerco las desertiones del campo berberisco parecieran más numerosas –todos los descontentos renegados o cautivos desertarían cuanto antes–, aunque a finales de mayo aún se citan algunos casos; así, el 23 de mayo “se huyó de su campo un renegado español que era criado del capuchibaj, que es como coronel o maestre de campo de algunas compañías, a los capitanes de las cuales llaman alcaides...”, que informó a los españoles con gran precisión de la situación en el bando berberisco (134).

El mismo día

“se vino a Orán un turco de nación, que era de los chacales, que son una ordenanza así llamada en el lenguaje turquesco, que será, como quien dijese, una compañía de arcabuceros. Había éste pasado de Constantinopla con el rey de Argel, la última vez que vino, en compañía de otros muchos que había traído. Mas porque un su cabo de escuadra, enojado de él por no sé que le había hecho, le había dado de palos. Y puesto que en aquella nación se usa que los oficiales los dan a los soldados cuando hacen algo, porque, no obstante esto, el chacal corrido y muy enojado de la afrenta que le habían hecho, con ánimo airado y deseoso de venganza, esperando tiempo cómodo a poner en efecto su propósito, aunque eran pasados seis días que el caporal le había dado..., estando todos ocupados en el asalto de Maçaelquibir,

en el cual se halló su caporal..., como le tuvo, le mató de un escopetazo en venganza de su injuria. Y no habiendo podido hacer este homicidio sin ser visto de algunos, temiendo que el rey no lo supiese y le castigase por el delito cometido, se escondió; y, como vino la noche, se huyó a Orán..., donde se salvó”

e informó de lo que suceda en el otro campo (135). Es biografía bastante arquetípica la trazada aquí por Gaytán, con matices comunes, por ejemplo, a la biografía del renegado navarro –huida para no ser castigado por un delito– o a la del propio Euch Alí –deseo de venganza por malos tratos–, como veremos adelante. Todavía el primero de junio se pasó a Orán otro renegado informador (136) y el 4 de junio “un cristiano que era esclavo del alcaide de Mostagán, y era portugués, hombre de buen juicio al parecer” (137).

Pero el éxito mayor del “espionaje” español lo protagonizó un “renegado del campo del rey” que, al final de la primera semana de mayo,

“se entró por la alcazaba vieja y dando voces a las centinelas les dijo que dijesen al conde que estaba allí un renegado, que le querían hablar cosas de importancia y que le cumplan. Luego se partió un soldado de los de la guardia del conde y le dijo lo que decía el renegado. Como el conde lo supo, se vino a la muralla y puesto sobre un baluarte que allí estaba habló con el renegado”;

después de informarle con gran puntualidad de los sucesos últimos,

“ofrecióse también este renegado que vendría cada noche por aquel mismo lugar a darle aviso de lo que en el campo de los moros se hiciese, y que traería particular relación de todo, lo cual podía muy bien haber porque tenía cabida en la propia casa del rey, y más que venía mandado entonces de dos criados del mismo rey que le mandaron venir a hacer aquel efecto. El conde se lo agradeció y pagó su trabajo y le prometió que le haría todo placer, cuando él hiciese lo que le prometía; y aunque el conde tenía en el campo de los enemigos otras espías que le daban avisos particulares, parecióle que éste era más a propósito por estar en la casa que decía y, también, porque teniendo diversas espías podría entender lo que los unos y los otros decían para ver si se conformaban en los avisos que daban” (138).

Hasta el 21 de abril, víspera del inicio del gran ataque turco contra Marzalquivir, el renegado acudió puntualmente a su cita (138); pero el domingo 23 de mayo, el renegado huido a Orán citado más arriba informó

“cómo el esclavo del capitán Luis Álvarez... y el remero de la galeota de Ochoa,

que se habían ido a tornar moros, habían descubierto al renegado que solía ir cada noche a dar aviso al conde de las cosas que en el campo se hacían. Del que tomó tanto enojo el rey de Argel que, mandándole llamar ante él, le hizo examinar. Y puesto que él negó, convinto (sic) con los testigos presentes, no se pudo contener: que, haciéndole desnudar y atar a un palo, le mató a flechazos de su propia mano” (139).

Aunque aquel acto de Hasán Bajá algunos lo justificaran por la gravedad de aquella traición, ya que habría informado la víspera del inicio del ataque a Marzalquivir y eso hizo que de Orán le llegaran refuerzos a los sitiados, Gaytán hace una crítica del hecho con la misma argumentación que más tarde haría Antonio de Sosa –como veremos más adelante–, lo que indica un sentir general en medios españoles de lo que llama Sosa “poca honra” o poco sentido de la honra de los medios berberiscos:

“Hecho de bárbaro y no del que debiera hacer hombre que tenía título de rey, pues que para tales castigos hay ministros o verdugos de justicia, deputados a tal efecto. Y ningún hombre noble que es juez debería ensuciar sus manos a matar los tales traidores y delincuentes”.

La noche del día último de mayo, finalmente,

“se vino un moro de los del campo de Orán y dijo que era amigo y compañero del renegado que habemos dicho que solía venir, que mató el rey a flechazos, y dijo que serviría de espía en lugar del otro, ofreciéndose traer cada noche aviso particular de todo lo que los moros hiciesen. El conde se lo agradeció y pagó, y prometió que le contentara cada vez que viniese, aunque no tornó más; por donde sospecharon que le habían muerto como a los demás” (140).

Pero en ese vaivén de un campo a otro, pronto cobraron importancia las deserciones del campo cristiano. A mediados de abril se cita al alcaide y soldados de una torre que defendía “la fuente que llaman de arriba”, en Orán, hechos esclavos por los turcos (141) y más tarde a algunos cautivos más en una emboscada en el camino hacia Marzalquivir (142). Desde finales de abril ya se comienza a hablar del miedo a los desertores/renegados entre los españoles, hasta el punto de que había órdenes que “no se descubran a todos porque había algunos de los cuales no se fiaban, temiéndose que alguno se huyese a los enemigos y les dijese lo que querían hacer” (143). El 22 de mayo, arreciando los combates, “se huyeron de Orán un remero de la galera de Ochoa, que era venido la noche antes de Maçaelquibir en una fragata con una tempestad que hizo, y un esclavo del capitán Luis Álvarez, que era cristiano; y se fueron al campo del rey a tornarse moros” (144), que fueron causa de que se agudizase el bloqueo de Marzalquivir por mar, así como de que descubrieran al renegado espía, como antes se vio. Al día siguiente,

“en la tarde, se salió de Orán un criado de Antonio Enríquez, capitán de la artillería. Llamábase Juan de Toledo. Y porque a las puertas de la ciudad había siempre guardia y personas que tenían cuidado de mirar los que entraban y salían, preguntado por los que allí estaban a dónde iba, dijo que iba al castillo de Raçalcaçar (Rosalcázar) con cierto recado para un soldado; y con esto, le dejaron salir. Él se fue al castillo y habló con el soldado; y viendo cómo en un alto que allí estaba, no muy lejos, estaba el campo de los turcos, que era junto a la torre de los Santos, se anduvo paseando un poco disimuladamente; y, despidiéndose de los soldados, se entró en una huerta allí cerca, donde se sentó otro poco, y demandando al hortelano si tenía alguna fruta que vender; y diciéndole que no, se puso a hablar con él de las cosas de la guerra. Y pasado un ratillo se despidió; y salido de la huerta, dejó el camino de Orán, echó por una callejuela hacia el campo de los enemigos; mas como los centinelas le vieron ir de aquella manera, le dieron voces que se tornase. Empero, él no se curando, echó a correr lo más que pudo la vuelta de unos caballeros turcos que allí cerca estaban de guardia, y aunque los del castillo le tiraron con dos sacres que tenían asestados a aquella parte, no le acertaron. Y recogido de los turcos, le llevaron a Jafer de Catania, alcaide general del campo, y él le envió al rey de Argel, al cual dijo todo lo que se hacía en Orán y la falta que tenía de vituallas” (145).

La deserción de Juan de Toledo le sirve a Gaytán para otra de sus digresiones, esta vez sobre los esclavos “traidores” –“para advertir a los que se sirven de esclavos lo poco que se debrían fiar de ellos, aunque se hayan convertido, porque muy pocas veces suelen ser fieles a sus señores” (146)–, ilustrada con una sangrienta anécdota de un esclavo berberisco, leída en “unos diálogos de San Antonio de Florencia”, que se venga de su patrón, un rico mercader de aquella ciudad.

Aunque el domingo seis de junio, casi al final del cerco de Marzalquivir –el domingo 8, avistada la armada cristiana, se iniciaría la retirada berberisca– aún se citan “algunos malos cristianos que se habían ido a su campo a tornar moros” (147), el último caso narrado por Gaytán de huido del campo cristiano para renegar es el de un soldado llamado Vaquero; sucedía el 26 de mayo, durante los combates en torno a “una isla que cierra la boca del puerto (de Marzalquivir) que está junto a la villa, el cual es como roca y guarda de ella y del lavadero donde las mujeres salen a lavar los paños”; durante la noche, de los tres soldados que debían hacer “la centinela por sus tercios”,

“al soldado que le tocó la prima le vino un diabólico pensamiento, que fue dejar la centinela e irse a tornar moro al campo de los enemigos. Y viendo que sus compañeros dormían, sin ser sentido de ellos se fue de la isla”... (esta deserción sería la causa de la pérdida de la isleta)
“Llamábase, pues, este desgraciado Vaquero; el cual,

como sintió la refriega, o de miedo o que pensó que se había perdido Maçaelquibir y la isla juntamente, viendo tocar arma por todas partes, por salvar el cuerpo acordó condenar el ánima al infierno. E ansí, escondido de los enemigos que no le vieron, se pasó de la isla a los bestiones de los moros, y renegando de la verdadera y santa fe de Jesucristo, se sometió a la setta falsa de Mahometo” (148).

La evocación del renegado Vaquero le sirve a Gaytán para una de sus más destacables digresiones, esta vez sobre los renegados.

“Escribiendo estas cosas, muchas veces me he parado a pensar cómo estos malaventurados y falsos cristianos, tan sin temor de Dios y de condenar sus ánimas, dejaban la vera religión de Cristo..., se iban a tornar moros y luego que llegaban hacían con sus lenguas más daño a los cristianos que no los enemigos con sus armas... Porque esta es común costumbre de los malos, que no solamente se contentan con serlo, mas querrían siempre ejercitarse en hacerse peores. Y lo que más me pone maravilla es que de un ejército tan grande de enemigos que allí estaba no hallo que ningún turco o moro de nación se haya venido a tornar cristiano. Y de tan pocos como había en Orán se habían ido tantos. Y pienso que si no tuvieran guardias se fueran más, como hizo este falso y disimulado Vaquero y los demás” (149).

Esta reflexión sobre la psicología del converso/renegado es de gran interés, a la vez que de compleja metodología para ser abordada por el historiador. Sobre ella habremos de volver. En cuanto a la perplejidad ante la abundancia de “renegados” cristianos, al lado de lo infrecuente de la misma figura entre los musulmanes –si se considera al cristiano nuevo de origen musulmán o morisco como figura diferente–, es coincidente con la perplejidad del padre Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, algo después, al comentar la abundancia de renegados entre los cautivos cristianos en Berbería, de los que “más de la mitad, y aún las tres partes, reniegan de la fe” (150), dice, en texto sobre el que habremos de volver, una vez más.

Pedro Gaytán, en la introducción a su texto, pide disculpas por su osadía de escribir una historia; “bien conozco mi ignorancia y que habría hecho mejor callar que no publicar mi poco saber”; pero, al mismo tiempo, se reafirma en su decisión: “aunque el estilo con que va escrita es grosero, sé cierto que es historia muy verdadera y que no he puesto en ella cosa ninguna fingida, mas todo como en efecto pasó” (151). Es precisamente esa sensación fuerte de verismo, de tiempo, espacio y acción vividos, lo que convierte en conmovedor su relato. Lo mismo que sucedía con Sosa, Torres, Mármol o el pastor asturiano y soldado en Orán Diego Suárez, frente a Sandoval, Gómara o el italiano Paulo Giovio –el Jovio de nuestras fuentes–, historiadores “de oficio” o “académicos”, diríamos hoy. Y es en esos relatos en donde prima lo vivido en donde se pueden hallar los elementos más válidos a la hora de intentar una aproximación a una historia popular.

Uno de los héroes del relato de Pedro Gaytán, en este sentido, es sin duda el Nadador. Tan emotivo como aquel paisano suyo, casi un siglo atrás, evocado por Andrés Bernáldez, cura de Los Palacios, Alonso Donaire de Utrera (152). En ambos casos, una hermosísima historia de relación entre el hombre desnudo y el mar. Casi por quienes merecía la pena el esfuerzo –gozoso, por otra parte– de elaborar estos libros de maravillas.

A primeros de mayo los berberiscos conseguían bloquear Marzalquivir tanto por tierra como por mar, cortando su vital comunicación con Orán. Y fue entonces cuando

“se halló un soldado, gran nadador,
el cual dijo que nadaría hasta Orán que –como habemos dicho– hay tres millas;
y que llevaría las cartas al conde, las cuales le metieron en un cañuto
atapado con cera, y así le despacharon.
Él se salió de Maçaelquibir y se echó a nado, y así fue a escuras
porque era muy noche. Y cuando llegó en frente
de las galeotas de los enemigos se ç(m)bulló y, nadando debajo de alguna,
a fuerza de brazos salió un buen trecho más arriba
y de allí se fue a Orán” (153).

Restablecida la comunicación, poco después lograrían los de Orán hacer llegar “socorro” a Marzalquivir y se continuaron enviando “letras... de la manera de las pasadas” “con el nadador las noches que hacía escuro” (154). El domingo 23 de mayo fue enviado una vez más, “llegando a Maçaelquibir el lunes antes que amaneciese” y a la noche siguiente hizo el viaje de vuelta a Orán, en donde se hacían rogativas, “continuando sus acostumbradas procesiones, como solían” (155). La deserción de los “renegados” Juan de Toledo y Vaquero hizo más peligrosas sus misiones; en el viaje del 29 de mayo, Gaytán comenta que “aunque iba con más peligro que solía por haberse perdido la isla (de Marzalquivir) y porque las guardias estaban más espesas, echado... a nado, unas veces sobre el agua y otras ç(m)bullándose, llegó a salvamento (156). La noche del 1 al 2 de junio, en vísperas del gran ataque berberisco contra Marzalquivir, hizo el Nadador el último viaje que cita Gaytán, “nadando con gran esfuerzo, como las otras veces lo había hecho” (157), para comunicar a los cercados la información recibida en Orán sobre el inmediato comienzo del asalto general.

El soldado Pedro Gaytán, solidario con su colega el soldado Nadador, aprovecha su gesta para magnificar su figura ejemplar e introduce una de esas “historias peregrinas, por parecerme anejas a la materia y por dar algún reposo al lector” (158), uno de sus recursos, expresión de su voluntad de estilo. He aquí el canto al Nadador:

“Ya habemos dicho cómo de Orán a Maçaelquibir hay una legua,
que son tres millas italianas; todo este camino pasaba este hombre nadando
cada vez que iba de Orán a Maçaelquibir y que tornaba de Maçaelquibir a Orán.
El cual viaje hizo siete veces en tanto que duró el sitio.

Y lo que pone más admiración es que mucha parte de él hacía por debajo del agua, por no ser visto de los enemigos. De manera que, considerando su esfuerzo, se ve claramente que en un tiempo combata con tres suertes de enemigos o peligros: con las ondas, con los vientos y con las tinieblas. Y, aún, no iba seguro de los pescados, porque ya se ha visto muchas veces en la mar los tiburones, los delfines y otros semejantes pescados desventrar los hombres. Y lo que más temor suele poner es la oscuridad de la noche.

“De Leandro escriben Esodo y Museo que, siendo enamorado de la hermosa Hero, estando el uno en Europa y el otro en Asia, no habiendo otra manera para poder conseguir sus deseos, pasaba de noche el Elesponto de Sesto a Abido. Mas aquel estrecho de mar no es más que una milla, poco más, y a dos o tres veces que la pasó, sobreviniendo un poco de fortuna, se perdió de ánimo y se ahogó. A éste celebran los poetas griegos por animoso porque pasaba aquel poco estrecho de mar a nado; mas –a mi parecer– harto más merece este nuestro nadador ser celebrado, pues hay mucha diferencia de él a Leandro. Porque si queremos considerar el negocio cuanto al ser más virtuoso y provechoso, el nadar de éste (era) en servicio de Dios y beneficio de muchos. El de Leandro era por el deleite y vicio de amor, el cual no carecía de pecado. Quanto al ánimo y esfuerzo, el de éste es muy mayor porque a Leandro ninguno le aguardaba para matarle. Antes, su ida era tan secreta que solamente la sabían él y su enamorada Hero, y las estrellas y el candil que, estando a la ventana de la torre, tenía por objeto de su viaje. A éste, ultra que era público a muchos que pasaba muchas veces, estaban sobre el aviso las guardias para tomarle; y lo menos que le pudieran hacer, cuando no le pudieran haber vivo, era darle con un remo u otra cualquier arma, con que le echaran a fondo. Y con todo esto, no dejaba de servir y ponerse en aventura su persona cada vez que se lo mandaban.

“Y lo que más es de notar, que las más veces que pasaba iba por debajo de las galeras de los enemigos. Y porque no quede su memoria y nombre en olvido, se llama César, vecino de la villa de Tarifa, donde antiguamente los númidas y mauritanos, juntamente con los alárabes, rompieron los ejércitos del rey don Rodrigo y de los godos de España. Era este César de Tarifa bien dispuesto de su persona y gesto, y no solamente peritísimo y gran nadador, mas también animoso y valiente soldado, aunque no muy venturoso en ser remunerado. Pues, según me han dicho algunos, hasta agora no le han dado sino doscientos escudos para ayuda de costa, mereciendo mucho más de renta perpetua” (159)

He respetado el recurso estilístico del soldado Gaytán de retardar hasta el final de la historia la revelación del nombre de César de Tarifa, lo que crea mayor impacto –se diría hoy—en el lector. Toda la evocación, con el recurso a los clásicos, es magnificadora del personaje, verdadero héroe sin duda en los medios populares del momento, así como particular versión de la clásica “querella” entre Antiguos y Modernos sin que pierda nada de su encanto y oralidad.

Finalmente, el martes 8 de junio llegó la armada española al mando “don Francisco de Mendoza, llamado el Indio”, y la genovesa al mando de Juan Andrea Doria, y los berberiscos levantaron el cerco y se volvieron a Argel. La pesadilla para los españoles había terminado.

El año siguiente los españoles ocuparon el Peñón de Vélez de la Gomera, desde donde operaba el corsario Kara Mustafa, y en 1565 Hasán Bajá había de participar en el cerco de Malta, en el que muriera su consuegro Dragut, verdadera “prueba de fuerza”, en palabras de Braudel (160), hispano-turca. Finalmente, tras un gobierno pacífico, fue llamado a Estambul hacia donde partió a principios de 1567. Tenía 51 años y debió sospechar el veterano y gran político que ya no había de volver a Argel. He aquí el relato y evocación final de Hasán Bajá de Antonio de Sosa:

“Reposó... el Asán Bajá hasta el año 1567. En cuyo principio, y como a 8 de enero –haciendo muy grande invierno como es ordinario entonces en Argel, y el mes siguiente del febrero–, llegaron a Metafuz ocho galeras; las cuales dispararon allí una pieza –como ya dijimos que suelen los navíos que de Constantinopla vienen con alguna nueva orden o mandato del Turco–. Envió allá el Asán Bajá una fragata y supo cómo le envía sucesor.

“Por lo cual, luego se salió del palacio real y se fue a la casa do los reyes nuevos suelen ser primero alojados, llevando allá toda su ropa. Y venido aquella tarde el nuevo rey, le consignó la ciudad y el reino y se puso luego a punto para partir a Constantinopla. Esta vez, y como hombre que no esperaba volver más a Argel, hizo donación del baño grande que hiciera en Argel a todos los reyes sus sucesores. Para los cuales se recoge hoy día la renta de él –como antes dijimos–. Y para el magazzino público de la ciudad dio y dejó mucha cantidad de esclavos cautivos, oficiales y maestros de todo género de arte y oficio en la mar; de los cuales aún hoy día hay un buen número y cantidad que sirven solamente a la ciudad y en lo que los genízaros les mandan; porque éstos son los que tienen cuidado del bien público, como en otra parte largamente escribimos.

“Dejó también la mujer que tenía, hija del rey de Cuco. La cual vivió después muchos años y quedó de ella y del Asán Bajá

un hijo muy pequeño entonces, a la partida del padre.
Al fin del mismo mes de enero se partió de Argel Asán Bajá;
y vivió después algunos años en Turquía y Constantinopla
en mucha honra y reputación.
Murió el año de 1570 y le enterraron
en la cuba do su padre Barbarroja Cheredín estaba enterrado,
cinco millas de Constantinopla.

“Dejó, ultra el hijo que dijimos pequeño que tuvo en la hija del rey del Cuco,
otro hijo mayor que se decía Mahamet Bey; el cual había antes habido
en una turca en Constantinopla, aunque otros dicen
que era una renegada corsa muy hermosa.

“Este Mahamet, por muerte de Dragut Raez que murió en el cerco de Malta,
se casó con una hija única y heredera del mismo Dragut.
Y cuando en el años del Señor de 1561 (sic, por 1571)
el señor don Juan de Austria fue sobre Navarín, saliendo este Mahamet,
hijo de Asán Bajá, de entre la armada turquesca con una galera
que tenía suya muy bien armada, el marqués de Santa Cruz,
general de las galeras de Nápoles, fue tras él atajándole el paso;
y antes que se pudiese acoger le alcanzó y embistió con su galera.
Entrada la galera de Mahamet, los cristianos espalderes de ella
–que de sus crueldades estaban muy ofendidos– arremetieron luego a él
y allí, en la popa, antes que la gente del marqués le tomase,
con los puntales le mataron e hicieron pedazos.

”Cuando el Asán Bajá acabó de reinar, que fueron cinco años,
sería de edad de 51 años y murió después en edad de 55.
Fue bajo de cuerpo, muy gordo; y tanto que para enflaquecer
hizo muchas diligencias y remedios y comía muy poco.
Era de color muy blanco, de grandes ojos, muy cejudo como su padre,
de mucha barba y negra. Ceceaba de la lengua, que le daba mucha gracia.
Hablabá muchas lenguas y todas como si le fueran naturales;
y particularmente hablando español ninguno dijera sino que realmente lo era.
Fue hombre muy liberal y agradecido; y se preció mucho
de honrar y engrandecer a sus criados. Y, así, la mayor parte
de los alcaldes y renegados más principales que hoy día hay en Argel
fueron suyos y de su casa” (161).

La muerte del hijo de Hasán Bajá, nieto de Barbarroja y yerno de Dragut, la narra también Cervantes en El Quijote, en el inicio del relato del Cautivo, de manera mucho más trágica aún: a mordiscos de sus cautivos galeotes.

Pedro Gaytán también deja una evocación de Hasán Bajá similar a la de Sosa:

“Deste Azán, rey de Argel, (he) entendido de personas dignas de fe que era gran comedor, y en tal manera que se había parado tan gordo que con gran dificultad y trabajo se podía mandar; y que conociendo que esta su gordez y pesadumbre procedía del mucho comer, deseando hacerse más ágil y ligero de sus miembros determinó de comer muy poco. Y así, usándose poco a poco, dicen que vino a que no hacía más de un pasto de cinco en cinco días, no comiendo los días que ayunaba sino una berenjena. Y así, con esta increíble mas cierta abstinencia, se paró tan enjuto que no le daba enojo ni trabajo cualquier género de ejercicio” (162).

Una asociación popular más, muy cervantina, la de los moros amigos de berenjenas, como dijera Sancho al bromear sobre Cide Hamete Benengeli (163).

Mahamet Bajá, el designado en Estambul para suceder al hijo de Barbarroja, era a su vez hijo de otro ilustre corsario, ex-rey de Argel, Salah Arraez o Salah Bajá, y durante el gobierno de su padre en Argel había tenido encargos militares y de responsabilidad en Berbería. Gobernó entre enero de 1567 y marzo de 1568, un periodo durísimo de hambre en la ciudad. Pero en tan corto gobierno consiguió apaciguar las relaciones de los dos sectores vitales de la sociedad berberisca, los corsarios y los militares o jenizaros, con una inteligente medida: permitirles participar a ambos en las lucrativas funciones de los otros. Esta medida tendría importantes consecuencias para el futuro de la sociedad berberisca. Una vez más es Antonio de Sosa quien mejor lo narra.

“Reinó (Mahamet Bajá, el hijo de Salah Bajá) solamente un año y dos meses. En los cuales hubo en Argel una gran hambre, pero con su buena diligencia todo se remedió. Fue hombre muy amigo de hacer justicia; y como antes de él muchos ladrones moros robasen por los caminos, dióse tan buena maña que los hubo casi todos a las manos en poco tiempo y los ahorcó. Y como fuesen pocos los días en que de estos y de otros no hiciese justicia, un día, mirando de su casa la muralla do los mandaba colgar de las almenas y viendo que ninguno estaba allí, volvióse a sus criados y les dijo:

“—Cómo, ¿y la muralla no ha hoy almorzado?

“Y, por tanto, al momento, sabiendo que uno estaba en la cárcel condenado a morir, mandó que le llevasen (a) ahorcar a la muralla.

“Fue muy aficionado a la caza de halcones, açores y galgos, cosa de que poco se precian los turcos comunmente; y para este ejercicio criaba en su casa muchas aves y perros y con ellos salía muy a menudo por los campos de Argel y sus montañas a cazar, matando muchas liebres, perdices, palomas, tórtolas, codornices y otras cazas; y muchos puercos, de que hay muy grande copia en muchas partes. Conejos y venados no los hay.

“Fue el primero de los reyes que reconcilió y concordó a los genízaros con los lebentes, esto es, los soldados de la mar, para que los genízaros –que tanto deseaban– pudiesen ir en los bajeles por soldados a robar y los lebentes, o fuesen renegados o turcos, fuesen genízaros cuantos y cuando quisiesen. Y de esta manera se quitaron las disensiones muy grandes que en Argel había de muchos años entre estas dos maneras de gente.

“Este fue el primero de los reyes que se puso de propósito a fortificar la ciudad de Argel, que por sí sola es muy flaca. Y por tanto, luego, a los primeros meses que reinó, sirviéndose de un renegado siciliano que se decía Mostaphá, el cual había sido ingeniero en la Goleta, hizo de fundamento el castillo que de su nombre se llama hoy da, en morisco el Burgio de Mahamet Bajá. El cual está fuera de la ciudad, allá arriba en la montaña a 500 pasos de la alcazaba, lugar muy importante; de cuya forma y figura, con toda su fortificación, muy particularmente habemos tratado en la Topographa o descripción (sic) de la ciudad de Argel, a la cual nos remitimos.

“En todo el año de su reinado o gobierno no le sucedió guerra. Solamente en el mes de mayo de aquel año 1567 los vecinos de la ciudad de Constantina se revolvieron con los turcos y su alcaide, que guardaban aquella tierra, y mataron cuatro o cinco de ellos. Y fue fama que los moros lo habían hecho con justa causa, porque el alcaide quisiera entrar por fuerza y tomar una hija muy hermosa a un moro que no se la quería dar. El Mahamet Bajá fue en persona a Constantina; y porque la tierra se había alterado contra los turcos y echado fuera al alcaide, los vendió a todos en almoneda, hombres, mujeres y niños, y confiscó cuantos bienes tenían. Pero como algunos moros que escaparon, que se fueron a Tripol por tierra, de allí pasasen a Turquía y a Constantinopla y se quejasen al Turco de esto, el Turco los mandó restituir en sus casas, libertad y hacienda. Y por castigo del Mahamet Bajá le envió sucesor luego, el año siguiente, que fue el Ochali” (164).

La rebelión y castigo de Constantina, causa según Sosa, del relevo de Mohamed Bajá en el gobierno de Argel, la comenta también Luis del Mármol Carvajal como sucedida en tiempos de Euch Ali, un año después por lo tanto de lo que dice Sosa; Mármol ya no estaba en Berbería, desde 1557, con lo que parece más de fiar el testimonio de Sosa. He aquí la breve síntesis histórica de la ciudad de Constantina, la más importante del oriente argelino y que había girado tradicionalmente en la órbita de Túnez:

“Su sitio es fuerte”, sobre el “río Sufegemar o Bu Marzoc, que hace una muy honda y fuerte cava... Son los muros muy fuertes... Dentro hay 8.000 casas pobladas y una

grande y hermosa mezquita, y dos colegios donde se leen diversas facultades”. Contrata mucho con “Numidia y Libia... De allá traen oro de Tíbar y dátiles y esclavos negros; y, así, se hace en esta ciudad el mejor mercado de estas cosas que hay en Berbería”. En el tiempo del abuelo de Muley Hasán de Túnez, el alcaide Nabil, renegado, construyó un castillo y venció a los “Uled Hanexa”, manteniendo tres de los hijos del jeque como rehenes; tras un cruel gobierno en el que se comportó como verdadero rey, la ciudad se rebeló contra él y llegó a asesinarle. Después del gobierno de Nabil, Constantina no quiso nuevo gobernador hasta el rey tunecino Muley Mahamete, padre de Muley Hasán, que “les envió su hijo Muley Nacer”, muerto poco después en guerra contra los suawa (azuagos); otro hijo de este rey, Abderrahmán, fue “muerto a traición por un criado suyo”; el tercer hijo del rey gobernador de la ciudad, “hombre mozo dado a vicios y a deshonestidades, y tan disoluto” que lo quisieron matar, terminó en prisión en Túnez. Por fin, el gobierno del renegado Alí ben Farax mantuvo

“el pueblo muy contento. Muerto éste, siendo ya rey de Túnez Muley Hascen, se entregó Constantina a los turcos, los cuales pusieron en ella su presidio. Mas señorean tan insolentemente... que muchas veces han intentado rebelarse contra ellos; y en el año 1568..., matando al alcaide y los turcos..., se pusieron en libertad. Mas Aluch Ali Fartaci, gobernador de Argel, fue luego sobre ellos y entrando la ciudad por fuerza la saqueó y la robó; y hizo que los ciudadanos fortaleciesen el castillo de nuevo a su costa, y le pagasen en lugar de pena 60.000 doblas de a seis reales y medio cada una; y quitándoles las armas, quedaron en mayor sujeción y servidumbre” (165).

De la vecina Tebessa, ciudad argelina actual muy cerca de la frontera con Túnez, Mármol comenta que, pobre e insumisa, sólo “tres cosas hay en esta ciudad que hacen ventaja..., los muros, las fuentes y las nueces” (166).

Mahamet Bajá era muy joven cuando dejó el gobierno de Argel y había de seguir siendo figura importante entre los otomanos, preso y rescatado después de Lepanto:

“Era (Mahamet Bajá, el hijo de Salah Bajá) a este tiempo de edad de 35 años, de mediana estatura, medianas carnes, blanco de color, barbinegro y de los ojos bisojo. Después, en el año 1571, cuando el señor don Juan de Austria venció a la armada turquesca, fue este Mahamet Bajá preso y captivo con otros muchos principales turcos y, después, enviado del señor don Juan al papa Pío V con los hijos del Bajá y otros turcos a Roma. Con los cuales después fue rescatado, en cambio del señor Gabriel Zervellón y de otros caballeros que en el fuerte de Túnez se habían perdido el año 1574” (167).

Los años de estancia en Roma de Mahamet Bajá debieron ser de gran importancia personal para este personaje que, poco después de su rescate y regreso a Estambul, entró en relación con los servicios secretos de Felipe II en el marco de un amplio plan para

organizar una Berbería al margen del control otomano. Pero esa es otra historia que precisará otro tipo de estudio más preciso y minucioso –la documentación del Archivo de Simancas es clave para ello–, y no el más ligero y narrativo de este libro de maravillas, adrede casi meramente heurístico.

El nuevo rey de Argel había de ser Euch Ali; con él se abría un nuevo periodo de la historia berberisca, no menos brillante que el que se cerraba, con la incorporación de Túnez al orden turco en Berbería. Su gobierno durará hasta Lepanto, pues luego deberá dejar Berbería para dedicarse por entero al nuevo cargo de kapudán pachá o gran almirante de la flota turca. Su corazón seguiría en Argel, sin embargo, cuyo gobierno conseguiría mantener siempre, mientras vivió, entre sus próximos hombres de confianza.

En 1566 había desaparecido Solimán el Magnífico y la vuelta de Hasán Bajá a Estambul debe relacionarse con las nuevas circunstancias de la corte otomana bajo el sucesor del gran sultán, Selim II. En medio siglo largo Berbería se había convertido en un organismo político vivo por obra de Barbarroja y de sus hombres más próximos, Hasán Aga, Salah Arraez y su propio hijo Hasán Bajá. Habían tenido que desaparecer las corrompidas y decadentes dinastías de hafsíes y abdelwadíes/zianíes de Túnez y Tremecén, pero sobre todo habían tenido que frenar aquel peculiar super-curso que para Berbería era la expansión española en la zona. Otro super-curso surgiría, y en libro como este puede hablarse así, pero más acorde con el que estaba surgiendo en el norte, más moderno por lo tanto, una organización estatal, lo que se ha dado en llamar “estado moderno”.

NOTAS:

- (90).- R. Carande, Carlos V y sus banqueros, II parte, c. 10 y III parte, c. 4, “La regencia de la princesa doña Juana, 1554-1556”.
- (91).- J.H. Elliott, La España Imperial, Barcelona, 1976, Ed. Vicens Vives, p. 225.
- (92).- G. Parker, Felipe II, Madrid, 1984, Alianza Ed.,
- (93).- Elliott, La Europa dividida, 1559-1598, Madrid, 1973, Siglo XXI.
- (94).- A. Domínguez Ortiz, El Antiguo Regimen: los Reyes Católicos y los Austrias, Madrid, 1983, Alianza, 9a. edic., principio c. 14.
- (95).- Parker, op. cit., p. 91.
- (96).- Ver Sola, op. cit., pp. 17-18.
- (97).- Braudel, op. cit., II, pp. 431 ss.; la cita, p. 440.
- (98).- Archivo Documental Español, de la Real Academia de la Historia, I, “Negociaciones con Francia, 1559-1560”, Madrid, 1950; Alba a Felipe II, 26/6/1559, pp. 12-14.
- (99).- Braudel, op. cit., II, pp. 431 ss.
- (100).- Ib., p. 436.
- (101).- Archivo Documental..., p. 161. Perrenot a Felipe II, 17/1/1560.

- (102).- Ib., pp. 223 ss., Perrenot a Felipe II, de 30/3/1560.
- (103).- Ib., p. 229.
- (104).- Ib., pp. 235-236, extractos de cartas de Perrenot.
- (105).- Braudel, op. cit., p. 443.
- (106).- Archivo documental..., p. 324, carta de Perrenot a Felipe II, de 27/6/1560.
- (107).- Ib., p. 330, carta de 2/8/1560.
- (108).- Ib., p. 338, Felipe II a Perrenot, de 31/8/1560.
- (109).- Ib., p. 347, Perrenot a Felipe II, 31/8/1560.
- (110).- Haedo, I, pp. 335-336.
- (111).- Ibidem.
- (112).- Ibidem.
- (113).- Pedro Gaytán, Historia de Orán y de su cerco, edic. de E. Bisetti, Fasano di Puglia, 1985, Schena Ed.
- (114).- Ib., p. 46.
- (115).- Ib., p. 87 y p. 150.
- (116).- Ib., p. 53.
- (117).- Ib., p. 56.
- (118).- Ib., pp. 51-52.
- (119).- Ib., p. 56.
- (120).- Ib., p. 63.
- (121).- Ibidem.
- (122).- Ib., pp. 64-65.
- (123).- Ib., pp. 112-113.
- (124).- Ib., p. 56
- (125).- Ib., pp. 56-58.
- (126).- Camporesi, El pan salvaje, Madrid, 1986, Mondibérica, p. 27; ver también Sola, op. cit. c. 5.2, "Sobre la `hambre del estómago', el `pan salvaje' y la figura del hombre que reniega de su fe religiosa".
- (127).- Ver más arriba, c. 3.6.
- (128).- Gaytán, p. 58.
- (129).- Ibidem.
- (130).- Ib., pp. 62 y 85.
- (131).- Ib., p. 73.
- (132).- Ib., pp. 81 y 82.
- (133).- Ibidem.
- (134).- Ib., p. 118.
- (135).- Ib., pp. 120 y 122.
- (136).- Ib., p. 139.
- (137).- Ib., p. 146.
- (138).- Ib., pp. 109, 111 y 113.
- (139).- Ib., pp. 118-119.
- (140).- Ib., p. 137.
- (141).- Ib., p. 75.
- (142).- Ib., p. 103.
- (143).- Ibidem.

- (144).- Ib., p. 117.
- (145).- Ib., pp. 123-124.
- (146).- Ib., p. 124.
- (147).- Ib., p. 149.
- (148).- Ib., pp. 128-130.
- (149).- Ib., pp. 130-131. Crónica de cautiverio, Madrid, 1942, Ed. Fe, p. 26. Ver Sola, op. cit., pp. 304-305.
- (150).- Gracián,
- (151).- Gaytán, p. 44.
- (152).- Ver Sola, op. cit. II.8, pp. 74 ss.
- (153).- Gaytán, pp. 92-92; es la noche del 4 al 5 de mayo.
- (154).- Ib., pp. 110 y 111.
- (155).- Ib., pp. 122-123.
- (156).- Ib., p. 133.
- (157).- Ib., p. 140.
- (158).- Ib., p. 44.
- (159).- Ib., pp. 133-135.
- (160).- Braudel, op. cit., II, pp. 485 ss.
- (161).- Haedo, I, p. 342.
- (162).- Gaytán, p. 119.
- (163).- Quijote, II, 2.
- (164).- Haedo, I, p. 344.
- (165).- Mármol, II, fol. 236 vto.
- (166).- Ib., fol. 238.
- (167).- Haedo, I, p. 346.